

*Sophie Saint Rose*

*La aventura  
de  
mi Vida*



La aventura de mi vida

Sophie Saint Rose

## Capítulo 1

Lynnell estaba mirando la pantalla del ordenador, intentando cuadrar las cuentas de los Adams. Menudo desastre de contabilidad. Hacienda les iba a meter un puro que les iba a dejar temblando como les hicieran una inspección.

Llamaron a su puerta y levantó la vista distraída quitándose las gafas. —¿Si?

Meryl metió la cabeza. —¿Tienes tiempo para salir a comer? —Sonrió radiante. —Tengo noticias.

Que les dieran a los Adams. —Claro. —Se levantó mostrando su anticuado traje gris y Meryl hizo una mueca al ver su falda plisada casi hasta los tobillos. Cogió su bolso y sonrió a su amiga, que abrió la puerta para que pasara. Se puso la correa de su bolso sobre el hombro. —¿A dónde vamos?

—A la cafetería de siempre. No tengo más que una hora y después el jefe me echa la bronca si llego tarde.

—Perfecto. Me muero por una hamburguesa.

Su amiga forzó una sonrisa entrando en el ascensor. —Lynnell, ¿no has pensado en hacer dieta?

La miró asombrada con sus preciosos ojos verdes. —¿Dieta? ¿Crees que la necesito?

Se giró hacia el espejo del ascensor y se vio como siempre. Un poco rellenita. Tampoco era para tanto.

—Si no estás mal... —Se mordió el labio inferior como si no quisiera meter la pata. —Igual pareces más gorda por esa ropa que te empeñas en usar.

—Vaya día que me estás dando. ¿Qué tiene mi ropa?

—La llevaría mi abuela.

Lynnell se echó a reír. —Era de mi abuela.

—Ahora lo entiendo todo.

—Es vintage. Va, de todas maneras, no ligo ni por recomendación, ¿así qué más dará lo que me ponga? Hace años me hiciste comprar trajes nuevos y eran tan entallados, que con un par de kilitos de más, tuve que colgarlos en el armario. ¡Y me costaron una pasta!

—¡Es para ponerte en circulación! ¡Ningún hombre te miraría dos veces viendo esa falda! ¡Pareces una institutriz del siglo pasado! —Miró su cabello negro, recogido en un moño con la raya al medio y gimió. —¿No habíamos hablado ya del dichoso moño?

—¿Qué rayos te pasa? Estoy como siempre.

Salieron del ascensor y recorrieron el hall hasta la salida. Miró a su amiga, que sonrió radiante a un compañero de su empresa que entraba en ese momento. La verdad es que eran muy distintas. Lynnell media uno ochenta, era morena de ojos verdes y estaba algo sobrada de peso. Meryl era todo lo contrario. Rubia con unos grandes ojos castaños, parecía una muñequita a su lado y vestía a la última con colores brillantes. Lynnell no entendía cómo eran tan buenas amigas desde que Meryl había entrado a trabajar en el mismo edificio, porque eran polos

opuestos. Pero así había sido. Era una amiga de verdad y lo había demostrado cuando había muerto su hermano dos años antes.

Meryl la miró de reojo al llegar al semáforo. —Venga ya. Suéltalo, que luego me amargas la comida. —Abrió los ojos como platos. —Me has organizado una de esas citas en las que al final me dejan plantada antes de presentarse siquiera.

—Tu hermano te había dejado algo de dinero, ¿verdad?

—¿Necesitas dinero? —preguntó más aliviada—. Dime, yo te lo presto.

Meryl sonrió. —No, no es eso. Pero gracias. Lo sé para la próxima.

—¿No es eso?

—¿Quieres contestar a la pregunta? —Se sentaron a la mesa y Lynnell asintió. —Y no te lo has gastado. Conociéndote, habrás triplicado el dinero con esas inversiones que haces en casa.

—Bueno, no me ha ido mal. Ya te he dicho que los ahorros hay que moverlos.

—Los ahorros son para hacer cosas que no haces normalmente.

—Eso también. —Sonrió a la camarera. —Una buena hamburguesa con doble de queso y un batido de chocolate.

Meryl gimió como si no pudiera con ella. —Lo mismo.

—Deberías cuidar tu dieta —dijo con mala leche.

—Eres una mala influencia.

—Gracias. ¿Y para qué quieres saber si tengo dinero? Ya entiendo. Quieres que me vaya de vacaciones.

—Tiene que ver con tus vacaciones.

Lynnell inclinó la cabeza a un lado y levantó una ceja interrogante. —Como sigas así, no va a dar tiempo a que me lo cuentes. ¿Quieres soltarlo de una vez?

—¡Mira, te quiero como a una hermana, pero me exasperas!

—¡Meryl!

—¡Te mueres por tener una relación, pero no haces nada por conseguirlo!

—Claro que sí —dijo asombrada—. Me apunté a eso de las citas por internet, que por cierto menudo desastre, porque no se puso en contacto ninguno. ¡Perdí cien pavos por seis meses de suscripción!

—¡Te dije que cambiaras la foto!

—¡Era mi cara! Si no les intereso así, es que no les intereso. Punto.

—No, punto no. Si cambiaras un poco... Eres muy atractiva. Solo tienes que sacarte partido.

—Ya estamos como siempre. ¡Me acabas de decir que me sobran unos kilos!

—Eso también.

—Aclárate.

Le cogió la mano sobre la mesa. —Lo has intentado durante años. Desde que te conozco, he visto cómo observabas mi vida, cómo cogías a mi bebé y cómo anhelas lo que yo tengo.

—Vaya, está claro que hoy no tienes pelos en la lengua.

—Hablo en serio. Siempre usas el humor cuando quieres evitar algo, pero esto no lo voy a dejar pasar.

Lynnell apretó los labios. —Ya lo he intentado todo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sin darse cuenta porque era cierto. Ya se había sometido a mil dietas, había cambiado su aspecto, su vestuario, incluso había ido a bares de solteros con la esperanza de conocer a alguien. Pero nada. Y los años iban pasando y terminó por desesperarse, hasta que decidió que lo mejor era seguir su vida. Si tenía suerte y encontraba a alguien, pues muy bien. Sino, tenía que asumir que en su vida siempre estaría sola.

Les sirvieron la comida y disimuló agachando la cabeza. —Gracias.

—No, no lo has intentado todo.

La miró a los ojos. —Claro que sí. Si hasta contraté una agencia matrimonial. Tres citas me consiguieron y me devolvieron el dinero. —Se sonrojó porque eso no se lo había contado y su amiga la miró sorprendida. —No te dije nada porque...

—Te daba vergüenza.

—Yo me miro y tampoco me veo tan mal. ¡Es que no lo entiendo!

—Bueno, pues ha llegado la hora de tomar medidas drásticas. —Abrió su bolso y sacó unos papeles.

—¿Qué es eso?

—Un contrato de confidencialidad.

—¿Un qué?

Puso los papeles sobre la mesa y los arrastró hasta al lado de su plato. —Esto no puedes contárselo a nadie, ¿me entiendes? —Lynnell asintió sin entender

nada. —Hay una mujer que es cliente de mi jefe.

—¿Una mujer?

—Ahora te lo explico. Es una mujer muy discreta porque se encarga de buscar... —Miró a su alrededor y se acercó para susurrar —Busca maridos.

—Una casamentera.

—Sí, algo así... pero es especial, porque ella se mueve en unas esferas que ni imaginamos.

—Es casamentera de ricos.

—Exacto. Actores de cine, empresarios que quieren una cita y por su falta de tiempo no pueden salir a ligar, esas cosas.

—¿Y qué puede hacer esa mujer por mí?

—Mi jefe le está preparando unos contratos de confidencialidad para las próximas candidatas.

—¿Candidatas?

—Cada año, en primavera, elige a veinte candidatas y las lleva a su villa de Italia. Allí las instruye y cuando pasa el mes, vuelven a sus vidas esperando su llamada. —Lynnell separó los labios atenta a sus palabras. —Cuando reciben la llamada, porque ella ha encontrado su candidato, se encuentran con él. Se conocen y si todo va como tiene que ir, se casan.

—¿Porcentaje?

—Cien por cien. Garantizado. Lo ha conseguido siempre. No se da por vencida y no con maridos cualquiera. Auténticos pura sangre. La flor y nata.

—A mí eso me da igual.

—Sí, pero el caso es que no tenemos a esa mujer para los que andan por la calle. Solo para la jet.

Ella miró los papeles. —¿Y el contrato?

—No podrás decirle nada a nadie jamás. No la conoces y no has conocido a tu hombre por ella. Lo hace, porque si la prensa mete las narices en esto y se entera de los hombres que se han casado de esta manera... Sería un escándalo. Le he hablado de ti discretamente y me ha dicho que si quieres una plaza este año, es tuya. Pagando la prima, por supuesto.

—¿Y la prima es?

—Trescientos mil dólares.

Lynnell cerró los ojos. —Son todos mis ahorros. La herencia de mis padres y la de Mike. Vivo de alquiler y si esto sale mal... Me quedaré sin nada.

—Entiendo que sientas miedo. Y entiendo que es una cantidad de dinero inmensa, ¿pero y si consigues el amor de tu vida?

—Has dicho que les encontraba marido. No el amor de su vida.

Meryl sonrió. —Ese es el fallo que hay en el contrato.

La miró sin comprender. —¿Pero el contrato no lo ha hecho tu jefe? Es uno de los mejores abogados de la ciudad.

—Sí, pero ese contrato está pensado para mujeres que quieren encontrar marido y un marido rico, además. No está pensado para una mujer que lo que quiere es enamorarse.

—Como no te expliques...

—El error está en que el contrato garantiza que antes de un año la candidata encontrará un marido con posibles con el que contraer matrimonio. Por supuesto la mayoría de esas mujeres quieren casarse con un rico, así que no ponen muchos peros, porque han conseguido lo que querían.

—Cazar a un hombre con dinero.

—Exacto, ¿pero imagínate que la que paga la prima busca el amor de verdad? —Meryl sonrió maliciosa. —Puede salir con varios ricos y que no le satisfaga ninguno. Pues si no te casas, ella tendrá que devolverte la prima completa y una compensación por incumplimiento de contrato. Cien mil más. Por supuesto nunca ha tenido que pagarla, porque esas lagartas se casan con un pez mucho más gordo, pero a ti te va a garantizar que esa mujer se va a dejar los cuernos encontrándote a un hombre al que tú le digas sí quiero.

A Lynnell se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Es una cláusula de compensación que mi jefe le obligó a poner para garantizar la seguridad del contrato. Sino las mujeres podrían perder su dinero sin ninguna garantía y puede que el contrato perdiera efectividad si alguna quería demandarla. De esa manera ella también sería perjudicada si no hiciera bien su trabajo, ¿entiendes? Para ti es perfecto. Esa tía va a tener que sudar sangre para encontrar el tío del que te enamores en un año y si no lo consigue, serás cien mil más rica. —Sonrió radiante. —¿No tienes a la mejor amiga del mundo?

—¿Cómo has conseguido que ella diga que sí a ser su candidata? Le has

mentido, ¿verdad?

—¿Y perder mi trabajo? Simplemente le dije que tenía una amiga con dinero que buscaba marido. —Soltó una risita. —Y después le guiñé un ojo. Picó de lleno.

—¿No te preguntó por mi aspecto y...?

—¿Para qué crees que es ese mes en Italia? Si tiene que hacer un arreglo, hay una clínica cerca. Esa es otra cláusula del contrato. Solo operaciones que tú aceptes. Ya se encargará ella de presionarte con que te hagas lo que crea oportuno.

—¿Operarme?

—Tranquila. Si eso ocurriera, lo paga ella. Y solo si tú das tu consentimiento. He leído el contrato de arriba abajo diez veces antes de hablar contigo y te aseguro que solo puedes tener ventajas en tu caso.

—¿Seguro?

—Totalmente. En cuanto le entregue ese contrato firmado por ti y le entregues la prima, está en tus manos.

—¿Pero ella no firma nada?

—Por supuesto. Un contrato de servicios que especifica la prima y todos los servicios que se te ofrecen. Tienes una copia al final que también deberás firmar.

Tomó aire apartando la hamburguesa y Meryl sonrió. —Léetelo esta noche. Debemos decirlo esta semana porque tiene muchas candidatas. Si queremos una plaza este año, hay que darse prisa.

—Esta noche lo leo sin falta. Lo que no entiendo, es qué haría conmigo si pesara doscientos kilos y fuera muy fea.

Meryl sonrió. —He oído que hay hombres a los que les va eso.

—¿De veras?

—Pues sí. Y no hay ninguna mujer fea. ¿No lo has oído nunca? Unos arreglillos y puede que tenga a alguien para ti. Lo que te va a garantizar seguro, es que este año no te vas a aburrir.

Lynnell sonrió de oreja a oreja. —Eso es cierto.

—Al menos el restaurante de tus citas será de lujo. Otra ventaja.

Aquello empezaba a gustarle. Además, para qué quería el dinero si estaba sola y nunca iba a ningún sitio. —Una aventura.

—La aventura de tu vida.

Tiró de su maleta hacia la zona de facturación a Milán y discretamente miró a su alrededor por si había más mujeres de su grupo en esa cola. Pero las mujeres que veía parecían ejecutivas. Suspiró porque tampoco iban a llevar escrito en la frente: “Compro marido rico”. Al llegar al mostrador se puso un poco nerviosa porque nunca había salido del país y sonrió a la chica entregando su pasaporte.

—Asiento treinta y seis A.

—Gracias —dijo cogiendo su documentación.

—Que tenga buen vuelo.

Sonrió radiante. —Lo tendré. Es la aventura de mi vida.

—Pues le deseo que lo pase estupendamente.

—Señora, ¿quiere darse prisa? —preguntó alguien con acento italiano.

Miró a la mujer que tenía detrás, que era preciosa con un vestido de seda rosa y unos grandes ojos azules. —Señorita.

La tía levantó sus cejas castañas como si le importara un pito y gruñó antes de alejarse para pasar el control de seguridad, refunfuñando sobre lo grosera que era la gente.

Después de quitarse los zapatos, el reloj y la chaqueta para dejarlos en una de las bandejas de plástico, pasó el control y una mujer la detuvo cuando el arco empezó a pitar. —Oh, ¿vuelvo a pasar?

La agente de seguridad chasqueó la lengua. —No se ha quitado los pendientes.

Se los quitó a toda prisa y volvió a pasar el arco. Al ver toda la gente que estaba esperando se sonrojó, pero el dichoso aparato empezó a pitar de nuevo. El hombre que estaba detrás se cruzó de brazos con el ceño fruncido. —Pues no sé qué puede ser.

—Levante los brazos —dijo con un aparato en las manos.

Se lo pasó por los tobillos por el interior de los muslos, pero cuando llegó a la barriga empezó a pitar. Gimió cerrando los ojos. —¿Qué lleva ahí?

—Un piercing.

Si le hubiera dicho que era una bomba no se hubiera sorprendido tanto, eso seguro. —¿Un piercing?

Se levantó la camiseta y sobre la curva de su vientre se vio la estrella que colgaba de su ombligo. —Fue un regalo de mi hermano, ¿sabe? Cuando cumplí los dieciocho. Decía que debía revelarme en algo y me regaló el piercing para fastidiar a mis padres. —Soltó una risita. —Pusieron una cara...

—¿Como la mía?

Se sonrojó con fuerza porque era obvio que su historia le importaba una mierda. Se bajó la camiseta. —¿Puedo irme?

—Un momento —dijo el que estaba en la cinta—. Abra ese bolso.

¿Y ahora qué? Abrió su bolso de mano y mostró lo que llevaba. —Encienda el portátil. ¿No sabe que hay que sacarlos de los bolsos? ¡Lo dice muy claro en los carteles!

—Voy a perder mi vuelo —dijo el hombre de detrás exasperado.

—Perdón.

Avergonzada sacó el portátil y lo encendió. Debía tener pinta de terrorista porque a partir de ahí le revisaron hasta el desodorante. Cuando todas sus pertenencias fueron inspeccionadas detalladamente, la mujer la miró como si fuera estúpida. —Puede vestirse. Espero que la próxima vez colabore un poco más.

—¿Qué colabore más? Pues como no me quede en pelotas...

—¿Qué ha dicho?

—Nada. —Molesta empezó a recoger sus cosas. ¿Y su intimidad? ¿Y su derecho a que nadie viera lo que llevaba en el bolso? Aquello era humillante.

Algo se le cayó al suelo y un hombre que pasaba se agachó para recogerlo. Sonrió al tipo que no estaba mal y mirando su preciosa sonrisa dijo —Gracias.

—De nada, señora.

¡Dale con el señora! Miró lo que le había dado y se puso como un tomate al ver que era un tampón. Su día de aventura empezaba muy bien. Revisando que lo llevara todo, entró en el Duty Free y se decidió darse una vuelta por las tiendas de la que iba hasta su puerta de embarque, que estaba en el quinto pino. Menos mal que llevaba zapatos bajos.

Ya en la cola para embarcar, tomó aire sonriendo. Estaba emocionadísima por lo que le enseñaría Emily Derman. En cuanto había averiguado el nombre de su casamentera, la investigó en internet. Era una mujer de cincuenta y dos años de la alta sociedad neoyorkina. Había mucha información sobre ella porque tenía una vida social muy intensa. Pero era lógico teniendo el trabajo que tenía. Se había casado cuatro veces con hombres muy ricos y había llevado una vida de lujo. Ahora se estaba divorciando de su cuarto marido y se preveía que con el divorcio ella sacaría una buena tajada. ¿Qué hacía esa gente con el dinero? Es que no lo entendía.

Miró hacia atrás distraída y allí estaba la chica del vestido rosa leyendo una guía de Milán. Le pareció raro con su acento italiano.

—¿Es la primera vez que vas a Milán?

Levantó la vista sorprendida. —¿Qué?

—Como lees esa guía... Me parecía que tu acento era de Italia. ¿Me

equivoco?

—Soy de Cerdeña y nunca he estado en Milán. ¿Contenta? —preguntó agresiva.

—Oh, perdona. No quería ser cotilla.

—¿Tú conoces todos los estados de Estados Unidos?

—No, por supuesto.

—Pues eso. —Se giró lentamente y la chica suspiró exasperada. —¿Por qué no se mueve esta cola?

—Todavía no han abierto el embarque.

—¡Entonces para qué nos llaman para embarcar!

Vio que estaba de los nervios y se volvió. —¿Te ponen nerviosa los aviones?

—Los odio. —La miró a los ojos. —En realidad odio todo lo relacionado con este maldito viaje.

Soltó una risita. —Se nota.

La miró con desconfianza. —¿Y tú? ¿Vas de vacaciones?

—Sí, algo así.

—¿Algo así? —La miró de arriba abajo desde su camiseta negra pasando por sus pantalones de pinzas del mismo color. Quería causar una buena impresión a la señora Derman y el negro adelgazaba. Incluso se había recogido el cabello en una cola en lugar de en un moño, porque así estaría más moderna. La chica entrecerró los ojos al ver su vieja maleta y negó con la cabeza como si descartara algo que se le pasaba por la cabeza. —Sí, deben ser unas vacaciones muy

deseadas. Espero que las disfrutes.

—Gracias y sí, estas vacaciones son muy deseadas. No sabes cuánto.

La puerta de embarque se abrió y como estaba la tercera, entró enseguida. Cuando se sentó en su asiento después de colocar sus cosas, miró por la ventanilla.

—Perdona. ¿Te importa si me siento ahí?

Miró sorprendida a su compañera de asiento que era la chica italiana. — Menuda casualidad.

—Pues sí —dijo como si fuera un inconveniente. Apretó los labios—. Sé que es un abuso, pero si a ti no te importa...

—Qué va. Además, solo se ve algo al despegue y al aterrizaje. —Se echó a reír. —Y a veces es mejor no verlo.

La chica palideció. —Gracias.

—No te preocupes, no es nada.

Su compañera pasó hasta su sitio y se dejó caer como si estuviera agotada. Sin decir palabra, se sentó a su lado y cogió sus cosas de la bolsa que estaba en el asiento de enfrente mientras ella miraba pensativa el aeropuerto. La miró de reojo. —¿Estás bien?

—A veces la vida es una mierda.

Genial, una optimista. Lo que necesitaba para amargarle las siguientes horas.

—¿Quieres hablar? —preguntó por compromiso—. A veces contarle tus problemas a un desconocido ayuda.

—No puedo hablar de eso —dijo con rabia.

Esa frase le llamó la atención y entrecerró los ojos. Su compañera se tensó mirándola fijamente y de repente se señalaron la una a la otra con los ojos como platos. —¿Tú también...? —preguntaron a la vez. Negaron con la cabeza—. No, yo no.

Al darse cuenta de lo que habían dicho, se echaron a reír y Lynnell miró a su alrededor. —Solo voy a decir una cosa y si te suena de algo, asiente.

—Vale —dijo más relajada.

—Curso de aprendizaje.

Su compañera asintió con vehemencia y Lynnell se echó a reír. —Es estupendo, si te digo la verdad me siento algo aliviada. No sabía cómo iban a ser y...

—¿Debemos hablar de esto?

—Entre nosotras no creo que haya problemas mientras no mencionemos a... —pensó rápidamente—. A nuestra profesora en público.

Pareció más tranquila y sonrió. —Me llamo Paola. Paola Cirone. —Alargó la mano.

—Lynnell Fawell. Es un placer conocerte.

—Siento lo de antes. Es que estoy de los nervios.

—Y yo. No te preocupes. Es lógico que estemos algo nerviosas, ¿no? Vamos a cambiar nuestra vida.

—Yo no quería cambiar nada. —Apretó los labios y miró por la ventanilla.

—No te entiendo.

—Me han obligado mis padres. —Se sonrojó con fuerza. —Mi madre fue...

—¿Una alumna? —preguntó con asombro.

—De la promoción del noventa y cuatro. Les fue tan bien que...

Eso le dio esperanzas. —¿Se enamoraron?

—Claro que no. Bueno... —Se encogió de hombros. —Se llevan muy bien y se tienen el uno al otro, pero... ¿enamorarse? No lo creo. Se tienen afecto, supongo. Yo estuve a punto de casarme el año pasado y cuando pillé a mi novio con otra, cancelé la boda. Eso les decidió a contármelo.

—Pues yo voy a enamorarme.

La miró como si fuera extraterrestre. —Pues vete olvidándote, porque eso no va a pasar.

Perdió la sonrisa. —¿Por qué dices eso? ¿Crees que no encontraré a un hombre que me quiera?

Paola se sonrojó. —¡No! No es eso... —Miró a su alrededor. —Es que nuestra profesora tiene mano de hierro. Si dice que te casas...

—No puede obligarme a nada. Viene en el... eso.

—¿Estás loca? Si le dices que no, te la pondrás en contra y ya no encontrarás marido. —Inclinó la cabeza. —De las características que lo buscas. ¿Entiendes? Tiene mucho poder. Te dejará fuera de la jet.

—Eso a mí me da igual. —Se encogió de hombros. —Y no voy a dejar que me presione. Si no encuentra lo que a mí me satisfaga, va a tener que currárselo

o pagar.

Paola la miraba sin entender nada. —¿No quieres un marido...? —Levantó las cejas.

—Yo solo quiero un hombre que me ame. Me gano bien la vida. No como ellos, claro. He invertido todo lo que tengo en esto y pienso disfrutar de cada minuto. —Sonrió encantada. —Hemos despegado y ni te has enterado.

Su nueva compañera miró por la ventanilla sorprendida y sonriendo se volvió. —Gracias.

—Si yo no he hecho nada. ¿Quieres patatas fritas? Tengo una bolsa que he comprado en el aeropuerto.

La miró con horror. —¿Hidratos? ¿Estás loca?

—Hala, otra obsesa de la dieta.

Paola la cogió por el brazo advirtiéndola con la mirada. —Creo que no sabes dónde te metes.

—Oh, lo sé muy bien. Es ella la que no sabe a quién ha metido.

Estuvieron hablando un rato sobre la desastrosa vida amorosa de Lynnell. —¿En serio te dejó plantada en el baile de graduación?

—Con un vestido amarillo que me había comprado mi madre. Me quedé en el salón cuatro horas hasta que me di cuenta de que no iría.

La miró con pena. —Lo siento, eso debe ser muy duro.

—Oh, pues eso no fue nada. Una vez fui a una cita a ciegas y el tipo entró, preguntó por mí al maître y yo viéndolo todo desde la mesa. Cuando se giró

hacia mí, perdió la sonrisa de golpe y salió corriendo llevándose al maître por delante.

—Otro imbécil. —La miró atentamente. —Tampoco eres tan... —Se sonrojó al darse cuenta de lo que iba a decir.

—¿Fea?

—Bueno, hay que pulirte.

—Tengo que reconocer que en esa época estaba algo deprimida y tenía como unos diez kilos más. —Se metió un montón de patatas en la boca. —La ansiedad me da por comer.

Paola asintió y estiró la mano cogiéndole la bolsa lentamente. Lynnell entrecerró los ojos al ver que la apartaba de su alcance. —Nada de hidratos de momento.

—¡Estarás de broma!

—Tienes que bajar cinco kilos por lo menos. No subirlos.

Se chupó los dedos y Paola la miró horrorizada. Se echó a reír. —La cara que has puesto.

—Van a tener un montón de trabajo contigo.

—Así amortizo la pasta. —Suspiró ilusionada. —Espero que sea guapo.

—Ya, él también espera lo mismo, ¿sabes?

Frunció el ceño mirándola. —¿Qué quieres decir?

—¡Es que alucino con esas tías que no se cuidan en absoluto y luego esperan un Robert Redford en su vida! —dijo indignada sonrojándola—. Se justifican

diciendo es que soy así y si me quiere, me tiene que querer como soy. —Se sonrojó todavía más. —Y luego sueñan con un hombre con los abdominales como tablas de lavar y unos preciosos ojos verdes.

—Negros.

—¡Me da igual! Yo llevo yendo al gimnasio desde los quince y hago dieta casi continuamente.

—Por eso tienes tan mala leche.

Paola gruñó haciéndola reír de nuevo. —Hablo en serio. Los tíos buenos se fijan en tías buenas porque es lo primero que ven. No quieren acostarse con una personalidad arrolladora porque lo que tocan es un buen culo.

—Eso es un poco superficial.

—¡Estoy hablando de un polvo, Lynnell! No estoy diciendo que no puedan enamorarse de alguien tan descuidado como tú.

—Vaya, es un alivio.

—Solo digo que antes se van a fijar en una tía buena que en una que no se ha depilado las cejas en su vida.

—Oye, que me las depilé con dieciséis, pero menudo fiasco. Me lo hizo una amiga y tenía una más grande que la otra. Parecía un bicho raro. Más aún.

Entrecerró sus ojos azules. —Eres consciente de todos tus fallos, pero te escudas en ellos para no defraudarte, ¿verdad?

—¿Eres psicóloga?

—Pues ya que lo dices... Sí. Estudié psicología en la universidad, pero para

lo que me va a servir.

—Estupendo.

—¿De verdad estás contenta contigo misma?

Se sonrojó mirando el pasillo. —¿Cuándo nos darán de comer algo?

—¿Quieres dejar de pensar en comer? ¡Te acabas de comer media bolsa de patatas! Contesta a la pregunta.

—Si ya sabes la respuesta, ¿para qué me das el coñazo?

—¿Y por qué no haces algo para remediarlo?

—Porque la recompensa es una mierda.

—¿Qué quieres decir? ¿No te has sentido mejor?

Apretó los labios. —Al principio sí. Me podía comprar la ropa que me apetecía. Me sentía más ligera y más positiva. Pero cuando pasaron las semanas y veía que el resto de mi vida no cambiaba...

—Te diste por vencida.

—Exacto. Recibía mucha más satisfacción de una hamburguesa con queso.

—¿No tuviste citas en esa época?

—Dos. Tuve dos citas y no me atraieron nada. Eran de lo más aburridos. Uno tenía una barriga cervecera y en lo único que podía pensar, era que si yo me mataba de hambre para salir con hombres como ese, no merecía la pena. Eso sí, los dos quisieron llevarme a la cama. En eso avancé un cien por cien.

—Entiendo. ¿Y no consideraste que de huir sin sentarse a la mesa, habías llegado a querer acostarse contigo?

Lynnell entrecerró los ojos. —Las hamburguesas con queso son una tentación enorme.

Paola puso los ojos en blanco. —¿Por qué aceptas citas con hombres que no te atraen desde el principio?

—¿Por salir de casa? ¿Porque sino no salgo con nadie?

—Yo no he salido con nadie en un año.

—Ese tío te dejó hecha polvo.

Paola se sonrojó. —Menudo cabrón. Tenía que haberle cortado los huevos.

—¿Sigues con tu amiga?

—¡Qué va! Está experimentando la vida loca. Cree que voy a volver con él.

Lo lleva más claro...

—¿Por eso firmaste? ¿Para vengarte?

La miró sorprendida. —Puede. Mis padres me presionaron, pero es cierto que la decisión final fue mía. Nadie me puso una pistola en la cabeza para que firmara. Podía haberme ido y no hacerles caso.

—¿Vives con tus padres?

Paola asintió. —Mi padre es de la vieja escuela, ¿sabes? Las hijas salen de casa cuando están casadas. No antes.

—¿Trabajas?

—No, otra razón para no irme de casa. No tengo un dólar.

—¿Y me das lecciones de vida? ¡Estamos en el siglo veintiuno!

Paola se sonrojó. —Vale, no tengo derecho a meterme contigo. Pero no te

doy las patatas ni muerta.

Lynnell se echó a reír a carcajadas al ver la decisión en su cara y cuando se calmó preguntó —¿Piensas casarte con quien ella diga?

Se mordió el labio inferior. —¿No debería seguir su consejo? Con mis padres funcionó.

—Para mí si no hay amor no funcionaría. No podría acostarme con alguien que no me atraiga o no quiero. —Se miró las manos pensando en ello. —¿Crees que pongo el listón muy alto y debería conformarme? Eso si encuentra alguien para mí.

—Si es lo que crees, debes ser fiel a tus convicciones y no conformarte.

—¿Y tú que es lo que crees?

—Chica, pues ahora no lo sé. Tengo un lío... Cuando firmé estaba convencida de que diría que sí al primero que ella me aconsejara. Después pensé que estaba cometiendo el peor error de mi vida y me cabreé.

—¿Y ahora?

—Ahora te he conocido a ti y estoy pensando que con toda la pasta que pagamos, se lo podría currar un poco y encontrarme alguien de quien enamorarme.

Lynnell sonrió. —¿Te pones de mi parte?

—Sí, pero esto no lo comentes con las demás, que si se forma un motín para conseguir lo mismo, volvemos loca a la pobre mujer.

—Tienes razón. Que quede entre nosotras. ¿No tienes miedo de que después

te excluya de la jet como dijiste antes, si no eliges su primera opción?

Sonrió maliciosa. —Te aseguro que no. Hablaba de ti, pero ya que tampoco te importa...

—Para nada.

—Pues ya somos dos.

Las horas se les pasaron volando, porque tenían mil cosas que contarse y también durmieron un poco.

Estaban a punto de aterrizar cuando Paola regresó del baño y Lynnell gimió. —No fastidies —protestó al ver su vestido azul que no tenía una arruga—. ¿Te has cambiado?

—Quiero tener buen aspecto para que no me coja manía. No hay que ir dando la nota. Cuanto más discreta, mejor.

—¿Discreta? ¡Si te ha mirado medio avión!

—Me refiero al aspecto. ¿Qué piensas que te vas a encontrar allí? Todas serán más o menos como yo.

—¿Niñas ricas hijas de antiguas candidatas?

—Y antiguas modelos, alguna mujer de carrera con éxito, de ese tipo.

—Estupendo. Me estás diciendo que voy a parecer un elefante en una cacharrería.

—Más o menos. —Soltó una risita. —Ni te has peinado. Tienes unos pelos... Y algo de babilla reseca en la comisura de la boca.

Jadeó llevándose la mano a la boca. —Ahora vuelvo. —En ese momento

encendieron la señal de ponerse el cinturón. —Mierda.

Su nueva amiga le pasó su neceser. —No te maquilles demasiado. Me da que puedes salir hecha un Picasso.

—Muy graciosa.

—Tranquila, te enseñarán a maquillarte. De hecho, te van a enseñar a sacar el mayor partido a tu cuerpo. Ese curso va a ser un aburrimiento para mí.

—¿Sabes que empiezo a odiarte? —Sacó el espejito de Chanel y era cierto que la goma de la cola se le había deslizado y estaba horrible. Se quitó la goma a toda prisa y Paola frunció el ceño. —Tienes un cabello precioso, sedoso y muy brillante. Déjate así.

—Pero es una pesadez...

—Ya empezamos. Déjate así y márcate los ojos. Son tu mejor rasgo. —Mordiéndose el labio inferior cogió el rímel. —No, antes la base. Estás algo pálida del viaje.

Cogió la polvera mirándola como si fuera una pesada y Paola se la arrebató exasperada. —Déjame a mí.

—Date prisa, no queda mucho.

—Sí, ahora apúrame. Cierra los ojos y estate quieta.

Hizo lo que le ordenó y sintió como el avión descendía. Bostezó varias veces para que no se le taponaran los oídos y Paola siseó —¿Te quieres estar quieta? Por cierto, guapa. Tu aliento mataría al más pintado.

Jadeó abriendo los ojos y Paola gimió con el rímel en la mano. —¿Qué? —

preguntó asustada por sus ojos.

—¡Y es semipermanente y el líquido que lo quita lo tengo en la maleta! —  
dijo asustada.

—No, no. ¿Qué has hecho?

Se miró al espejito y vio todo su párpado negro hasta la ceja. ¡Parecía que le  
iba lo gótico!

—Bueno, las sombras ahumadas se llevan mucho.

—¿En un solo ojo?

—Pues ahora tendremos que hacer el otro. —Paola se echó a reír sin poder  
evitarlo.

—Te odio.

—Venga, no te quejes. Así se ven más tus preciosos ojos verdes.

—¡Eso si no me detienen en la aduana porque no me parezco a la del  
pasaporte!

—Serás exagerada. —Cogió un clínex y se lo acercó a la boca. —Escupe.

—¿Qué?

—Voy a difuminarlo. —Abrió los ojos exageradamente. —La colonia tiene  
alcohol.

—Eso, eso.

Echó perfume en el clínex y se lo pasó por los ojos después de pintarle el  
otro párpado. Después le pasó un clínex seco varias veces. —Mucho mejor.  
Parece sombra negra.

—No creas que eso me alivia.

—Mírate.

Abrió los ojos para mirarse en el espejito e hizo una mueca. —Ha mejorado.

—Te lo dije.

—Sigue pareciendo que me han dado dos puñetazos, pero está mejor. ¿Me pinto los labios?

—Mejor que no. Solo hay que enfatizar uno de los rasgos de la cara. O los ojos o los labios. No los dos a la vez.

—Ah, pues entonces misión cumplida —dijo irónica.

Paola le pasó una pastilla para el aliento y la miró asombrada. —Llevas de todo.

—Hay que prevenir.

—Pues ya podías llevar el liquidito ese que necesitaba.

—Te aseguro que ahora estás mucho mejor que hace unos minutos.

Sintieron como el avión tocaba la pista y suspiraron del alivio cuando empezó a frenar. El piloto estaba dándoles la bienvenida al aeropuerto de Malpesa cuando miró a su nueva amiga. —Ya llegamos —dijo emocionada—. ¡Empieza nuestra aventura, Paola!

Su amiga la miró a los ojos. —Recuerda que no nos conocemos hasta que nos presenten allí.

—¿Qué conozco a quién? No sé de qué me hablas.

## Capítulo 2

Recogió su maleta y vio de reojo como Paola estaba esperando otra y eso que ya llevaba tres en el carrito. Gimió porque seguro que en su maleta no llevaba una cosa que su profesora considerara adecuada. Se giró para ir hasta la salida y aunque los de la aduana la miraron al salir, no la detuvieron. Un alivio, la verdad. Las puertas se abrieron y salió al exterior mirando a las personas que esperaban. Sonrió al ver un cartelito donde ponía su nombre. El hombre que debía tener unos sesenta años, abrió los ojos como platos en cuanto vio que se acercaba. —¿Señorita Fawell?

Ignoró el gallito de incredulidad. —La misma.

La miró de arriba abajo. —Ah... venga por aquí, por favor.

Le siguió algo preocupada por si se había olvidado de Paola, pero decidió cerrar la boca como habían acordado. Salieron al exterior y vio dos coches negros. —Ese coche la llevará.

—¿Usted no viene?

—No, tengo que recoger a otras personas.

—Oh, bien.

Un chófer vestido de traje negro cogió su maleta y mordiéndose el labio inferior se metió en el coche. Acariciando los asientos de piel sonrió. ¡Empezaba la aventura y tenía una pinta estupenda!

El coche se puso en marcha rápidamente y miró hacia atrás para ver que el hombre entraba de nuevo en el aeropuerto. Más tranquila se dedicó a mirar el paisaje y varios minutos después se dio cuenta de que rodeaban la ciudad. Meryl le había dicho que viviría en una villa y seguro que estaría a las afueras. Cuando el coche se metió por un camino que estaba sin asfaltar, entrecerró los ojos porque le extrañaba que se entrara por allí. Se desvió a la derecha y recorrió un buen trecho hasta llegar a una gran puerta de forja que parecía antiquísima. Impresionada vio como el chófer llamaba por teléfono y hablaba en italiano. La verja se abrió al momento y pasaron a otro paisaje, porque el césped impecablemente cuidado, con setos cortados en forma de cono les rodearon. El coche subió una pequeña cuesta y ante ellos apareció una casa preciosa de piedra en color arena que tenía un gran portal de madera labrada. El coche se detuvo ante la entrada y Lynnell vio como le abría la puerta a la vez que se abría la de la casa y una mujer vestida con un uniforme negro de criada salió a recibirla. Hasta llevaba delantal y cofia. La mujer que debía tener unos cuarenta años sonrió. — Bienvenida a villa Helena.

—Gracias. —Subió los escalones sujetando su bolso, aliviada porque no parecía extrañada de verla allí.

—Por favor acompáñeme, señorita Fawell.

—¿Sabe quién soy?

—Soy la encargada de usted durante su estancia. Porque hablo inglés. Mi nombre es Teresa.

Entró en la casa algo intimidada y entrecerró los ojos para acostumbrarse a la falta de luz. El hall era precioso y había muebles muy antiguos que brillaban de lo que se habían pulido. Pero lo que le llamó la atención era la escalera. De la misma piedra de la fachada, tenía un pasamanos labrado con una imagen del nuevo testamento. —El reparto de los panes y los peces —susurró impresionada.

—¿Es católica? —preguntó sonriendo agradablemente empezando a subir la escalera.

—Mi madre lo era.

—Antes aquí había un convento. Hace muchos años. Lo compró un antepasado de la señora y ha estado en su familia durante generaciones. Ese hombre le puso el nombre de su esposa.

—¿Un convento?

—Verá referencias al nuevo Testamento en muchos rincones de la casa. —Señaló unos ángeles en el techo. Por supuesto se reformaron las antiguas celdas para hacer habitaciones más espaciosas.

—¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

—Unas cincuenta. Más las del servicio, por supuesto. —Soltó una risita al ver su cara de sorpresa. —Es que no ha visto toda la casa. —Se acercó a una ventana y a Lynnell se le cortó el aliento al ver que el ala izquierda se extendía a través del jardín. El sol de la tarde le daba de lleno reflejado en sus ventanas. —Ahí antes había un huerto. Y más allá está el antiguo cementerio. Debe visitarlo, es muy hermoso.

—Lo haré.

—Debemos apurarnos. Tenemos poco tiempo.

—Oh, sí claro.

—En una hora debe estar preparada para la cena. Aquí se cena más tarde, pero como la señora es americana se respetan los horarios de allí. A usted no le costará acostumbrarse.

—Sí, por supuesto.

—Pero eso será dentro de dos horas. Primero se reunirán en el patio inferior para tomar un aperitivo. Por eso ya debe ir preparada para la cena.

—Entendido.

—Allí conocerá todos los detalles de su estancia y a sus instructores. Dependiendo de las necesidades de cada una, tendrán uno u otro. —Se sonrojó ligeramente mirándola de reojo.

—Teresa, no te cortes. Yo voy a tener que usarlos todos. Pero pienso emplearme a fondo.

—Así se habla.

Entraron en el ala izquierda y vio un gran corredor que llegaba hasta el fondo. —Su habitación es esta. —Abrió la quinta puerta y se hizo a un lado para que pasara. Se quedó sin aliento al ver la cama cubierta con una colcha bordada de seda y los cuatro postes tallados con rosas de distintos tamaños. Se acercó para acariciar la oscura madera. —¿Le gusta la habitación?

—Es impresionante. Nunca había visto nada igual —dijo mirando las

paredes pintadas con un jardín que cubría toda la habitación—. Está pintado a mano.

—Se pintó hace dos siglos. Por supuesto se ha restaurado varias veces. ¿A que es hermoso?

—Esta casa es un sueño.

Teresa sonrió y se acercó a una puerta que estaba oculta por la pintura. —Aquí tiene el baño. —Encendió la luz y Lynnell se acercó ansiosa para ver una bañera con patas de garras y que el suelo era de mármol blanco. Miró el antiguo espejo ovalado que había sobre el lavabo. Parecía que le rodeaba un labrado de oro.

—¿Es oro?

—No—Teresa sonrió. —Se forjó y después se puso el pan de oro. Pero no es macizo. Es una técnica muy antigua.

—Es precioso. La verdad es que mire donde mire, me quedo con la boca abierta.

—Me alegro de que le guste.

En ese momento llamaron a la puerta abierta y Teresa dijo —Andiamo.

Un hombre entró con su maleta dejándola ante el tocador y Teresa le hizo un gesto para que se retirara. —Mientras se da una ducha, colocaré sus cosas.

—Oh, puedo hacerlo yo.

—No, no puede hacerlo usted —dijo muy seria.

—Entiendo. No debo hacerlo yo.

—Exacto. Tiene todo lo que puede necesitar en el baño.

—De acuerdo

—Y señorita...

—¿Sí?

—Quítese esa sombra de ojos.

Soltó una risita. —Entendido.

Fue más fácil decirlo que hacerlo, porque la muy puñetera no se iba. Cuando terminó de quitárselo, tenía los párpados hinchados y rojos. Salió del baño cubierta con una toalla. Teresa estaba de brazos cruzados ante su armario y al mirarla de arriba abajo chasqueó la lengua. —No tiene nada para la cena.

—Claro que sí. Hay ahí un vestido negro... —Se acercó y lo sacó poniéndoselo delante. —¿Qué? ¿Eh? ¿A que es elegante?

—¿Le llega hasta los tobillos?

—Es que me lo compré para ir a la ópera un día que me dio por ahí. Al final no fui porque tenía que ir sola y éste se quedó en el armario.

—¿Y le vale?

Parpadeó antes de mirar el vestido. —Me quedará algo apretado, pero...

—No puede ponerse eso. Descartado.

—Pues tengo este marrón. Lo uso para trabajar. —Colgó el negro rápidamente sacando el otro. Teresa miró su vestido con horror. —¿Qué? ¿Éste que tiene?

—Pues un color...

—Marrón. Es de color marrón.

Teresa hizo una mueca. —Si no tiene nada mejor...

Miraron el armario y los colores eran negro, gris y marrón. —¡Eh, que soy de Nueva York! El negro es tendencia.

—Muy bien. Pues el marrón. Qué remedio.

Con lo que le había costado hacer la maleta. —Por cierto, ¿dónde está mi ropa interior?

—¿Su qué? ¡Ah, habla de esto! —Abrió el cajón de abajo y sacó una braguita de algodón negra. —Muy seductoras.

—Son prácticas.

—¿Y anti baby? ¿También son anti baby?

—Muy graciosa. —Cogió un sujetador negro de algodón y volvió hacia el baño.

Teresa carraspeó al ver que entornaba la puerta. —Señorita Fawell...

—Llámame Lynnell.

—Lynnell, ¿puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro.

—Usted no tiene dinero, ¿verdad?

Abrió la puerta en sujetador y la miró asombrada. —He pagado.

—No me refiero a eso. Si no hubiera pagado, no estaría aquí. Me refiero a que no es una mujer... con posibles.

—Pues no. Soy contable. —Teresa gimió viéndola salir en ropa interior y empezar a ponerse aquel saco. —He invertido todos mis ahorros en esto. — Sonrió sobre su hombro. —Y hasta ahora ha merecido la pena cada centavo.

—Me alegro mucho, pero... —Se apretó las manos preocupada. —Tiene que vestir de determinada manera para sus encuentros y eso cuesta mucho dinero.

Perdió la sonrisa poco a poco mientras ella le subía la cremallera. No había pensado en eso. Se volvió preocupada.

—¿Cómo lo va a resolver?

—¿De cuánto hablamos?

—¿En dólares? —Lynnell asintió. —Unos cien mil para tener un vestuario no demasiado caro, acorde con su posible estatus. Los hombres de ese nivel...

—Cien mil. —Se dejó caer sentándose en la cama. —No tengo ese dinero. Me quedaban diez mil en la cuenta. Ni un dólar más. Y yo que me había quedado tranquila porque me quedaba algo.

Teresa la miró atentamente. Parecía que le había dado el disgusto de su vida. —No se preocupe. Tiene un mes para pensarlo hasta que tenga su primer encuentro.

Asintió sin dejar de darle vueltas. Era contable. Encontraría la solución. Vio los zapatos marrones y se los puso. Levantándose preguntó —¿Qué tal estoy?

—Muy... marrón. Hazte un favor, cuando compres cosas nuevas nada de marrón.

—Vale.

Teresa puso los ojos en blanco al ver que ni se había secado el pelo. Lynnell se apartó la melena del hombro y debió darse cuenta porque jadeó antes de correr hacia el baño de nuevo. —¿Por qué no me avisas? —gritó desde el baño.

—Cuando estés en Nueva York no te voy a ver por un agujerito para avisarte. Veinte minutos.

Se agachó para dejar caer su melena casi hasta el suelo y pasó el secador sobre él varias veces.

—¿Normalmente te lo secas así?

—No, pero así se seca más rápido. Lo he visto en la peluquería. —Movi6 el secador de un lado a otro.

Diez minutos después tocó las puntas y vio que estaban secas. Se levantó con un movimiento seco haciendo que su melena cayera por su espalda y cuando se miró al espejo gritó del susto al ver que tenía tanto volumen que parecía que había metido los dedos en el enchufe.

Teresa se tapó los ojos disimulando las ganas de reír y Lynnell hizo una mueca. —Vuelven los ochenta. No pasa nada.

Su doncella ya no lo pudo soportar y se echó a reír a carcajadas de tal manera que tuvo que sentarse en la cama. Cuando Lynnell salió después de pintarse los labios, se echó a reír de nuevo al ver que se los había pintado de rojo intenso. — Un look muy interesante.

—Gracias. ¿Nos vamos?

Teresa tomó aire y dio dos palmaditas sobre el colchón. —Ven aquí niña, que

tenemos que hablar.

—¿No teníamos prisa?

—Tranquila que las demás candidatas se preparan tanto que siempre empiezan media hora después.

—¿Seguro?

—Seguro.

Se sentó sonriendo. —¿De qué quieres hablar?

—Me he dado cuenta de que tú no eres como las demás y me preguntaba cómo has acabado aquí.

—¿Cómo he acabado aquí?

—Sí, porque es obvio que no tienes nada que ver con las demás candidatas.

Ya te lo he dicho antes. Me has comentado que eres contable.

—Sí, y muy buena.

Teresa asintió. —¿Y cómo te enteraste de que la señora se dedicaba a esto?

—Por una amiga. Ella habló con la jefa y me recomendó.

Teresa asintió. —Y gastaste tus ahorros, que eran considerables, en venir aquí a buscar marido.

—Pues sí. Y a aprender todo lo que pueda.

—Y tienes mucho que aprender, eso es obvio.

—¿Qué me van a enseñar?

—Ya lo verás. Otra pregunta, que me muero de la curiosidad... ¿Cuál es tu prototipo de hombre?

Sonrió ilusionada. —Me gustan morenos, altos y fuertes. Yo soy alta, así que tiene que ser alto. —Teresa asintió. —Con unos ojos bonitos. Lo que no he pensado es el color. Que sea buena persona, pero con carácter y que... —Se detuvo en seco al darse cuenta de lo que iba a decir.

—Cuenta, cuenta, no se lo voy a decir a nadie.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. Lo que me digas no saldrá de estas cuatro paredes.

—Y que me quiera. Que me quiera muchísimo. —Sus ojos verdes brillaron de ilusión. —Que con solo una mirada me haga temblar de arriba abajo.

—¿Y de dinero?

—Eso a mí me da igual.

La miró fijamente pensando en ello. —Te da igual el dinero.

Se sonrojó intensamente. —Yo sé que no es lo habitual...

—No, no lo es. Llevo viendo candidatas treinta años y te aseguro que no creo que haya habido ninguna como tú.

Lynnell se miró las manos. —Ya lo sé. Soy un desastre. —Forzó una sonrisa. —Por eso estoy aquí. —La miró de reojo. —¿Crees que la jefa tendrá algo para mí?

—Sí. —Sonrió ilusionada al ver que hablaba en serio. —Tendrá algo exactamente para ti, no te preocupes por eso. La señora Derman siempre consigue lo que quiere.

—¿De veras? Yo me voy a esforzar mucho.

—Pero tienes que prometerme que seguirás sus instrucciones. Ella sabe mucho de cómo seducir a un hombre.

—Seré su mejor alumna.

—Bien. —Teresa sonrió dulcemente. —Eso es perfecto. Ahora vámonos, que estarán esperando algunas de tus compañeras. Así podréis conoceros.

—¿Me guardas otro secreto?

—Claro.

—En el avión conocí a una. Pero no hablamos de la señora Derman. Sé guardar un secreto.

—¿Y entonces cómo te diste cuenta?

—Estaba muy preocupada la pobre y le dije que me lo podía contar. No sé. Nos miramos a los ojos y nos dimos cuenta. Pero es normal, ¿no? Íbamos juntas en el avión y los billetes los envió la señora Derman.

—Seguro que lo hizo para que picarais. Siempre hace esas cosas. Le gustan las intrigas.

—¿De veras? Entonces me caerá bien. Me gusta divertirme.

—Así que conoces a la señorita Cirone.

—Es muy buena chica. ¿Sabes que sus padres la presionaron para venir? —Se echó a reír al ver su cara de sorpresa. —Claro que no lo sabes. Al parecer la señora Derman ayudó a sus padres. Y les fue bien.

—Así que ella es la segunda generación —dijo emocionada—. Qué sorpresa.

—Pero a ella le gustaría enamorarse también. ¿Crees que será posible? Es

mucho más guapa que yo y más fina. Tiene unos modales impecables. La verdad es que no sé cómo no tiene a los hombres haciendo cola tras ella.

—Será porque no sale de casa.

Esa frase la sorprendió y se detuvo en medio del camino mirando a Teresa de otra manera. Su doncella levantó una ceja. —Crees que no os estudiamos antes de que lleguéis. Sois cuidadosamente seleccionadas. Una por una.

—¿Me han investigado? —No salía de su asombro.

—A la señora Derman le gusta tenerlo todo controlado. Con este... negocio puede poner en peligro su buen nombre y su reputación. Por eso es tan importante la discreción. —Lynnell se puso como un tomate haciéndola reír. —No te preocupes, sabemos que tú serás de lo más discreta. De hecho, en tu trabajo has dicho que te ibas de vacaciones a una casa en un valle de Montana que no tenía teléfono, que por cierto, te has dejado en casa. A tu vecina le has dicho lo mismo, porque según tú necesitas meditar. Y tu amiga Meryl ha seguido tu versión para tus conocidos. Mi señora no se enfadará porque hayas hablado con una de las candidatas que ella misma ha colocado a tu lado.

Siguió caminando y Lynnell corrió tras ella. —¿Crees que Paola también encontrará el amor?

—La señorita Cirone es distinta a usted. Es de la cumbre de la jet. Lo más de lo más y tiene que tener un marido acorde con su estatus. Hace un año estuvo a punto de cometer un error terrible, que hubiera puesto en peligro su futuro, por eso está aquí. Para que eso no ocurra, la jefa, como tú la llamas, le encontrará un

candidato adecuado a su estatus y por supuesto que cuide sus intereses en el futuro.

—¿Y el amor?

Teresa la miró a los ojos. —El amor... Supongo que cuando conozca al hombre que la jefa ya tenga previsto para ella, se le caerán las bragas del gusto.

Lynnell la miró asombrada antes de echarse a reír a carcajadas. —¿Ya lo ha elegido?

—Muchos hombres solicitan los servicios de mi señora. Tiene una lista de candidatos muy amplia. No debes preocuparte por eso.

—La verdad es que es un alivio. —Empezaron a bajar las escaleras. —Está todo tan silencioso...

—Espero que siga así. El primer día todas están muy calladas, pero después la casa se llena de risas y de chillidos por todas partes. Parece que estáis en todos los sitios.

Rodearon la escalera y se acercaron a la puerta doble de cristal que daba acceso al jardín. Al ver que Teresa abría la puerta y no tenía intención de pasar preguntó —¿No vienes conmigo?

—Esta lección te la daré yo. A partir de ahora vas a tener que armarte de valor para lo que te depara la vida. Porque esa vida acaba de cambiar para siempre. Bienvenida a tu futuro.

### Capítulo 3

Salió a la terraza y miró a su alrededor mientras Teresa cerraba la puerta a su paso. Había un grupo de mujeres al final de la terraza que la miraron con horror y Paola puso los ojos en blanco al ver su aspecto. Bueno, vamos allá. Se acercó sonriendo. —Hola, soy Lynnell.

Paola se acercó de inmediato y le dio la mano. —Encantada de conocerte, Paola Cirone.

Después hablaría con ella respecto a lo que le había contado Teresa. —Lo mismo digo. —Miró a las demás y para su sorpresa ninguna se acercó a saludarla.

Teresa la cogió por el brazo. —Ven que te presente. A alguna ya la conozco.

—¿De veras?

—Oh, sí. Esa de los rizos morenos es April, hija de un empresario farmacéutico. La de los ojos castaños con el cabello cortado a lo Cleopatra es Mimi. Rachel, Trinity, Stella y... —Miró a una chica tímida que estaba tras las demás. —Sophie.

Sonrió a Sophie que correspondió a su sonrisa tímidamente. Madre mía, ¿cuántos años tenía? —Sophie es la benjamina. Tiene veinte. A las demás todavía no las conocemos.

—Y dinos, Lynnell... ¿cuál es tu apellido? —preguntó la que creía que se

llamaba Mimi.

—Fawell. Pero da igual que te lo diga, porque yo no soy como vosotras.

Rica, quiero decir.

—Oh, ¿eres la buena acción anual de Derman?

—¿Buena acción anual?

—Cállate, Mimi. Eso es mentira y solo lo dices para provocarla. Ha pagado la prima como tú, así que cierra el pico.

Todas se quedaron en silencio, lo que demostraba que Paola estaba muy por encima de ellas en la escala social y la temían. ¿De quién sería hija?

En ese momento entró otra chica, que era obvio que no tenía ningún problema de adaptación, porque se presentó enseguida con una falsa sonrisa en la cara. Le parecía que le sonaba. —¿Eres modelo?

—No, ya no —dijo Mimi—. Tuvo un problemilla con un fotógrafo. ¿Verdad, Stacey?

—Exageraciones de la prensa.

—Ah, ¿pero no te pilló metiéndote una raya en el cuarto de baño y te echó a patadas del set?

—Cameron tiene mucho carácter y me pilló vomitando. ¡Me echó porque dijo que estaba esquelética!

La verdad es que la chica estaba delgada en exceso. —¿Estás a tratamiento?  
—preguntó Lynnell preocupada.

Stacey sonrió. —Sí. Desde hace un año.

—¿Y tu médico te ha recomendado estar aquí?

—Sino Derman no me habría dejado venir.

Suspiró del alivio porque era una mujer que al menos tenía dos dedos de frente. Se llevarían bien.

Poco a poco fueron llegando las demás y aunque unas eran más agradables que otras, no se sintió incómoda. Todo lo contrario, porque Paola y Sophie no se separaban de ella. Hasta Stacey se unió a ellas.

Un grupo de personas salieron a la terraza y todas miraron hacia ellos. Un hombre de unos treinta años muy fornido vestido con vaqueros negros y un jersey ligero del mismo color, las miró y señaló la barandilla. —Poneos en línea.

Corrieron a la barandilla sin protestar y Lynnell miró a las tres mujeres y al hombre que las observaban. No sabía cuál de esas mujeres era Derman, aunque las tres iban muy bien vestidas y encajaban con la edad.

El hombre pasó ante las candidatas mirándolas atentamente y cuando llegó a ella, se detuvo mirándola de arriba abajo. —Ponte allí. —Señaló un punto ante la fila y ella lo hizo sin rechistar. Él siguió caminando revisando a las demás hasta llegar al final. Lynnell miró a Paola a los ojos interrogante y ésta se encogió de hombros.

—Mi nombre es Oswald. Vosotras seguiréis la dieta que marcaré y comeréis en el comedor general. Cinco veces al día. Y seguiréis los ejercicios marcados en la pizarra bajo la supervisión de mi ayudante. No estoy aquí para tonterías, sino para sacar de vosotras lo mejor de vuestro cuerpo. Así que no me interesan

vuestras protestas y me da igual que no estéis acostumbradas a hacer ejercicio. —Todas sonrieron y Lynnell gimió porque debían ir a menudo al gimnasio. — Pero creo que nos llevaremos bien. —Se volvió de golpe y Lynnell ansiosa esperó sus instrucciones. —¿Tu nombre?

—Lynnell.

—Pues Lynnell, tenemos mucho trabajo por delante. Solo tenemos un mes y te aseguro que vas a sufrir. —Se acercó a ella y la cogió por la barbilla levantándola y mirando su perfil. —No estás mal de cara y el resto tiene arreglo. Supongo que estás dispuesta a cambiar.

—Sí, señor. —Unió las manos ilusionada.

—No. ¡No me digas que sí para que pase a otra, porque este es un compromiso de por vida! —le gritó a la cara. Asombrada asintió—. ¡Nada de esconderte para comer! ¡Nada de estar tirada en el sofá durante horas viendo la televisión! ¡Nada de atiborrarte a helado de menta porque te aburres! —Ese hombre veía el pasado. Oswald entrecerró los ojos. —Me enteraré si quebrantas las reglas. De eso puedes estar segura. —Se alejó soltando su barbilla. — ¡Comerás en el comedor independiente para que no tengas tentaciones! ¡Y yo dirigiré tus ejercicios! —Sonrió malicioso. —Y te aseguro que soy muy duro. ¡Tu entrenamiento aparecerá en la tabla, pero desde ya te digo que empezamos a las cinco de la mañana en el gimnasio!

—¡Sí, señor!

Varias se echaron a reír y una risa duro más que las demás. Todas miraron

hacia la puerta y Lynnell perdió la sonrisa al ver a Teresa, vestida con un caftán a juego con unos pantalones anchos de una tela muy vaporosa en tonos verdes y con su cabello antes recogido en un moño, suelto por encima de los hombros e impecablemente maquillada.

—Lynnell lo dará todo, ¿verdad, querida?

Frunció el ceño. —¿Me has mentido, bruja?

Se echó a reír mientras las demás las miraban atónitas. —Una mentirijilla. — Le guiñó un ojo. —Tenía que conocerte. Y ha merecido la pena. —Miró a su entrenador. —Quiero sus progresos diariamente.

—Sí, señora Derman.

—Y endurece su vientre. Tiene un piercing que no se si alguna vez ha llegado a lucir. Y es una pena porque es hermoso. —Lynnell se puso como un tomate y se mordió la lengua.

La jefa se dio la vuelta y sonrió a las demás. —Bienvenidas. A algunas de vosotras ya os conozco y a otras no tardaré en conoceros. Durante este mes repasaremos vuestras costumbres, vuestros gustos y esas manías que debemos eliminar. Para eso tendremos la ayuda de la señora Smith. —Una mujer morena dio un paso al frente e inclinó la cabeza. —Ella es especialista en cuidado personal. La señora Rogers... —La que estaba a su lado se adelantó de la misma manera. Tenía pinta de tener más mala leche. —Ella se dedicará al protocolo, educación y a cultivar vuestras conversaciones para entretener a vuestros esposos. —Todas sonrieron. —También pasaréis una hora la semana con la

señorita Gerth, que es nuestra psicóloga. —Hizo un gesto con la mano. —Os desahogáis con ella, porque como ha dicho Oswald no quiero protestas. Estáis aquí para llegar a un objetivo que no habéis sido capaces de conseguir solas y eso que la mayoría habéis estado rodeadas de pretendientes más que aceptables toda la vida. —Se sonrojaron y Paola más que ninguna. Lynnell frunció el entrecejo y la señora Smith carraspeó mirándola frunciendo el ceño y negando con la cabeza. La jefa se echó a reír. —Te está diciendo que no es correcto fruncir el ceño. Además, salen arrugas, querida.

Lo quitó de inmediato y la señora Derman sonrió complacida. —¿La veis? Ella no es como vosotras. Ella no forma parte de vuestro mundo y lo ha dado todo para llegar aquí. Se merece ese puesto más que ninguna porque lo desea muchísimo más que vosotras. Estoy deseando ver los progresos de Lynnell —le dijo a los instructores que asintieron sin dejar de observarla. —Tengo muchos planes para ella.

Las chicas la miraron con la boca abierta incluida Paola. —Me llamaréis señora Derman, aunque alguna ya me llamaba por mi nombre. Aquí sois todas iguales. Si una de vosotras me da problemas o no colabora, será expulsada de la casa.

¿Expulsada de la casa? ¿En dónde salía esa cláusula? ¿Se la había saltado?

—No toleraré la insubordinación ni la mala educación. Un año dos chicas se pelearon y las expulsé a las dos. Os aseguro que siguen solteras.

Eso sí que aparecía en el contrato. Si se comportaba de una manera insultante

o grosera, podía ser expulsada de inmediato y sin cobrar. Abrió los ojos como platos. ¿Seguían solteras? No la sacaban de allí ni con agua caliente hasta acabar el curso.

—Ahora a la cena. Ya os iré llamando para conocer mejor vuestros gustos y necesidades. Buenas noches.

Asombrada vio cómo se iba y miró a Paola haciendo una mueca. Su amiga le preguntó con los ojos qué era lo que ocurría, pero ahora no podía contárselo. Oswald le dijo —Ven conmigo, Lynnell.

Le siguió entrando en la casa por donde había llegado apenas media hora antes, mientras las demás se quedaban en la terraza. Giraron por un pasillo a su derecha y vio varios salones al pasar. Cuando llegaron a la mitad del edificio más o menos, abrió una puerta.

—Éste será tu comedor hasta que yo lo diga.

—Bien. —Entró en una bonita habitación que parecía una salita, con una mesa al lado de la ventana, donde ya todo estaba preparado para su cena. —¿Me siento?

—Toda tuya.

Se sentó emocionada y quitó la tapa para ver lo que contenía su plato. Era fruta cortada. Se mordió el labio inferior porque parecía melón y piña. Él la observaba de brazos cruzados, seguramente esperando que dijera algo, pero forzó una sonrisa y cogió el tenedor. No dijo nada mientras comía y bebió mucha agua porque la piña estaba algo dura y ácida. Cuando terminó, dejó el tenedor en

su sitio y él asintió. —¿Sabes lo que has comido?

—Piña y melón.

—Muy buenos diuréticos, que es lo que tú necesitas para eliminar líquidos. El tronco de la piña es muy buena para la celulitis, que seguro que tú tendrás debajo de ese vestido. —Se puso como un tomate. —Esa será tu cena los próximos días.

—Bien. —Bebió más agua porque así llenaba el estómago.

—Eso es lo que tienes que hacer cada vez que tengas hambre.

Iba a beber mucha agua. —Ahora ve a acostarte y mañana a las cinco te quiero en el hall para empezar.

—Sí, jefe.

Oswald bufó saliendo de la salita. Bueno, tampoco era para tanto. Por allí no había tentaciones. Iba a salir cuando vio un cuenco de cristal lleno de bombones. —Sería cabrito. Seguro que lo hacía a propósito. ¡Pues no pensaba picar! — Salió con la cabeza bien alta y se sobresaltó al ver a Oswald allí sonriendo. — ¡No he cogido ninguno!

—Más te vale que no te saltes las reglas. ¡A dormir!

—Uff, si voy a dormir porque estoy agotada.

—Pues ya verás mañana.

—Ay... ay —dijo sentándose en la silla del jardín donde Paola y las demás tomaban una copa antes de la cena.

—¿Ha sido duro? —preguntó Sophie reprimiendo la risa.

—¡Me duelen hasta las uñas de los pies!

Todas se echaron a reír. Lynnell vio por el rabillo del ojo que alguien se detenía a su lado. Se sobresaltó y suspiró del alivio al ver a un camarero. — Agua. Mucha agua.

El hombre le dejó delante una botella de cristal de dos litros y se sirvió desesperada. Y bebió ansiosa. La señorita Rogers carraspeó y suspiró bajando la copa. —¿Traguitos cortos?

—Exacto.

—¿Y si se tiene sed?

—Pues traguitos cortos hasta que se te quite.

Bebió un traguito y la mujer asintió antes de alejarse. Paola reprimió la risa. —No tiene gracia. Me reprenden a todas horas.

—¡Endereza la espalda, Lynnell! —ordenó Oswald desde el otro lado de la terraza.

Se puso tiesa como una vela. —Ha sido demasiada información de golpe. A veces se me olvida.

—Te acostumbrarás —dijo Paola sin darle importancia—. Después lo harás sin darte cuenta.

—¿Y vosotras qué habéis hecho?

—¿Aparte de estar la mañana en el gimnasio? —Lynnell asintió. —Una sauna, masaje, charla con la psicóloga y una entrevista con Derman. —Levantó

las cejas y ella gimió porque no la había avisado. —Ha sido de lo más instructiva.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Stacey preocupada.

—Nada, lo que debía hacer para encontrar un ricachón que mantenga mi fortuna.

—¿Así que eres rica? —preguntó Stacey antes de abrir los ojos como platos—. ¿Eres hija de Eduardo Cirone?

—Ese es mi padre.

—¿Quién es? —preguntó Lynnell muerta de curiosidad.

—¡Es productor de cine! Las mejores películas que se ruedan en Nueva York, se trabajan bajo su sello.

Lynnell hizo una mueca mirando a Paola. —¿Te hacen descuento en el cine?

Paola se echó a reír divertida. —Voy a la premier.

—Mucho mejor, claro. Dónde va a parar. Te inflarás a palomitas.

Las chicas se rieron y el ama de llaves de la casa entró en la terraza. —La cena está servida.

—La mía seguro que no se enfría —dijo haciéndolas reír de nuevo.

Se levantaron y Paola la cogió por el brazo mientras iban hacia el comedor. —¡Serás chivata! Menuda charla he tenido que aguantar sobre la responsabilidad de heredar un imperio.

—Ahora no puedo hablar. Ven a mi habitación después de la cena y te cuento. Vas a flipar.

—Lo dudo.

—Te lo aseguro.

Gimió al ver que ellas seguían de frente y suspiró. —Bueno, os veo mañana. De refilón, porque Oswald no me quita ojo —les dijo a las demás.

—Que te aproveche —dijo Paola con mala leche.

—Serás bruja.

Entró en la salita y vio su cuenco de fruta. ¡Tenía un yogurt! Aquello iba viento en popa.

Estaba en la habitación arrastrándose sobre el colchón y la puerta se abrió de repente. Gimió al ver a Paola y se tumbó abrazando la almohada. —Pues ya verás mañana.

—Eso, anímame.

Paola frunció el ceño al ver su camiseta. —¿Duermes con eso?

—Vale para dormir.

—Te daré un par de camisones.

—No te molestes. No me valdrían. ¿Ya has cenado?

—No te digo que, porque te mueres de la envidia. —Se sentó a su lado. — ¿Me lo explicas o tengo que adivinarlo? Porque Emily me ha sorprendido diciéndome que enamorarse era importante, pero que yo tengo más responsabilidades. La desgracia de ser millonaria.

—Lo siento. ¡Pero se hizo pasar por mi doncella! Me lo sacó todo. —Abrió

los ojos como platos. —Vaya bien que miente. Podría ser actriz.

—¡Lynnell!

—Mira, así terminamos antes. Ya sabe lo que queremos. Eso sí, no podemos decírselo a nadie.

—¡Eso si no vas soltándolo por ahí a todo el mundo!

—¡Oye! Que fue una trampa. ¡Podría trabajar en la C.I.A! Es muy buena soltando trolas como puños. Además, no aparenta la edad que me dijeron que tenía. Que bien se conserva la puñetera.

Paola puso los ojos en blanco. —¡Qué verde estás!

—Como si tú estuvieras muy madura. ¡Sino no estarías aquí!

Hizo una mueca dándole la razón y la miró insegura. —Así que lo sabe todo, ¿no? Ya no tengo que fingir con ella si me muestra un tío que no me guste.

—No, ya lo sabe.

La puerta se abrió sobresaltándolas y la jefa sonrió cerrándola suavemente. —Vaya, vaya... si están aquí las conspiradoras.

Se pusieron como tomates y Lynnell se sentó en la cama de golpe, gimiendo y llevándose la mano al vientre.

—¿Duele? No pasa nada, en unos días ni lo notarás. —Suspiró mirándolas fijamente uniendo las manos. —No me gusta andarme por las ramas, así que ahí va. Sois dos casos totalmente opuestos y no necesitáis lo mismo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? Porque sea rica no significa que no quiera ser feliz.

Emily sonrió. —Sí, pero tu empresario tiene que estar relacionado con la

industria y eso reduce la lista, mientras que Lynnell se conformaría hasta con el barrendero del barrio. Tiene muchas más posibilidades de éxito.

—¿De verdad? —preguntó asombrada antes de sonreír de oreja a oreja—. Genial.

—¿Ves? Le vale cualquiera.

—¡Oye! ¡Cualquiera no!

—Cualquiera que la quiera y ella quiera.

Lynnell la señaló con el dedo. —Eso, exactamente eso.

Emily sonrió antes de mirar a Paola. —Pero a ti no te vale eso, cielo. Intentaré ayudarte y buscarte un candidato.

—No quiero actores.

—Lo sé. Eso lo hablé con tus padres antes de aceptarte.

—Ni directores.

—¿Sabes cuántos productores solteros hay y que hayan pedido mis servicios? ¡Cero!

Paola se sonrojó. —Pues que no sea de la industria. Al fin y al cabo, es un negocio. Un empresario me vale.

—Eso ya lo veremos. —Miró a Lynnell que se estaba quedando dormida sentada y soltó una risita sobresaltándola. —Y contigo voy a cambiar de táctica.

—¿De veras?

—Voy a decirte el nombre de tu pretendiente antes, para que te motive en la tortura a la que te somete Oswald. No vaya a ser que huyas por la ventana.

Paola se echó a reír.

—No tiene gracia. —Abrió los ojos como platos. —¿No será Oswald? Está bueno, pero es un poco gruñón. Cada vez que me viera comer un plátano me pegaría un grito.

Las chicas se echaron a reír y Emily negó con la cabeza. —No, no es Oswald. No entras dentro de sus gustos. No sé si me entiendes.

La miraron asombradas. —¿Es gay?

—Y con pareja. ¿Ya no te interesa el nombre de tu posible futuro marido? — Sacó algo del bolsillo del pantalón y el corazón de Lynnell saltó al ver que era una foto.

—Sí, claro. Motivación, motivación.

Paola no paraba de reír viendo lo ansiosa que estaba alargando la mano. Emily se acercó. —Creo que cumple tus requisitos físicos, pero...

—¡La foto!

Riendo se la entregó y Lynnell se quedó pasmada viendo a un hombre moreno con un traje gris ante una enorme pantalla. Parecía que estaba dando una conferencia, pero lo que la dejó sin aliento fue su mirada. —¿Es moreno!

—Tía es guapísimo. ¿Ese no me vale a mí?

—¡Oye! ¡Qué es el mío!

—Su nombre es Sergei Vasíliev. Es un empresario ruso que tiene muchos negocios en los Estados Unidos.

Miró a Paola, que negó con la cabeza. —No me suena de nada.

Emily sonrió. —Porque nunca se ha relacionado con la alta sociedad neoyorkina. Va a los Estados Unidos solo por negocios, pero su residencia la tiene en Moscú.

—¿Moscú? ¿Has tenido que irte hasta Moscú para encontrar un candidato para mí?

Miró incrédula la foto y sintió un nudo en el estómago mirando sus labios. —Es tan guapo... Éste no se va a fijar en mí.

—Eres su tipo totalmente. Eres alta y le van morenas de ojos verdes. Además, le gusta que tengan donde agarrar. Nada de esqueléticas. Esas fueron sus palabras con un ligero acento ruso que hace que te desmayes de la impresión.

La miró ilusionada. —¿De verdad?

—Totalmente.

—Si ella no vale, ¿puedo probar yo?

—¡Menuda confianza que tienes en mí! ¡Vaya ánimos!

—Igual no te enamoras de él. —Sonrió maliciosa. —Y buscamos el amor. Déjame la foto.

—¡Y una leche! ¡Búscate otro, guapa!

Emily se echó a reír. —Chicas, haya paz. Ese se lo va a quedar Lynnell. Me juego el puesto a que sí.

—¡Sí! —Miró la foto de nuevo. Ese no se le escapaba. Sonriendo de oreja a oreja preguntó —¿La puedo ampliar?

—No puedes decirle a nadie que ya tienes candidato. Así que guarda bien la

foto.

—Vaya. ¡Ay mi ruso, qué guapo es!

Paola se echó a reír antes de mirar a Emily. —¿Y cómo es de personalidad? Sé que ya le has calado.

—Es intenso. De esos hombres que te miran a los ojos y estás deseando que te lleve a la cama. Además, es muy inteligente. Mucho. Y muy rápido en sus respuestas para pensar en ruso y contestar en inglés. Me sorprendió.

—¿Cómo dio contigo?

—Me recomendó un amigo con el que trabajé el año pasado. Su amigo se casó en un mes.

Lynnell chilló de la alegría bajando de la cama y la abrazó. —Gracias, gracias. ¡Te quiero! Vendrás a la boda, ¿no? Paola, también estás invitada.

—Seré dama de honor.

—¡Qué guapo mi ruso! ¡Qué guapo! —Miró a Emily. —¿Color de ojos? En la foto no se ven.

—Grisés.

—Grisés —susurró impresionada.

—No sé si era la luz o es que son así, pero me parecieron grisés, te lo juro —dijo divertida al ver la ilusión que le hacía.

—Oye ¿y no puedes motivarme a mí? —preguntó Paola ilusionada—. Dame una pista. Algo.

—No, lo siento. Esto lo he hecho para que Lynnell haga todo lo que yo

quiero.

—Eso es que no tienes nada para mí.

—¿Dudas de mí? —Divertida puso los brazos en jarras. —Te daré esa pista que me pides. Su apellido empieza por R.

—¡No es justo!

—A ti no necesito motivarte. Ya estás perfecta.

—¿Y por qué estoy aquí?

—¡Por tu actitud! —Paola se sonrojó. —¡Así que vete cambiando el chip y olvídate de ese vago que no te merecía! Ahora a dormir.

Lynnell miró la foto de nuevo en cuanto se fue. —¿A que es guapo?

Paola sonrió disfrutando de su ilusión. —Sí que lo es. Tienes mucha suerte.

—¿Crees que se enamorará de mí?

—Solo tiene que conocerte.

La miró a los ojos emocionada. —Gracias, no sabes cómo necesitaba esto.

Paola la abrazó. —Ahora tienes una ilusión muy poderosa para esforzarte más aún si es posible.

—Lo haré. Vaya si lo haré.

## Capítulo 4

Tres semanas después

Se subió a la pesa impaciente y sonrió a Emily que levantó las cejas del asombro. —Muy bien. Pero que muy bien. Has bajado nueve kilos y eso no es todo. Tu figura está mucho más firme y estilizada.

Oswald sonrió. Últimamente lo hacía mucho como si estuviera muy orgulloso de ella. —Le he hecho una tabla específica de entrenamiento para que continúe con ella en cuanto salga de aquí. Ya la hace ella sola.

Emily la miró a los ojos. —Debes estar muy orgullosa de lo que has conseguido. Esto demuestra que cuando te esfuerzas por algo que deseas mucho, los resultados no tardan en aparecer.

—¿Gracias? ¿Lo estoy haciendo bien? Si tengo que esforzarme más...

—No, lo haces muy bien. Por eso mereces una recompensa.

Sus ojos brillaron emocionada. —¿Recompensa?

Oswald abrió la puerta de su habitación y dos mujeres entraron en ella tirando de un perchero lleno de ropa. Chilló de la alegría antes de abrazar a Emily. —¿Es para mí?

—Ya se la cobraré a tu ruso.

Una de las mujeres le puso un dossier en las manos. —¿Qué es esto? — Abrió el dossier y soltó una risita al ver los modelos.

—Son las distintas opciones que tienes de combinar esta ropa. Apréndetelas y no, repito, no improvises. Cielo, en las clases hemos aprendido que no sabes mezclar colores.

—Sí, jefa —dijo distraída mirando las fotos.

—Cada temporada deberás llamar al número que viene en la portada y encargará un vestuario. Ellas te enviarán el dossier con las fotos. —Sonrió a las chicas. —Gracias, podéis retiraros. Oswald...

Las dejaron solas y miró dudosa a Emily. —Sé lo que estás pensando, que puede que no lo necesites y que tu ruso puede que no lo pague. Lo pagará. Siempre consigo lo que quiero, ¿recuerdas? Y necesitarás toda esta ropa.

Se sentó en la cama. —Estoy asustada.

Emily perdió la sonrisa. —¿De qué? Has trabajado muchísimo por esto.

—¿Y si no le gusto? ¿Y si no nos llevamos bien? Temo que algo salga mal de nuevo y llevarme un chasco horrible.

La miró asombrada. —Pero si todavía no le conoces. ¿Temes no enamorarte de él? —Se sonrojó negando con la cabeza. —Ah, ya entiendo. Temes que él no se enamore de ti. —Le apartó el cabello recordando que tenían que arreglárselo antes de decir —No debes temer eso. Él se volcará tanto en esta relación como tú.

—¿Sabe cómo soy?

—Le he dicho cómo eres como persona, que es lo realmente importante. Que eres generosa, divertida, inteligente y que serás una esposa que lo dará todo por

él.

La miró tímidamente. —¿Y qué ha dicho él?

—Que entonces eres perfecta y que tendría que haberme contratado antes. —

Se echó a reír. —Me lo dicen mucho.

Sonrió, pero las dudas empezaban a agobiarla y Emily al darse cuenta suspiró. —Dime qué te preocupa. Los profesores están muy contentos contigo.

—¿Y si no le gusto en...?

—¿En la cama? —preguntó sorprendida—. Niña, ¿no serás de las que se quedan tumbadas y no se mueven hasta que terminan?

Se puso de un rojo intenso y Emily dejó caer la mandíbula. —¿Eres virgen? ¡Si tienes veintisiete años!

—¡Mi vida amorosa no ha sido demasiado fructífera! ¡La mayoría con los que salía ni siquiera me gustaban! Pasó el tiempo y...

—Ay, Dios... ¿Por qué no me lo dijiste antes? Es un hombre experimentado y querrá una mujer a su altura.

—¿Ves? Tu aprendizaje tiene fallos.

—¡Niña! ¡Yo no fallo nunca! —Emily entrecerró los ojos. —No pasa nada.

—Ah, ¿no?

—Le diré que eres como el dorado. Que le he conseguido una mujer que se ha conservado pura hasta su marido.

—¡No puedes decirle eso! Menuda vergüenza.

—Hay hombres a los que les gusta que sus esposas solo hayan sido suyas.

Les pone ser los primeros. Es más, algunos se sienten orgullosos de que su mujer solo haya sido suya. Igual es de esos.

—¿Y si no lo es?

—¡Si no lo es, voy a comprar el Kama Sutra!

—Ya me lo he leído. Bueno visto, porque no es que haya mucho que leer. —

Gimió pasándose la mano por la frente. —No sé seducir a un hombre.

—Eso es muy fácil.

La miró asombrada. —¿De verdad?

—Le miras a los ojos con deseo y no hay hombre que se te resista. Te lo digo yo.

—Con deseo. ¡Joder, qué vergüenza!

—¡Niña, esa lengua!

Bufó levantándose y yendo hasta el perchero acariciando la manga de un vestido color coral. —Es que si no funciona no sé si me gustará otro. —Se volvió sorprendiéndola. —¡Ahora quiero al ruso! ¡No me va a valer otro!

—Por eso te di la foto. Hija, no te vale nada. Si no te la doy porque no te la doy y si te la doy...

—¡Corta el rollo! Lo hiciste para que me esforzara.

—Es que es un incentivo muy potente. El ruso está para comérselo.

—¡Emily!

—Niña, no protestes tanto. En cuanto te encuentres con él, se te va a caer la baba.

—¿Seguro?

—Te lo digo yo que he tratado con hombres toda mi vida.

—¿Por qué le elegiste para mí?

Se miraron a los ojos. —Porque es un hombre que me gustaría para mi hija si la tuviera. —A Lynnell se le cortó el aliento. —Y quiero que te vaya muy bien. Es de esos tipos con los que te sientes protegida, no sé si me entiendes. Y quería algo así para ti. Necesitas sentirte segura con tu pareja.

Emocionada la abrazó. —Gracias. Gracias por todo lo que haces por mí. No eres tan bruja como me temía al principio.

Emily se echó a reír. —Puedo ser muy bruja. Anda, vamos a tirar esos vestidos, que llevo deseándolo desde que llegaste.

Esa tarde le cortaron el cabello y para su sorpresa, porque se esperaba que cortaran por lo sano, le cortaron la melena recta a la altura de la cintura. —¿Solo esto?

Se volvió hacia la señora Smith que soltó una risita. —A tu ruso le gustan las melenas.

—Ah, pues muy bien. Además, me sentiría rara si lo llevara corto.

—Nada de recogidos y coletas. Estás advertida.

Le puso delante uno de sus kits enrollados. —¿Qué es esto? ¿Me maquillo yo?

—Exacto. Ese será tu kit. Especial para tu tipo de tez.

—¿Para mí? —Ilusionada lo abrió y había pinceles, barras de labios y sombras en verdes y colores tierra.

—Usa esas marcas. Y esos colores específicamente si se te acaban. —Colocó una crema de la Mer ante ella. —Todas las noches. Ahora vamos a elegir el perfume que más te va.

Estaban probando el perfume, cuando Emily entró y por su cara no traía buenas noticias. La miró a través del espejo. —¿Qué ocurre? Me odia, ¿verdad? Se lo has contado y no quiere ni verme.

—Ya te están preparando el equipaje. Sergei te quiere en Moscú mañana mismo.

Se volvió asombrada. —¿Por qué?

La señora Smith salió discretamente y Emily se cruzó de brazos. —Al parecer sí que le van las vírgenes. En cuanto se lo he dicho, te quiso allí de inmediato. Dice que ya no quiere ni puede esperar más.

Perdió todo el color de la cara. —Pero...

—¡Ahora no te pongas nerviosa! ¡Parece que vas a vomitar!

—Casi.

Se sentó en la otra silla y le cogió las manos. —No tenemos mucho tiempo. Te envía el jet y te vas esta noche.

—Ay, Dios.

—Todavía me quedan mil cosas que enseñarte, pero al menos estás preparada.

—¿Tú crees?

—Como sé que no vas a salir virgen de Moscú, ahí va mi primer consejo. Toma la píldora hasta que estés segura de que es el hombre de tu vida. El médico te está esperando en tu habitación para hablar contigo.

—Bien.

—No quiero que te ates a él antes de que todo este correcto. ¿Entendido?

—Sí, Emily. Eso también lo tengo claro.

—Y sobre el dinero...

—Yo trabajo.

—No, ya no. Si mantienes una relación con él, deberá mantenerte. Te dará una tarjeta de crédito. Al principio no gastes mucho. Nada de volverte loca y comprar todo lo que te apetezca. Eso lo odian.

—Me conoces. ¿Crees que me volvería loca comprando sin control?

Emily sonrió. —Te lo digo por si acaso. Ponte la lencería que te he encargado y por la noche no te pongas nada a no ser que estés enfadada.

Parpadeó. —¿Es una indirecta?

—Totalmente. Si ve que te metes desnuda en la cama, se animará, y si ve el camisón, sabrá que se ha cerrado el grifo. Eso lo pillan enseguida. Entonces si le importas, te preguntará qué ocurre. Si no lo hace... —dijo mirando sus ojos fijamente—, es que algo falla o le da absolutamente igual. ¿Entiendes?

—Una señal de que nuestra relación no funciona, porque a él no le interesa lo que me pasa.

—Exacto. Interésate por él y por su trabajo como te han enseñado. Pero él también tiene que interesarse en ti. Tú estarás en casa, pero debes salir. Tener amigas y relacionarte. Cuando estés en Nueva York, llama a Paola y a las demás. Que vea que tienes vida social y que no solo eres una parte de él.

—Bien. Eso no es problema.

—No te descuides. Ellos se dan cuenta enseguida y siempre hay mujeres más jóvenes y más hermosas rodeándoles. Si le amas, debes luchar por él. Y no seas un simple florero que le acompaña. Sé divertida como eres y abierta. Relaciónate con la gente que es como él. No se comen a nadie. Somos como los demás. Pero lo más importante... —Se mordió el labio inferior expectante. —Cuando ya te sientas segura con que él quiere casarse...

—Sí, dime.

—En ese momento debes provocar un ataque de celos.

—¿Un ataque de celos?

—Que se sienta amenazado. Si se muestra algo molesto porque has flirteado con otro hombre, significa que le ha molestado que otro pueda acceder a ti. Está en nuestra naturaleza y si sentimos que amenazan nuestro territorio, los hombres se ponen de muy mala leche.

—Yo también me pondría de mala leche.

—Ah, no. Eso no. Ni se te ocurra ser de esas mujeres que les molesta que cualquier mujer se acerque a su hombre. Debes aparentar que te da igual, porque estás tan segura de que es tuyo que nadie te lo va a quitar. —Su mirada incrédula

la hizo reír. —Al menos inténtalo.

—No prometo nada.

La miró con cariño. —Déjate llevar. Guíate por el corazón y no tengas miedo. Él también busca una esposa y estoy segura de que está tan nervioso como tú. —Apretó sus manos. —Si me necesitas, llámame de inmediato. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Ve a prepararte. Debes estar radiante para vuestro encuentro.

Impaciente y emocionada cogió sus cosas entre sus brazos, saliendo de allí mientras Emily reía. Vio que no había cogido el perfume y pulverizó uno asintiendo. Bueno, ahora tendría que volar sola. Debía ser ella la que se encargara de esos detalles.

La puerta se abrió de nuevo y Lynnell entró apurada para coger el perfume. —Se me olvidaba.

En cuanto salió sonrió. —Le irá bien. —Tomó aire levantándose. Ahora tenía que emparejar a diecinueve más.

Se sobresaltó cuando le tocaron el hombro y miró a la azafata del avión.

—Estamos a punto de aterrizar.

Asustada por el aspecto que tendría se levantó. —Voy al baño.

—No hay prisa, señorita. ¿Le sirvo el desayuno?

—Fruta y un yogurt. Y un té.

—En cuanto salga se lo tendré preparado.

Atravesó el lujoso avión y entró en el baño gimiendo cuando se miró al espejo. Dejó el bolso al lado del lavabo y decidió maquillarse de nuevo. La verdad es que nada había salido como había pensado. Un coche la recogió a las diez de la noche en la villa después de esperar cuatro horas y cuando llegó al avión tuvo que esperar dos horas más a que les dejaran despegar por un contratiempo en la pista. Después de esas casi siete horas y del viaje en avión, su maquillaje ya no tenía buen aspecto, así que empezó a desmaquillarse y después se echó la crema. Un cuarto de hora después tenía casi el mismo aspecto que al salir, pero el cabello que antes estaba impecablemente planchado no estaba igual. Se cepilló haciendo que brillara, pero las ondas que le habían salido ya no tenían remedio. Se echó perfume y no se pintó los labios porque iba a desayunar.

Se sentó en su asiento y sonrió a la azafata que le puso delante el desayuno.

—Gracias.

—De nada. Si quiere algo más... ¿Una tostada?

—No, gracias. Prefiero algo ligero.

La chica asintió antes de alejarse. Esa era una de las frases que había aprendido en el curso para cuando le insistían en que comiera más y sonrió. La verdad es que le habían cambiado la vida. Miró distraída por la ventanilla mientras masticaba y suspiró intentando aplacar los nervios. Bueno, tenía que pensar que si no salía bien no pasaba nada. Podía regresar a casa con la mejor experiencia de su vida. Sonrió recordando la foto que se había hecho con sus

nuevas amigas antes de irse. Solo por conocerlas había merecido la pena. Estaba deseando ver a Meryl para contárselo todo. La había llamado dos veces, pero casi no habían podido hablar porque tenía que atender el bebé y su marido no estaba en casa en ese momento. Ella también la había echado mucho de menos y quería que volviera, pero con su ruso, que se lo había ganado.

Terminó el desayuno y mientras la azafata recogía la bandeja, se pintó los labios en un rosa pálido revisando su aspecto nerviosa. Igual no debería haber desayunado, para no vomitarle encima cuando le conociera, más que otra cosa. Gimió pasándose la mano por su vientre ahora mucho más plano y sintió como descendían mientras su corazón iba a mil por hora. ¡Lo que le faltaba! ¡Ponerse a sudar!

Cuando sintió como el avión tocaba tierra, estuvo a punto de entrar en pánico pensando en donde coño se había metido, pero empezó a repetirse que podía hacerlo. —Claro que puedes. Claro que puedes.

—¿Perdón? —preguntó la azafata acercándose—. ¿Desea algo?

—No, no. Todo bien, gracias.

—Enseguida podrá bajar. Mi madre también tiene miedo a los aviones y no se queda tranquila hasta que pone un pie en el suelo.

Forzó una sonrisa. —Sí, es eso. Ahora estoy mucho mejor.

En ese momento el avión se detuvo y Lynnell abrió los ojos como platos antes de girar la cabeza y mirar por la ventanilla. Un coche negro estaba en la pista y se imaginó que era él que le esperaba. Cuando se abrió la puerta de atrás,

se le cortó el aliento al ver un zapato negro de cordones al que acompañó una pierna vestida de gris. Acercó la cara a la ventanilla para ver el resto del cuerpo, sintiendo que se le iba a salir el corazón por la boca, y cuando un hombre altísimo salió del coche abrochándose su impecable traje de chaqueta, todo su cuerpo tembló sin darse cuenta. La foto no le hacía justicia. ¡Era mil veces más atractivo! Él miró hacia allí y sus ojos se encontraron. Estaba muy serio, como si estuviera preocupado. Claro, para él aquello también era un poco incómodo. Y más se iba a poner en cuanto la viera, porque no era precisamente una modelo de Victoria Secrets.

—Ay, madre —dijo sin poder evitar mirarle.

—Cuando quiera.

Asombrada vio que había abierto la puerta y se levantó de un salto. —¡Total no pierdo nada!

La azafata frunció el ceño. —Si perdiera algo, se lo enviaríamos a su domicilio.

—Sí, claro. —Cogió el bolso del asiento de al lado y se apartó el cabello para colgarlo del hombro. —Vamos allá.

Nerviosa se apretó las manos acercándose a la puerta. ¡Madre mía, casi ni podía caminar! —Gracias, ha sido un vuelo estupendo.

La azafata sonrió. —Gracias a usted. Ha sido un placer atenderla.

Salió hasta la escalerilla y apoyó la mano en la barandilla mirando hacia él sin poder evitarlo. Bajó el primer escalón e iba a bajar el siguiente cuando su

tacón de aguja se enganchó en uno de los agujeritos para terminar rodando escaleras abajo. Tumbada en el suelo boca abajo gimió de dolor. A la mierda las clases y a su entrada triunfal.

Escuchó voces en ruso y cuando alguien se puso a su lado, ella miró hacia los impecables zapatos negros, antes de levantar la vista lentamente hasta esos ojos grises que en ese momento le robaron el corazón. —Lynnell ¿estás bien? — La azafata la iba a ayudar a levantarse, pero él le ordenó algo en ruso. —No te muevas, ya viene una ambulancia.

—¿Ambulancia? No, si estoy bien. Ha sido el susto nada más. —Al ver que se levantaba, él la cogió por el brazo con cuidado. Aún algo confusa, miró a su alrededor antes de mirar hacia abajo. —He perdido un zapato.

—¡Se te ha quedado enganchado en la escalera! —Sergei soltó no sé cuántas cosas en ruso antes de sujetarla por la cintura mientras la azafata le entregaba el zapato. Ella sonrió cogiéndolo. —Gracias.

Sergei gruñó y la cogió en brazos. Y qué brazos. Por primera vez en su vida se sintió ligera. Con el zapato en la mano le miró atónita y él forzó una sonrisa. —Menuda entrada.

—Me gusta hacerme notar.

Eso pareció relajarle. —Pues menos mal que la escalera no tenía diez peldaños.

—Entonces habría hecho paracaidismo.

Sergei la sentó en el asiento de cuero con cuidado. —¿Lo has hecho alguna

vez?

—No, pero para todo hay una primera vez. —Él la miró a los ojos de tal manera que le subió la temperatura. —No hablaba de sexo. Si no de todo, en general —dijo precipitadamente. Gimió interiormente cuando él simplemente asintió sacando la cabeza del coche para ordenar en ruso que guardaran el equipaje y que se dieran prisa. O al menos es lo que ella pensaba que había pedido, porque en menos de un minuto Sergei se sentaba a su lado y el coche se ponía en marcha.

Avergonzada y sin saber qué hacer, se miró las manos para darse cuenta de que aún tenía el zapato en la mano. Se lo puso a toda prisa y cuando se incorporó, vio que él la observaba. —Mi bolso.

—Está en el maletero.

—Ah... —Se mordió el labio inferior y él miró sus labios poniéndola aún más nerviosa. —¿A dónde vamos? —preguntó sin aliento.

—A mi casa. ¿A dónde vamos a ir?

—¿A tu casa? Pensaba que me llevarías a un hotel o no sé. Para conocernos.

—Será más rápido en mi casa, ¿no crees? —Entrecerró los ojos. —¿Por qué? ¿Tienes dudas?

—¿Dudas? —preguntó saliéndole un gallito—. ¡Qué va! ¿Y tú?

—Yo cuando tomé una decisión, la sigo hasta el final. —Se estremeció por sus palabras y le miró hipnotizada. —Y he decidido casarme contigo.

—Ah, ¿sí?

¡Madre mía! ¡Se iba a casar con él!

—Lynnell estás aquí por eso, ¿no?

—Sí, sí. Pero no esperaba que todo fuera tan rápido.

—Yo no me ando por las ramas. Si Emily dice que eres la adecuada, lo eres.

—Eso estaba claro. Miró su reloj como si estuviera impaciente. —Te dejaré en casa para que descanses y yo me iré a trabajar. Te veré a la hora de la comida. — Atontada asintió y él levantó una ceja. —¿Seguro que estás bien? Deberíamos haber ido al médico.

Se puso como un tomate. —En cuanto me dé una ducha, quedaré como nueva.

—Perfecto.

—¿Tienes gimnasio?

Él giró la cabeza mirándola. —Tengo de todo.

De eso no tenía ninguna duda. Solo había que verle. —¿A qué hora entrenas tú?

—A las siete de la mañana.

—¿Puedo entrenar contigo?

—Me gusta hacerlo solo.

—Oh, claro. —Se sonrojó por el corte, pero aun así forzó una sonrisa. —Era por hacer algo juntos.

—Haremos cosas juntos. Eso no lo dudes. —Lo dijo de tal manera que todas las células de su cuerpo chillaron de la alegría, porque era obvio que hablaba de

sexo. Solo pensar en lo que había debajo de ese traje y ya se le secaba la boca.

—Sí, claro —susurró casi sin voz.

Él alargó la mano y la puso en su muslo, haciendo que su tacto la asombrara. Como si nada arrastró el vestido hacia atrás y acarició con el pulgar su rodilla. —Nos llevaremos bien. Eso no debe preocuparte. —Su mano acarició el interior de su muslo y Lynnell gimió sin darse cuenta, haciendo que la mano desapareciera. Le miró con un quejido de protesta y él sonrió irónico. —Para ser virgen, te veo impaciente.

—Será por eso precisamente —dijo algo frustrada sin cortarse. Se acercó en el asiento perdiendo algo la vergüenza y sonrió—. ¿Sabes que tengo una suerte enorme? Te he conocido a ti.

—Sí que la tienes. Pero no voy a empezar algo que no puedo terminar. —Él acarició un mechón de su cabello. —Así que estate quietecita.

—¡Pero si no te estoy tocando! —Se acercó algo más sin rozarle. —Nos estamos conociendo.

—Lynnell...

El tono de advertencia la cortó de nuevo y se apartó al instante agachando la mirada. —Tienes razón, nos conoceremos más adelante. Hay tiempo.

Se mantuvieron en silencio y Lynnell estaba tan confundida que ni se dio cuenta de que atravesaban el centro de la ciudad. Primero le decía esas cosas que se referían claramente al sexo, pero después le cortaba el grifo cuando a él le daba la gana. ¡Acababa de llegar! ¿Era lógico que se fuera a trabajar en lugar de

pasar el día con ella? ¡Lo que no era lógico era que le acariciara el muslo y después ella no pudiera tocarle! Bueno, tenía que pensar que no se conocían y que a lo mejor ella se había animado demasiado pronto solo por una caricia que igual era para calmar sus nervios. ¡Pues ahora sí que estaba nerviosa!

El coche se detuvo y Sergei salió del vehículo. Extendió su mano para ayudarla a salir y dudó en si cogerla, pero tampoco quería dejar claro que le había hecho daño con su rechazo. Al posar el pie en el suelo le dolió un poco, pero simplemente sonrió mirando el edificio que tenía pinta de ser muy antiguo. —Vaya...

Puso la mano en su cintura y la empujó ligeramente haciéndola andar hasta el portero. —Él es Jov. No habla inglés.

Ella sonrió mientras Sergei le decía unas palabras al hombre, que sonrió de oreja a oreja.

Antes de darse cuenta habían dejado al portero atrás y la había metido en un ascensor que parecía del siglo pasado. —Vaya, ¿esto funciona?

—La maquinaria es moderna, no debes preocuparte.

Le vio que pulsaba el sexto piso que era el último. —¿Alguien habla inglés en la casa?

—He contratado a una doncella que sabe inglés. Ella hará de enlace entre el resto del servicio y tú.

Le miró asombrada. ¿Enlace? ¡Solo iba a poder hablar con la doncella!

Salieron del ascensor y una puerta blanca con grabados dorados se abrió

mostrando a una doncella que debía tener su edad. —Bienvenida a Moscú, señora.

—Gracias. —Confundida vio que él no entraba. —¿Sergei?

—Tengo que irme. María se encargará de ti —dijo antes de regresar al ascensor.

Ahora sí que la había dejado en shock. ¡Ni le enseñaba la casa!

—Por favor, venga por aquí.

Entró en el hall que tenía una impresionante mesa redonda y caminó por el parquet rodeándola para llegar a un salón tan recargado de estilo del siglo XVIII que le puso los pelos de punta. Miró hacia el techo para ver una lámpara de cristales enorme que debería estar en un salón de baile. De hecho, todos los muebles que había allí deberían estarlo. La doncella carraspeó y Lynnell se volvió para ver una escalera semicircular de mármol con el pasamanos dorado. Dios mío, ¿quién había decorado esa casa? Sin salir de su estupor, empezó a subir los escalones y la doncella le indicó con la mano el pasillo de la derecha. —Por aquí están las habitaciones.

—Gracias —dijo sin dejar de mirar un cuadro en donde estaba Sergei de pie tras una mujer mayor, que estaba sentada en un sillón que parecía el de una reina.

—Es la señora.

—¿La señora?

—La madre del señor. Ahora está en un desayuno con unas amigas.

Seguramente la conocerá en la comida.

—¿Vive aquí? —preguntó exaltada.

María asintió y forzó una sonrisa. —Le mostraré su habitación.

¡Madre mía, iba a conocer a su suegra sin saber ni siquiera la edad de su hijo! Aquello no tenía buena pinta. María abrió la puerta del fondo y le mostró una monstruosidad de habitación, cuya cama tenía el cabecero en forja dorado y estaba hecha con un edredón de seda blanco. Tenía una V enorme bordada en el centro con lo que parecían hilos de oro.

—Enseguida le deshago su equipaje. ¿Desea desayunar?

—No, gracias. He desayunado en el avión —susurró impresionada. Vio una puerta a la derecha de la cama y fue hasta allí con inseguridad.

—Es el baño. Si desea darse un baño, puedo preparárselo.

—No, gracias. —Aun así, abrió la puerta y vio un pasillo que daba a un gran baño de mármol, que por supuesto tenía los grifos dorados. Les encantaba lo dorado, eso era obvio. Vio una puerta en el pasillo y la abrió para ver un vestidor más grande que su piso lleno de ropa de hombre. Palideció dando un paso atrás.

—María, ¿ésta es la habitación de Sergei?

—Sí, señora.

Salió a la habitación sin color en la cara. —¿Ha dicho él que me den esta habitación?

—No hay otra libre en la casa.

¡Pero si la casa era enorme! Confundida preguntó —¿No quedan

habitaciones libres?

—No. Las ocupan sus familiares. Sus cuatro hermanos y su madre.

Oh, Dios mío. —¿Cuatro hermanos?

María asintió sonriendo. —Tres varones y una mujer. Supongo que también los conocerá en la comida.

¡Menuda encerrona! ¡Y encima tenía que compartir habitación con un desconocido! ¡Un desconocido que la había dejado sola apenas veinte minutos después de conocerla!

Se quedó allí de pie sin saber qué hacer y se pasó la mano por la frente sintiéndose agotada de repente. —¿Por qué no se acuesta un rato? Estará cansada del viaje.

Al mirar la enorme cama gimió. —¿Dónde está mi bolso?

En ese momento llegó el portero con las maletas y sonrió agradablemente dejándolas ante la cama. Se acercó para coger su bolso. —Spaciva —pronunció lentamente.

El hombre asintió antes de salir de la habitación.

—Lo ha pronunciado muy bien. En nada de tiempo no me necesitará. —Fue hasta las maletas y cogió la más grande como si no pesara nada, haciendo que se le soltara un mechón de su cabello rubio que le cayó sobre la mejilla. —Usted descanse, que yo me encargo de esto.

Lynnell ya estaba buscando su móvil nuevo en su bolso y llamó a toda prisa a Emily porque se estaba poniendo muy nerviosa.

—¿Ya has llegado?

Miró hacia la puerta del vestidor y susurró —Acabo de llegar a su casa.

—¡Estupendo! Te ha llevado a su casa. Eso es que le gustas.

—¿Tú crees? La verdad es que no me ha quedado muy claro. ¡Me ha dejado en su casa y se ha ido a trabajar! ¡Y encima comparto su habitación, porque todas las habitaciones están ocupadas por sus familiares! ¡Me estoy poniendo muy nerviosa, jefa! ¿Esto es normal?

Emily suspiró. —Tranquilízate. Es lógico que si se va a casar contigo, te presente a su familia para ver como encajas en ella.

—¡Eso si hablan inglés! Porque aquí solo habla inglés mi doncella.

—¿Ves cómo quiere que estés cómoda allí? Se ha preocupado de ese detalle.

Lynnell se sentó en la cama. —¿Tú crees?

—Es un hombre muy ocupado y te ha ido a recoger personalmente al aeropuerto. ¡Seguro que pasáis más tiempo juntos cuando venga de la oficina! Estás exagerando. Ahora vete al gimnasio a desestresarte o date un baño. Ya verás como cuando vuelva, todo irá mejor.

—Ya, es que todo esto me ha pillado por sorpresa. —Bajó aún más la voz. —¿Por qué no vienes y me acompañas unos días? Deja a esas petardas que se arreglen solas.

Emily se echó a reír. —Si te digo la verdad nada me gustaría más, pero Paola me sacaría los ojos.

Sonrió en cuanto mencionó el nombre de su amiga. —Búscales uno que la

deje temblando.

—Eso pretendo. Ahora relájate y disfruta. No te agobies. Y no quiero que me llames hasta dentro de una semana por lo menos. Tienes que volar sola. Si algo no te gusta, se lo dices a Sergei, que es el que va a ser tu marido.

—Vale, te llamo mañana.

Emily se echó a reír. —Niña, no tienes remedio. Dale un beso a Sergei de mi parte.

—Lo haría con gusto, pero no está.

La escuchó reír mientras colgaba y suspiró dejando el móvil sobre la mesilla de noche. Bueno, tenía razón. Acababa de llegar. Había que tomarse las cosas con calma.

Decidió ir al gimnasio y después se daría una ducha. María le dio la ropa de deporte y la acompañó por el pasillo hasta el otro lado de la casa. Abrió la penúltima puerta a la derecha para ver un gimnasio que tenía de todo. —Gracias, María.

—Tiene toallas allí. —Señaló un armario al fondo. —Si necesita algo, avíseme.

Asintió y ella cerró la puerta. Decidió no usar la cinta ni la bicicleta porque tenía el tobillo algo dolorido, así que para no pensar, lo mejor era sufrir y calentó un poco con gimnasia antes de subirse al banco de abdominales. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero cuando ya tenía dolorido cada músculo de su cuerpo, decidió dejarlo.

Salía del gimnasio secándose con una toalla, cuando vio a una joven de cabello muy rubio en la zona de las habitaciones. La miró de arriba abajo con desprecio con sus ojos grises antes de entrar en la habitación cerrando de un portazo. Se quedó de piedra. ¿Era la hermana de Sergei? ¡Pues no le gustaba un pelo que estuviera allí!

Fue hasta su habitación mirando hacia su puerta. Y casi pasó corriendo ante ella. María estaba con el vestido que había llevado en el avión en la mano. —Se lo voy a lavar.

—Gracias, María. ¿Qué hora es?

—Las doce y media. Tiene tiempo para asearse antes de la comida.

Asintió mientras la doncella se iba y suspiró yendo hasta el baño. Se desnudó de cintura para arriba dejando caer la camiseta al suelo de mármol y abrió el grifo de la ducha. Se descalzó y se quitó los leggins.

—Vaya, vaya, al parecer mi hermano ha tenido una suerte enorme.

Lynnell gritó cubriéndose los pechos y se volvió para ver a un chico rubio de unos dieciocho mirándole el culo descaradamente. Cogió la toalla gritando — ¿Cómo te atreves a entrar así?

—No te hagas la remilgada conmigo —dijo dejándola pasmada por su descaro—. Bonitas tetas. —Su mirada bajó por su cuerpo semicubierto. —Como a mí me gustan, bien gordas.

—¡Sal de aquí!

Levantó las manos divertido. —Tranquila, cuñada. Mi hermano lo comparte

todo, ¿no lo sabías? No es nada egoísta.

Casi temblando le vio salir del baño riendo. Se tuvo que sentar sobre la taza del váter porque no daba crédito. ¿Cómo el hermano de Sergei le hablaba así? ¿Compartirla? Iba a ser la mujer de su hermano, debería tratarla con respeto. ¡Debería tratarla con respeto, aunque no se casara con nadie, joder! Menudo descarado.

Escuchó risas y se levantó corriendo a la habitación. Se oían al otro lado de la pared y supo que era la habitación de la hermana de Sergei. Estaba claro que no la querían allí. Furiosa entró en el baño y cerró de un portazo.

## Capítulo 5

Sentada ante el tocador poniéndose un pendiente, se sobresaltó cuando se abrió la puerta y Sergei entró en la habitación.

—¡Ya era hora! —exclamó sin poder evitarlo, volviéndose en su asiento para mirarle de frente—. ¡Te estaba esperando!

—Te dije que vendría para comer —respondió molesto aflojándose la corbata.

Parecía que le fastidiaba encontrársela en su habitación y eso sí que la dejó de piedra, observándole mientras se quitaba la chaqueta de malos modos. —Me voy a un hotel —dijo en cuanto reaccionó.

—¿Qué has dicho? —Se volvió para mirarla a los ojos. —Tú no te vas a ningún sitio.

—¡Oh, claro que sí! ¡Porque lo que no voy a tolerar es que mi supuesto novio, apenas unos minutos después de conocerme, me deje en una casa donde me odian y donde pueden entrar en el baño cuando estoy desnuda a llamarme puta! —Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —¡Yo no soy ninguna puta! —Furiosa cogió su bolso y el móvil de la mesilla mientras él la miraba muy tenso. —¡Emily ya me encontrará a otro que al menos me tenga un mínimo de respeto y que no tenga hermanos que se ofrezcan a compartir mi cama, diciéndome que tengo las tetas bien gordas! —Abrió la puerta furiosa. —¡Dile a

ese niño que antes me acostaría con un cerdo!

—¡Lynnell!

Con la cabeza muy alta llegó hasta la escalera y se encontró con María de la que bajaba. —¿Puedes decirle a alguien que baje mi equipaje?

Sergei ordenó algo en ruso desde la escalera y la cogió por el brazo, tirando de ella hacia arriba. —¡Suéltame! ¿Quién te crees que eres?

Intentó soltarse y él la arrastró de malos modos hasta la habitación, tirándola sobre la cama. Se quedó asombrada porque estaba furioso. —¡Estás loco! ¡Ahora sí que me largo de aquí! —gritó levantándose.

—¡Siéntate! —le gritó a la cara—. ¡No sé qué ha pasado aquí, pero este numerito era lo que necesitaba para rematar el día!

—¡Qué te den!

Él la agarró de nuevo por los brazos y atrapó sus labios como si quisiera castigarla. Furiosa le mordió el labio inferior y Sergei se apartó incrédulo antes de recibir una patada en la entrepierna, pero Lynnell falló. Antes de darse cuenta estaba tumbada de nuevo con él encima. Y estaba muy enfadado. —¡Suéltame! —Intentó pegarle, pero él la agarró por las muñecas inmovilizándola.

—¡Basta, Lynnell!

Le miró con odio. —¡Llamaré a Emily para que me saque de aquí!

—¡Basta!

Se miraron a los ojos y Sergei agachó la cabeza robándole el aliento. Él miró sus labios que se habían separado y gruñó antes de besar su labio inferior con

suavidad. Lo que sintió la sorprendió tanto, que se quedó muy quieta antes de que su lengua entrara en su interior, saboreándola de una manera que le robó el alma. Sus manos aflojaron su agarre antes de recorrer sus brazos hasta llegar a sus pechos, que amasó apasionadamente sin dejar de besarla. Sintió como tiraba de sus braguitas, pero estaba tan inflamada de deseo que le dio igual. Él dejó de besar sus labios para besar su cuello y Lynnell cerró los ojos llevando las manos a sus hombros justo cuando sintió que entraba en ella de un solo empujón. Gritó de la sorpresa y él la miró a los ojos. Se movió en su interior y gimió de dolor haciendo que se detuviera. —Enseguida pasa —susurró él antes de besarla de nuevo. Entonces Lynnell se olvidó de todo. Del dolor, de por qué estaba allí y de lo que había ocurrido porque la necesidad de su cuerpo lo borró todo. Sergei salió lentamente de ella y cuando vio como retenía el aliento, entró con contundencia de nuevo haciéndola gritar de placer. Su sexo se tensó en cada empujón y apretó su miembro con fuerza necesitando liberarse. Sergei gimió contra su cuello acelerando el ritmo y entrando en su ser de manera salvaje, la hizo estallar en mil pedazos.

Sergei se tumbó a su lado y cuando su respiración se normalizó, la cogió como si fuera una muñeca colocándola sobre él. —Ahora dime qué ha pasado.

Ella gimió sobre su pecho y levantó la vista. —No quiero quedarme aquí.

—Es mi casa.

—Tu hermano ha entrado en el baño cuando me iba a duchar y me ha dicho cosas...

Sergei se tensó. —¿Qué cosas?

Ella se lo contó algo avergonzada y él suspiró. —Hablaré con él. No te preocupes.

—No me quieren aquí. Tu hermana también se reía. ¡No es bueno iniciar una relación rodeada de una familia, Sergei! ¡Aquí estoy en desventaja!

Él sonrió cortándole el aliento. —No te he visto en desventaja hace unos minutos. Te defiendes muy bien.

—No deberíamos habernos acostado. Eso lo complica todo. Si ni siquiera nos conocemos.

—¡No hay nada que complicar! ¡Eres mi mujer y ya está!

—¿De veras? —preguntó insegura.

—De veras. —Acarició su mejilla y ella cerró los ojos disfrutando de su tacto. —Ahora nos cambiaremos y bajaremos a comer. —La besó suavemente en los labios. —No te preocupes más, ¿de acuerdo? Todo saldrá bien.

Ella le miró a los ojos y decidió ser sincera. —Lo he dado todo por conseguirte. No me defraudes, Sergei.

—Pues no te rindas, preciosa. No hay que rendirse jamás.

Bajaron la escalera veinte minutos después y Sergei le cogió de la mano, llevándola por un salón que daba a un comedor donde varias personas ya estaban a la mesa. Una mujer de unos sesenta años les fulminó con la mirada antes de decir algo en ruso alterada y Sergei con una frase la cayó.

—Ella es mi madre, se llama Ninochka.

Un hombre de traje se levantó y sonrió a Lynnell. —Él es mi hermano Dmitri.

—Mucho gusto.

—Un placer conocerte.

—Hablas inglés —dijo aliviada.

—Menos mi madre los demás somos bilingües —aclaró Sergei—. El de la camiseta blanca, que tiene tan poca educación como para no levantarse, se llama Alek. Y los gemelos Dasha y Grisha.

Grisha era el que había entrado en el baño y la miraba de manera muy maliciosa.

Sergei dijo algo en ruso que le hizo perder la sonrisa de golpe. —Ven, siéntate a mi derecha —dijo dejando claro quien mandaba.

Muy incómoda se sentó y él acercó su silla como todo un caballero.

—Dinos Lynnell, ¿de dónde eres? —preguntó Dmitri agradablemente—. Tengo entendido que vives en Nueva York. ¿Pero eres de allí?

—Sí. Nací en Manhattan. —Cogió la servilleta colocándosela en el regazo y vio de reojo que la madre de Sergei ponía mala cara como si oliera mal.

—Conozco tu ciudad por negocios y es excitante.

Ella sonrió agradecida. —Siempre hay algo que hacer, ¿verdad?

Le pusieron delante un plato y se sorprendió al ver pimiento crudo cortado en tiras. ¿Comían eso? ¡Si estaba sin cocinar!

—Sí, lo que más me gustó fue la zona de Broodway. Mires donde mires...

—¿En qué trabajas? —preguntó Alek cortando a su hermano.

Lynnell parpadeó. —Es cierto, la zona de Broodway está de lo más animada. ¿Pero has visto todo lo que han hecho en la zona cero?

Sergei sonrió cogiendo su copa de vino. —Eso te enseñará modales, hermano.

Alek miró a los gemelos furioso y éstos gruñeron por lo bajo. Esos tres se la tenían jurada.

—Y soy contable en una de las consultorías más importantes de la ciudad.

—¿Contable? —preguntó Dmitri sorprendido. Al mirar a Sergei se dio cuenta de que él también parecía atónito—. ¿Eres contable?

—Y de las buenas. —Como ya no se pensaba callar, le hizo un gesto a María que se acercó de inmediato. —Una ensalada con lechuga y tomate con el aliño aparte. No puedo comer pimiento crudo.

—Enseguida, señora.

La madre de Sergei se tensó y dijo algo por lo bajo que debía ser un insulto, porque los hermanos mayores la miraron asombrados.

—¿Qué ha dicho?

—Nada —dijo Sergei advirtiéndola con la mirada—. Cosas sin importancia.

—¿No se habrá ofendido porque he cambiado mi plato?

—Puedes cambiar la comida si no te gusta. No pasa nada.

—Claro, eres americana y estás acostumbrada a las hamburguesas —dijo

Dasha con mala leche.

—No me hables de hamburguesas que hace un mes que no las pruebo.

—¿Y eso por qué?

—He decidido cuidarme un poco.

—Sí, ya te he visto en el gimnasio —dijo su cuñada con burla. Dijo algo en ruso y su gemelo rió por lo bajo.

La madre de Sergei se levantó enfadada y salió del comedor a toda prisa. Asombrada miró a Sergei. —¿Se ha sentido excluida?

—No es eso. No te preocupes —dijo Dmitri molesto antes de mirar a su hermano de reojo—. Deberías ir a hablar con ella.

—Ya he dado demasiadas explicaciones sobre lo que hago con mi vida. No tengo por qué dar más. Lynnell, aquí traen tu ensalada.

Sonrió a María y le dijo —No sé lo que hay de segundo plato, pero para mí algo que sea a la plancha y sin aceite, por favor.

—Sí, señora.

—Al parecer cuidas mucho tu figura —dijo Dasha.

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó Sergei fríamente.

—No, claro que no.

—Es un tema que ya has tocado y la única razón para sacarlo de nuevo es avergonzar a mi prometida. ¿Tengo razón? —Dasha se sonrojó. —Vete a tu habitación. Ahora.

Los tres hermanos se levantaron de inmediato y salieron por el mismo sitio

por donde había salido su madre. Dmitri forzó una sonrisa. —Bueno, cuéntame algo sobre ti. ¿Tienes hermanas?

Intentaron que la comida fuera lo más amena posible, pero era obvio que en esa casa había un conflicto que avecinaba problemas. Cuando terminaron de comer, Sergei subió con ella hasta la habitación.

—Estás muy callada —dijo cerrando la puerta.

—Esto no va bien.

—Claro que sí. Te he conocido esta mañana y para mí va estupendamente.

—Tu familia me odia.

—Odiarían a cualquiera. No te lo tomes por algo personal.

—¿Qué no es personal? ¡Se han levantado de la mesa!

—Más bien les he echado. —La cogió por la cintura pegándola a él. —¿Te vas a echar una siesta?

Gimió abrazando su cuello. —¿Te la echas conmigo?

—Nada me gustaría más, pero tengo una reunión muy importante en una hora y tengo que recorrer la ciudad. —Besó sus labios suavemente. —Moscú es una ciudad de mucho tráfico.

—No lo sé, porque como no la conozco...

Sergei rió contra sus labios. —He captado la indirecta.

—Más te vale. —Se restregó contra su cuerpo sin poder evitarlo. —¿Cuándo vuelves?

Él besó sus labios apasionadamente y amasó sus glúteos haciéndola gemir. Sergei se apartó para mirarla a los ojos. —Espero que esta noche no te quedes dormida porque sí que vas a hacer ejercicio.

—Me dormiré una siesta bien larga para estar muy despejada. —Rozó con su cadera su sexo y Sergei gruñó algo en ruso apartándose, pero antes de alejarse del todo la cogió por la nuca de nuevo apresando sus labios. Sintió que el deseo la recorría de arriba abajo, pero él terminó por alejarse. Suspiró viendo como cerraba la puerta y se dejó caer en la cama sonriendo. Si estuvieran solos no estaría nada mal su primer día. No, no estaría nada mal.

Gimió sentándose en la cama llevándose la mano a los ojos. Estaba como atontada y era lógico porque nunca dormía la siesta. Sintió que algo rozaba su antebrazo y apartó la mano para ver como un mechón de su cabello caía sobre el edredón. Asombrada lo cogió y chilló llevándose las manos a la cabeza, cogiendo los mechones que tenía por los hombros, sintiendo su nuca despejada. Gritando de horror saltó de la cama para ver su pelo sobre la almohada y asustada corrió hasta el baño para mirarse al espejo. Con los ojos llenos de lágrimas vio los tijeretazos que habían cortado su melena y una lágrima corrió por su mejilla. María tras ella gritó de la impresión, pero Lynnell no reaccionó cuando salió corriendo llamando a alguien a gritos. Simplemente se llevó la mano a la cabeza, viendo un corte cerca de la oreja sin poder dejar de llorar.

Alguien entró en la habitación y jadeó. Lynnell se volvió con lágrimas en los

ojos para ver a la madre de Sergei que se tapaba la boca de la impresión. María la cogió por los brazos. —Venga conmigo, señora. Parece que se va a desmayar en cualquier momento y...

Lynnell se puso a temblar con fuerza y María gritó algo sujetándola por la cintura. Ninotchka salió de la habitación y Dasha llegó corriendo. Palideció al verla sentada en el suelo tiritando. La hermana de Sergei se arrodilló a su lado. —María, que llamen a un médico.

—Sí, señorita.

Dasha alargó la mano y Lynnell se encogió. —No he sido yo. Te lo juro. Tranquila.

Lynnell se echó a llorar desgarrada, se miró las manos donde aún tenía unos mechones de su pelo negro y Dasha la abrazó.

Durante mucho tiempo intentó consolarla, pero solo cuando llegó el médico y le puso una inyección, consiguió calmarse lo suficiente como para solo gimotear e hipar de vez en cuando. La metieron en la cama de nuevo. Ahora ya no tenía su cabello y se abrazó a sí misma.

La puerta se abrió de golpe y Sergei vio a Lynnell hecha un ovillo llorando en silencio. Se llevó las manos a la cabeza al ver su estado y miró a su hermana que también lloraba. —Yo no he sido, te lo juro.

—¡Sal de aquí!

Se acercó a la cama y cerró los ojos al ver el estropicio que le habían hecho a su precioso cabello. Lynnell se dio la vuelta tapándose con la otra almohada la

cabeza como si no quisiera que la viera. Impotente lo único que pudo hacer fue tumbarse a su lado y abrazarla. Y lo hizo hasta que se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos, sintió un peso sobre su cintura y recordó donde estaba. Pero sobre todo recordó lo que había ocurrido. Él la abrazó con fuerza.  
—No pasa nada, preciosa.

—Sí que pasa —susurró—. Quiero irme de aquí.

Sergei apretó la mano sobre su vientre. —No te vas a ir. No me vas a dejar.  
—La volvió con cuidado y acarició su mejilla para que le mirara. —Nos iremos a otra casa, ¿de acuerdo? Tú y yo solos.

—¿De verdad?

—Y en dos meses nos iremos a Nueva York y pasaremos allí una temporada.  
—Limpió una lágrima que corrió por su mejilla. —No llores, preciosa. Sé que te has llevado un disgusto, pero crecerá.

—A ti te gustaba.

—Me gustaba mucho. Pero también me gustas tú. —La besó suavemente en los labios. —No quiero que le des más vueltas. Contrataré al mejor estilista de la ciudad y te dejaré preciosa. Ya verás.

Le miró a los ojos. —¿Quién ha sido?

Sergei apretó los labios. —Grisha.

—¿Por qué?

—Quería que te fueras. Es un estúpido que no sabe lo que hace.

—¿Por qué no quieren que te cases? ¿O es por mí?

—Sería igual con cualquiera. Olvídalo. Yo con mi vida hago lo que me da la gana y he decidido que me casaré contigo. —La besó en los labios. —Y no vas a echarte atrás. —La besó más profundamente y Lynnell sin poder evitarlo se entregó. Cuando se apartó susurró dándole suaves besos —Me vuelve loco como me respondes. Te siento mía.

—Soy tuya.

Sergei sonrió. —Pues entonces no puedes dejarme.

—No. Tendrás que echarme tú.

## Capítulo 6

Salió de la ducha de la nueva casa que compartían desde hacía dos meses y se pasó la mano por su cabello corto a lo chico. Hizo una mueca porque era la única manera en que el estilista pudo arreglarlo y aunque no le quedaba mal no se acostumbraba. Cada vez que se miraba al espejo, recordaba ese maldito día.

Sergei la observó desnuda ante el espejo, apoyó el hombro en el marco de la puerta y dijo con ese acento ruso que la volvía loca —Estás preciosa.

—Mentiroso. —Se volvió ya sin sentir ningún pudor por estar desnuda ante él y se acercó sonriendo. —Señor Vasíliev, ¿te has vestido ya? —Juguetona le acarició el pecho. —Y yo que pensaba retenerte en la cama.

Él la abrazó por la cintura. —Tengo una reunión en el hotel de enfrente con mi abogado. Me ha hecho un favor al acercarse hasta aquí y no la puedo cancelar.

—Vaya. ¿Y si salimos después a cenar y me enseñas algo más de la ciudad?

—Te llevaré a bailar. —La besó en el cuello haciéndola reír. —¿Sabes bailar?

—Mientras tú lleves el ritmo...

—Eso está hecho. —La besó en los labios. —En un par de horas pásate por allí. Supongo que habremos acabado.

—Para que no te olvides de mí, no me pondré ropa interior. —Le guiñó un

ojo seductora.

Sergei se echó a reír. —Perfecto, así no podré olvidarme de ti en toda la reunión.

—De eso se trata.

Sonriendo vio cómo se alejaba e ilusionada volvió hacia el lavabo haciendo una mueca para coger el peine. Al menos no tenía que estar una hora peinándose.

Aburrida de estar en el piso todo el día sola, decidió acercarse al hotel veinte minutos antes de la hora y si tenía que esperarle, se tomaba algo en el bar. Se había puesto un vestido verde de encaje que no tenía mangas y unos zapatos beige. Estaba muy chic con su nuevo corte de pelo. Cruzó la calle con cuidado y miró el cielo. Parecía que iba a llover. Entró en el hotel y se acercó a la recepción sonriendo. El hombre que estaba detrás del mostrador, la miró con una sonrisa en los labios y le dijo algo en ruso.

—Disculpe, ¿habla inglés?

—Un poco.

—Perfecto. Busco a mi prometido. Sergei Vasíliev.

—El señor Vasíliev está en la sala de reuniones. Siga ese pasillo y a la derecha.

—Gracias.

Afortunadamente los carteles estaban en ruso y en inglés, así que no tuvo problemas para encontrarlo. Iba a llamar cuando se abrió la puerta y un camarero salió casi chocándose con ella. El hombre al darse cuenta de que iba a entrar no

cerró la puerta.

—Tienes que estar de broma. ¿Todavía tengo que esperar dos meses más para ese trámite?

Lynnell hizo una mueca porque era obvio que no estaba de buen humor.

—Sergei tienes que tener en cuenta que estos trámites son muy lentos. La nueva sede en el bajo Manhattan está casi en marcha, pero que no seas estadounidense es un hándicap para los inversores. La nueva política de asentamientos de negocios extranjeros en terreno americano, complica mucho las cosas, porque lo investigan todo. Cada trámite lleva siglos y la burocracia puede retrasar tus negocios durante años. Debes casarte cuanto antes con esa chica.

A Lynnell se le cortó el aliento y se acercó un paso más. —Me caso la semana que viene antes de salir para Nueva York. ¡Es increíble que en el siglo veintiuno tenga que recurrir a casarme para que me den la nacionalidad! ¡Estoy invirtiendo millones en los Estados Unidos!

—Lo sé. Y lo hemos hablado mil veces. Ésta es la solución más rápida. Como un hombre que se casa con una americana e invierte en su nuevo país, que es donde va a iniciar su futuro. Es la vía más lógica. Que vean que vas a llevar una vida estable en mi país. Me lo ha recomendado un amigo, que está seguro de que a través de ese camino las trabas desaparecerán como te habían aconsejado.

—¿No tendré problemas con inmigración?

—No lo creo. ¡Eres millonario, por el amor de Dios! Inmigración no pensará

que te has casado por la nacionalidad. ¡Joder, si puedes casarte con cualquier mujer que elijas!

Lynnell pálida apoyó la mano en la pared. Y ella pensando que simplemente quería una esposa. No, lo que quería era una esposa americana y si ella fuera alemana ni la miraría dos veces. Por eso había dicho que no podía dejarle. Por eso había insistido en que no se fuera. Porque perdería un tiempo precioso en sus planes.

Impresionada caminó hacia el hall y se sentó en uno de los sofás de piel mirando sin ver la calle a través del ventanal. Se apretó las manos compulsivamente pensando en qué debería hacer. Él no la quería. No la había querido nunca y ahora tampoco. Lo había dejado bien claro al decir que era increíble que en el siglo veintiuno tuviera que casarse por la nacionalidad. Si se la dieran mañana, la despacharía rápidamente. Sonrió con tristeza. Y ella pensando que había empezado a enamorarse de ella, porque hasta se había mudado de casa para que estuviera cómoda. Todo lo había hecho con el objetivo de que no le dejara, porque tendría que empezar desde el principio. Por eso la sacó antes de Milán.

Bueno, ahora sabía la verdadera razón por la que quería casarse con ella. Pero lo malo es que ya le amaba y esos días a su lado habían sido los mejores de su vida. A pesar de estar sola tantas horas al día, en cuanto llegaba al piso, sentía que era suyo porque la besaba y la abrazaba como si la deseara de verdad. ¿Pero eso cambiaría en cuanto estuvieran casados? Seguramente sí. Desgraciadamente

esa no era la pregunta que tenía que responderse a sí misma. La pregunta era, si podía fingir durante el tiempo que estuvieran juntos que no sabía nada.

—¿Lynnell?

Se sobresaltó mirando hacia atrás y sonrió a Sergei levantándose. —¿Ya has terminado?

—¿Llevas mucho esperando?

—No. Acabo de llegar. —Se acercó a él y le besó suavemente en los labios.

—¿Listo para irnos?

—¿Estás bien?

—Es que me ha dado un dolor en el costado. Seguramente me he pasado con las abdominales. —Hizo una mueca porque era verdad. —Pero no es nada. Vamos, que estoy hambrienta.

—¿Seguro que estás bien? Estás algo pálida.

—¿De verdad? Pues ahora me encuentro bien. Como vino se fue. ¿Qué pasa, que no te apetece salir?

La cogió por la cintura. —¿Y perderme un baile contigo? Ni hablar.

Durante toda la noche estuvo distraída y por supuesto Sergei se dio cuenta. Estaban bailando cuando levantó su barbilla. —¿Qué ocurre, preciosa? ¿Quieres volver a Nueva York?

—Nos iremos enseguida. Y aquí te tengo solo para mí.

Él sonrió acariciando su espalda. —Allí también me tendrás para ti.

—¿De veras?

—Claro que sí. En cuanto lleguemos, veremos esas casas que ha buscado mi agente en bienes raíces y elegiremos una. Que no tenga marcos dorados. —La besó en la punta de la nariz y Lynnell no se podía creer que en realidad no sintiera nada por ella. La quería. Tenía que quererla.

—Perfecto.

La miró fijamente con sus inteligentes ojos grises. —¿Eres feliz, preciosa?

—Nada me hace ser más feliz que tú.

Sergei sonrió. —Como debe ser.

Cuando llegaron a casa, Lynnell fue hasta el vestidor y se quitó el vestido. Él se acercó por su espalda y acarició su vientre subiendo hasta sus pechos. —Cada día estás más hermosa. —La besó en el lóbulo de la oreja. —Cásate conmigo.

A Lynnell se le cortó el aliento. —¿Ya?

—Me quieres. Lo sé. Cielo, para qué esperar. —La mano bajó por su vientre y ella gimió arqueando su cuello hacia atrás cuando rozó su sexo. Él atrapó su boca y subió las manos por sus costados hasta sus axilas antes de elevarle los brazos sin dejar de besar su cuello. Colocó sus manos en la estantería y Lynnell jadeó cuando separó sus piernas. —No te muevas —susurró él erizándole el vello. Amasó sus nalgas y cogió su cadera llevando su trasero hacia atrás—. Tienes un culo que me vuelve loco —dijo con voz ronca antes de agacharse tras ella y mordisquear su nalga. Lynnell gritó de placer clavando las uñas en la madera antes de sentir su lengua en su sexo. Creyó que la traspasaba un rayo y

gritó intentando apartarse, pero él metió una mano entre sus piernas, sujetándola por el vientre mientras su lengua la torturaba hasta que la dejó al borde del orgasmo. Sergei se levantó acariciando su piel y besando su espalda, justo antes de entrar en su interior con fuerza. Amasó sus pechos entrando en ella una y otra vez con tal pasión, que Lynnell pensó que moriría de placer. Sergei no le dio tregua y salió de su interior para girarla, levantando su pierna para entrar en su cuerpo de nuevo. Se besaron desesperados mientras la investía una y otra vez hasta que abrazada a su cuello, gritó de placer estremeciéndose mientras no dejaba de acariciarla.

Sergei la cogió en brazos llevándola a la cama y la tumbó riendo por lo bajo. —Preciosa, queda mucha noche por delante. Tenemos que celebrarlo.

La claridad del día la molestó y abrió sus preciosos ojos verdes para ver a Sergei sentado en la cama a su lado leyendo unos papeles. Sonrió sin poder evitarlo y alargó una mano por debajo de la sábana para acariciar su muslo. —Estás jugando con fuego, cielo.

Soltó una risita. —Buenos días.

Distraído asintió y ella le pellizcó en el muslo haciéndole saltar. —He dicho buenos días.

Sergei se echó a reír y se agachó para darle un beso. —Buenos días.

Cuando vio que volvía a mirar los papeles preguntó —¿Tan importantes son que tienes que leerlos en sábado?

—Sí. —La miró a los ojos. —Seguramente será el contrato más importante de mi vida.

—¿De veras? —Se sentó a su lado para ver que estaba escrito en ruso. —¿Y de qué se trata?

—Es nuestro contrato prematrimonial.

Ella miró al frente asombrada. Y lo decía como si nada. Ya estaba preparando un documento para que cuando la dejara tirada, su patrimonio no sufriera. Le miró de reajo y vio que seguía leyendo como si nada. Eso la puso frenética. —¿Y qué dice? Supongo que a mí también me interesa.

—Pues lo de todos, supongo. Que si nos divorciamos, lo mío es mío y lo tuyo es tuyo. Esas cosas. El lunes te daré una copia en inglés para que la leas.

—No. Tengo curiosidad. ¿Por qué no me lo traduces?

La miró de reajo. —Será mejor que lo dejemos.

—No, por favor. ¡Dime lo que dice ese puto contrato sobre lo que pasará cuando nos divorciemos, ahora que todavía no nos hemos casado!

—Lynnell —dijo preocupado—. Es un trámite que todos los que son como yo hacen cuando se van a casar. Tengo que proteger mi empresa.

—¡Tu empresa! —Se levantó furiosa y se puso la bata que tenía sobre la butaca. —¡Eso es lo único que te interesa!

—¿Pero estás loca? ¿Qué dices?

—¡Qué es interesante que tú me pidas que firme eso, cuando yo para encontrarte lo he perdido todo! —Entró en el baño dando un portazo y cerró con

el pestillo. Angustiada se llevó las manos a la cabeza y gritó —¡Hasta el maldito pelo!

Se sentó en el canto de la bañera. No podía seguir con aquello. Desconfiaría de todo lo que le decía y que le comentara como si nada que firmara esos papeles el día después de pedirle matrimonio, solo significaba que ella no le importaba en absoluto. Se limpió las lágrimas furiosa. Había que ser estúpida para pensar que un hombre como él se enamoraría de ella. Una estúpida con sueños que se había embarcado en una locura que solo le haría sufrir.

—Lynnell abre la puerta.

—¡Déjame sola!

—Estás exagerando, cielo. No es que piense en el divorcio. Ese documento también te cubre si a mí me pasa algo o tenemos hijos. —Hijos. Lo que le faltaba por oír. —Lynnell abre la puerta.

—¿Por qué no te vas a trabajar?

—¡Es sábado!

—¡El sábado pasado no te importó! ¡No quiero verte! ¡Quiero estar sola como cada maldito día desde que llegué aquí!

—¡Abre la puerta! Como no abras, te juro que me largo a la casa de campo y no vuelvo hasta el lunes. ¡Así tendrás tiempo para pensar!

—¡Haz lo que quieras!

Le escuchó jurar en ruso y alejarse de la puerta. Lynnell escuchó atentamente y cuando minutos después se oyó un portazo en la entrada principal, corrió

abriendo la del baño asustada. No podía haberse ido. Recorrió el piso sintiendo que el corazón le latía a mil por hora y cuando llegó al salón después de revisar la cocina, se acercó a la ventana sin poder creer que se hubiera largado. Para darle una lección no volvería hasta el lunes. Estaba segura. Una lágrima recorrió su mejilla sabiendo que su relación se había acabado.

Esa misma noche sintió el dolor en el costado que llevaba molestándola durante los últimos días, pero esa vez era mucho más intenso. Se tumbó en la cama intentando que se le pasara, pero iba a peor y se levantó a vomitar un par de veces. Tenía fiebre y supuso que algo que había comido le había sentado mal, pero cuando amaneció el domingo se encontraba todavía peor y no sabía qué hacer. Llamó a Sergei a su móvil, pero no contestó. No conocía el idioma y no podía ni llamar para pedir un taxi, porque no sabía ni la dirección de donde vivía. Pensó en Sergei, puede que volviera por la noche porque al día siguiente trabajaba. Esperaría. Pero cuando llegó la noche, se retorció de dolor sudando a mares y se echó a llorar de desesperación. Miró su móvil. Le llamó de nuevo y aunque el teléfono dio tono no se lo cogió. Cuando saltó el buzón de voz ella pensó que había contestado de la fiebre que tenía. —¿Sergei? —Se echó a llorar. —Tienes que venir. Me duele mucho. No puedo llamar a nadie. —Sollozó al teléfono. —Por favor, perdóname. Tienes que ayudarme. —Cuando escuchó que el teléfono comunicaba, se echó a llorar de nuevo.

Tumbada en la cama un par de horas después, sintió que las arcadas volvían

y se giró vomitando sobre el colchón sin poder evitarlo. Sintiendo que se moría, se tumbó de nuevo de espaldas. Ya casi ni era consciente del dolor cuando vio la cara de Sergei sobre ella y sonrió. —Has venido. —Él le dijo algo, pero sin entenderlo cerró los ojos susurrando —Has venido. No me has dejado.

Un sonido se repetía continuamente y molesta movió la cabeza a un lado intentando que se alejara. —¿Lynnell?

La voz de Sergei hizo que abriera los ojos y sonrió al verle ante ella. Él le apretó la mano y se la besó. —Hola, preciosa. Me has dado un buen susto.

—¿Qué?

—Todavía está sedada, señor Vasíliev. Dele su tiempo —dijo la voz de una mujer.

Intentó centrar la vista hacia los pies de su cama y vio a una mujer con bata blanca. Volvió a mirar a Sergei y su mente se fue despejando poco a poco mientras él acariciaba su mano. —¿Qué tengo? —preguntó agotada.

—Apendicitis. Te han operado y te pondrás bien.

Miró sus ojos grises mientras los suyos se llenaban de lágrimas de la decepción y apartó su mano. —Me abandonaste.

—No, preciosa. No me imaginaba que pasaría algo así.

—Podría haber muerto. No te pusiste en contacto conmigo ni una sola vez e ignoraste mis llamadas. Me dejaste sola.

La miró arrepentido. —Lo siento. Te juro que no volverá a pasar.

—Claro que no volverá a pasar. Tendrás que buscarte a otra para conseguir la nacionalidad.

A Sergei se le cortó el aliento. —¿Cómo te has enterado?

—Por eso no te reuniste con tu abogado en casa. Porque yo te preguntaría cómo tu abogado era americano y me enteraría de que solo quieres casarte conmigo por los papeles. —La doctora salió de allí a toda prisa. —Me das asco —dijo sin ver como Sergei se tensaba—. Y yo creyendo que tenía la oportunidad de ser feliz a tu lado. —Una lágrima rodó por su sien. —Nunca te he importado y lo que has hecho este fin de semana me lo demuestra. Pero tranquilo, que seguro que encuentras a otra. Ahórrate el teatro y págale directamente para que finja ser tu mujer.

—Quería una mujer.

—¿De veras? ¿Así matabas dos pájaros de un tiro? —Cerró los ojos agotada. —Por favor, déjame descansar.

Sergei apretó los labios. —Ponte como quieras, pero eres mi mujer. —Acarició su mejilla y ella volvió la cara sin querer mirarle.

Se mantuvo en silencio durante el tiempo suficiente para que se calmara y se quedara dormida de nuevo.

Cuando se volvió a despertar, Sergei estaba en el pasillo con la puerta entornada y vio como caminaba de un lado a otro hablando por teléfono. En una de sus vueltas miró hacia su cama y vio que estaba despierta, despidiéndose de inmediato y metiéndose en la habitación. Sonrió acercándose. —¿Cómo estás?

¿Te encuentras mejor?

Se le quedó mirando fijamente sin saber qué diablos hacía allí. Él se pasó la mano nervioso por la nuca y miró hacia la puerta. —Voy a preguntar si puedes comer algo. ¿Te duele?

—¿Puedes preguntar algo por mí?

Él pareció aliviado. —Por supuesto, preciosa. Preguntaré lo que quieras. ¿Qué quieres? ¿Ir al baño?

—Pregunta cuándo puedo irme a casa.

—Mañana te darán el alta.

—No, pregunta cuando puedo irme a Nueva York. —Él apretó las mandíbulas. —¿Puedes preguntarlo o tengo que entenderme haciendo señas? —siseó furiosa—. Y quiero mi móvil para llamar a Emily.

—Puedes llamar a Emily cuando llegues a casa y no te irás hasta que te hayan quitado los puntos. ¡Eso si los médicos dicen que puedes irte! —Lynnell apretó los puños de la impotencia y le vio ir hasta la puerta. —Ahora voy a preguntar si puedes comer. —Se volvió de repente. —Por cierto, mi familia te ha enviado flores.

Asombrada miró a su derecha para ver un jarrón de rosas amarillas enormes. —Muy apropiado. ¡Significan celos! ¿Me están enviando un mensaje?

Él hizo una mueca. —Mejor voy a hablar con la enfermera.

—¡Por mí como si no vuelves! —gritó desgañitada.

—Preciosa, no mientas...

¡Tendría cara! En ese momento llamaron a la puerta y ésta se abrió para ver a Dmitri con un ramo de rosas blancas. Le sonrió desde la puerta. —¿Estás despierta?

—Dmitri, ¿qué haces aquí? —preguntó con desconfianza.

—Me enteré de que estabas ingresada por la secretaria de Sergei. —Entró en la habitación y le puso las flores sobre la mesilla. —Acabo de llegar de Berlín.

Sonrió sin poder evitarlo. —Gracias, no tenías que haberte molestado. Tu familia ya ha enviado flores.

Dmitri levantó una de sus cejas negras. —¿Amarillas?

—Sí, ¿a qué son apropiadas?

Suspiró cogiendo la silla y sentándose. —Esperaba que después de la faena que te habían hecho con el cabello, se les hubiera pasado el berrinche.

—Ha sido tu madre, seguro. Es el detalle que tendría una dama.

—No está siendo tu mejor viaje a Moscú, ¿verdad?

Se echaron a reír y ella gimió tocándose el costado. —No me hagas reírme.

—Intentaré controlarme. ¿Dónde está Sergei?

—Hablando con la enfermera. —Perdió la sonrisa y dijo —No hace falta que te quedes.

—De eso nada. Así me escaqueo del trabajo. Aunque el escaqueo no durará mucho, porque en unos minutos entrará por esa puerta y me soltará cuatro gritos.

Sonrió con tristeza porque ese es el tipo de relación que debería haber tenido con sus hermanos si los tuviera. —¿Es duro en el trabajo?

—Es eficiente en todo lo que hace.

Vio que no tenía ninguna envidia a su hermano. —Le admiras.

—Claro que sí. Tiene una habilidad increíble para conseguir lo que quiere. Y no se rinde jamás.

—¿Me estás advirtiendo? —La miró como si no supiera de qué hablaba. —No, claro que no me estás advirtiendo. Se supone que no tenía que enterarme. Tenía que ir al altar como la novia ilusionada que cree que ha encontrado el amor de su vida. Lo de la nacionalidad sería un trámite que yo después vería normal. ¿No es cierto?

Dmitri palideció. —No lo entiendes.

—Si me lo hubierais dicho desde el principio... —dijo con rencor.

—¿Hubiera sido distinto?

—¡Sí! ¡Al menos habría sido sincero! ¡Y yo podría haber elegido quedarme o no!

—Disculpa, ¿pero tú no buscabas un marido? Pues eso es lo que será. Igual debería sentirse él más utilizado porque lo que tú buscabas era un marido rico.

Sonrió sorprendiéndole. —En el caso de que lo hubiera buscado, yo no le habría mentado. He sido sincera desde el principio.

—¿Qué quieres decir?

Sergei entró en la habitación y se sorprendió de ver a su hermano. —¿Qué haces aquí?

Dmitri se levantó de la silla abrochándose la chaqueta del traje. —Se acabó

el descanso.

—¿No tenías una reunión con Kárpov?

—En dos horas...

Sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta y lo volvió a guardar mirándola irónico. —Espero verte pronto.

—Gracias por las flores. Son preciosas.

Él se agachó y le dio tres besos en las mejillas como en la cultura rusa y antes de alejarse la miró a los ojos. —Seguramente será en la boda.

—No lo creas. Adiós Dmitri.

Los hermanos se tensaron y Dmitri miró a Sergei aparentando estar divertido. —Te está retando, hermano. —Le pegó una palmadita en el hombro. —Creo que todavía no te conoce.

—Me conoce muy bien —dijo mirándola a los ojos.

Ella suspiró como si estuviera aburrida del asunto y le dijo —¿Por qué no acompañas a tu hermano para dejarme sola y no tener que ver tu cara, aunque solo sean cinco minutos? ¿Crees que podrás hacerlo?

—Ven, hermano. Creo que necesitas un café y ella necesita espacio.

—Vuelvo ahora. Y si te traen la comida, comételo todo.

Chasqueó la lengua como si lo que opinara él le importara muy poco y él dijo algo por lo bajo en ruso antes de salir con su hermano. A toda prisa sacó el teléfono que le acababa de robar a Dmitri y pasó el dedo por la pantalla para desbloquearlo. Gimió al ver que tenía el alfabeto ruso y no entendía una mierda.

Guiándose por él que ella tenía, tocó un icono y suspiró de alivio al ver el teclado numérico. A toda prisa marcó el número de Emily que se sabía de memoria. Se mordió el labio mirando hacia la puerta impaciente porque se lo cogiera.

—¿Diga? —preguntó su amiga casi a gritos—. ¿Quién es?

—¿Emily? Jefa, ¿eres tú?

—¿Lynnell? ¿Estás en Nueva York?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estoy en Moscú. Tienes que venir.

—¿A Moscú? —Escuchó como el ruido se alejaba. —¡No fastidies, niña!  
¡Acabo de llegar de Milán!

Tendría que sacar la artillería pesada. —Estoy en el hospital. —Esa frase la dejó sin habla. —¿Emily? Necesito que vengas a por mí. Te juro que te lo pagaré, aunque tenga que trabajar toda la vida, pero temo que si no vienes me retengan aquí. —Se echó a llorar sin poder evitarlo. —Siento molestarte, de verdad...

—¿Qué ha ocurrido?

Ella se lo contó lo más rápido que pudo y cuando se abrió la puerta, se sorprendió tanto que el teléfono se le resbaló de la mano cayendo al suelo. —¿Con quién hablabas? —preguntó Sergei furioso agachándose y recogiendo del suelo. Se lo puso al oído—. ¿Diga? —Entrecerró los ojos mirando la pantalla. —Muy hábil preciosa, pero esto no te libra de la boda. Me da igual con quien hayas hablado.

Volvió la cabeza para no verle y él la cogió por la barbilla. —¡Mira, tú querías un marido rico y yo la nacionalidad! ¡No sé a qué viene esto! ¡Te estás comportando como una cría!

—Yo no quería un marido rico y desde luego no te quiero a ti.

Sergei palideció. —Eso no es cierto. ¡Mientes para hacerme daño por haberte dejado sola, pero es que no entendía tu rabieta! Es lógico que quisiera un contrato prematrimonial como cualquier persona de mi posición.

—Pues yo ya no quiero ni tu persona ni tu posición, así que no puedes ofrecerme nada.

Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —No nos hagas esto. Nos iba bien.

—No, tú fingías que todo iba bien para conseguir que dijera sí quiero. ¡Pero yo te he importado muy poco desde el principio! ¡Si hasta me dejaste en esa casa donde todos me odiaban y te fuiste a trabajar! Me recogiste como un paquete y me dejaste en tu casa demostrando que yo no te importaba. ¡Conseguí irme de allí cuando te diste cuenta de que estabas a punto de perderme y después me llevaste a una casa donde estaba sola catorce horas al día! Desde que llegué a Moscú solo hemos salido dos veces y ni siquiera has tenido un detalle conmigo.

—Le mostró la mano sin darse cuenta de que lloraba. —Únicamente me pediste matrimonio porque le habías dicho a tu abogado que nos casábamos esta semana. ¡Por Dios, si ni siquiera me diste el anillo de compromiso, para despertarme al día siguiente con el maldito contrato prematrimonial! ¿Pues sabes

qué? Si me casara por dinero, tú serías un negocio pésimo.

Sergei se la quedó mirando sin color en la cara y dio un paso hacia ella. — ¡No! —gritó dolida—. ¡Ahora ya no me vale que me pidas perdón! ¡Solo quiero perderte de vista! Y te juro que lo voy a conseguir.

En ese momento entró la enfermera con una bandeja en la mano y Sergei se apartó.

—Por favor, señor Vasíliev, espere fuera. Tengo que limpiar la herida y prefiero hacerlo antes de que coma, porque luego se quedará dormida con la medicación y no quiero molestarla mientras duerme.

—Sí, por supuesto —dijo muy serio.

La mujer sonrió dejando la bandeja en la mesa auxiliar. —Enseguida acabo y podrá comer.

—Gracias.

Cuando la mujer levantó su bata vio el apósito que tenía en el costado, pero al ver su ombligo se asustó. —¿Y mi piercing?

—¿Su qué?

—¡Mi piercing! —Angustiada se tocó el ombligo. —¿Me lo han quitado? ¿Dónde está?

—Señorita, tranquilícese. No sé de lo que me habla.

—Es una estrella de oro —dijo con los ojos llenos de lágrimas. En las puntas tiene pequeños cristalitos—. ¡Me lo regaló mi hermano! ¡Tienen que encontrarlo!

La puerta se abrió de nuevo y Sergei vio lo alterada que estaba. —¿Qué ocurre?

—No lo sé, señor. Habla de una estrella, pero...

—¡Me falta el piercing!

—Preciosa, te lo habrán quitado para la operación.

—Me lo regaló mi hermano. ¡Tienen que devolvérmelo!

Al ver que se incorporaba, él la cogió por los hombros. —Lynnell no te muevas. Te lo devolverán, te lo prometo.

La enfermera salió corriendo. —¡No me prometas nada! —gritó histérica—. ¡Quiero que me lo den ahora! ¡Es lo único que me queda de él! ¡No puedo perder eso también! —Se echó a llorar angustiada mientras él la abrazaba. —Lo he perdido todo.

—No, preciosa. Te lo devolverán. Te lo juro. —Vio como la enfermera inyectaba algo en su gotero y salía con la bandeja de nuevo. —Claro que te lo devolverán. —La besó en la coronilla. —Yo me encargo de que lo encuentren —susurró mientras se relajaba entre sus brazos. No dejó de abrazarla hasta que se quedó dormida y la tumbó de nuevo limpiando sus lágrimas con los pulgares, apretando sus labios al ver sus largas pestañas negras húmedas por su dolor. Como si ese recuerdo que había perdido, fuera la gota que colmara el vaso y ya no hubiera podido soportarlo más.

Su teléfono sonó en ese momento y jurando por lo bajo se levantó descolgando lo más rápido que pudo y contestando en ruso.

—Voy de camino para allá —dijo Emily fríamente—. ¡Y espero que tengas una buena excusa para lo que le has hecho a mi chica!

—Te llamó a ti.

—¡Claro que me ha llamado a mí! ¡No tiene a nadie a quien llamar! Ya estoy en el aeropuerto. Que alguien vaya a recogerme.

—¡Emily no vengas! ¡Vas a estropearlo todo!

—¡Ya lo has estropeado tú! —gritó antes de colgar.

Frustrado miró a Lynnell antes de salir furioso de su habitación.

## Capítulo 7

—¿Te estás despertando? Si llego a saber que ibas a dormir tanto, no les digo que te seden de nuevo.

La voz de Emily llegó hasta ella y sonrió abriendo los ojos para verla sentada en la cama a su lado con un precioso vestido verde. —Estás aquí.

—Por mis chicas lo que sea. —Le sonrió con cariño. —¿Cómo estás?

El sol le daba en la cara y miró hacia la ventana abierta que tenía una cortina blanca hasta el suelo que la brisa movía suavemente. Sorprendida vio que estaba en una habitación de estilo clásico, demasiado elegante para ser el hospital. —¿Dónde estoy?

—En la villa de Sergei, que tiene un nombre impronunciable del cual no me acuerdo. Estamos a las afueras de Moscú. Debemos esperar unos días antes de volver a Nueva York. Tranquila, ya tengo tu pasaporte y todo lo demás.

Se sentó como pudo. —Uff... —Se llevó la mano a la cabeza porque se mareó.

—Es que pedí que te sedaran de nuevo para que no te pusieras tonta con el traslado aquí. Al parecer esta vez me he equivocado y todo ha salido al revés.

—Yo solo quiero volver a casa.

—A casa... —Emily apretó los labios. —¿Qué casa, cielo? —La miró sin comprender. —Seguro que ya no tienes trabajo y lo único que te une a esa

ciudad, es esa amiga de la que me has hablado.

—También estás tú.

—Sí, y Paola... pero formamos parte de este mundo, no de ese al que quieres volver.

—¿Qué quieres decir? ¿Dejarás de hablarme si vuelvo a ser contable?

—No seas tonta, niña. Pero tendremos vidas muy distintas a la tuya y al final nos distanciaremos. ¡Y no me gusta!

Sonrió porque sabía que le había cogido cariño. —Además aún tengo un año para encontrarte a un hombre que comparta tu vida.

—Prefiero quedarme como estoy, gracias.

Emily sonrió y miró su cabello antes de hacer una mueca. —Con esa pinta lo tengo más difícil, pero no hay nada imposible.

—Déjalo. —Apartó las sábanas y le costó ponerse en pie. Se tuvo que apoyar en la pared antes de entrar en el baño.

—¿Llamo a Sergei?

Se volvió de golpe. —¿Está aquí?

—Claro que está aquí. Es su casa.

Exasperada entró en el baño. —Estupendo.

Cuando usó el váter, se miró al espejo y suspiró porque tenía un aspecto horrible con los ojos hinchados. Encima había adelgazado más y no le sentaba bien precisamente. Bueno, al menos sabían hasta donde tenía que llegar con la dieta.

Se lavó la cara para despejarse y salió del baño tocándose el costado. Emily estaba mirando por la ventana y se volvió para ver cómo se sentaba en la cama. —Como me gusta ser sincera, te lo voy a contar porque no quiero nada sobre mi conciencia.

La miró sorprendida. —Lo sabías.

—Claro que lo sabía. —Se sentó en una butaca ante ella y cruzó las piernas. —De hecho, soy una de las inversoras de su empresa en los Estados Unidos. Yo le sugerí que se casara.

—¿Lo del amigo era mentira?

—No. —Se echó a reír. —Precisamente lo conocí en la boda y le dije que cuando fuera a Nueva York me llamara. Así comenzó nuestra amistad. Tres meses después estábamos cenando juntos en mi casa cuando me comentó las dificultades que tenía por la burocracia de nuestro país. —La miró a los ojos. — Y yo tengo muchos contactos, cielo. No me fue difícil preguntar a las personas adecuadas que sucedería si se nacionalizara, garantizando que los impuestos se quedarían en los Estados Unidos con el traslado fiscal de la empresa allí. Cierta senador me dijo que entonces ya no habría ningún problema. Pero la nacionalidad lleva unos trámites y un tiempo. Y en los negocios el tiempo es oro.

—Así que le ofreciste una esposa.

—Claro que sí. Es mi trabajo favorito. Por supuesto eso fue antes de conocerte y bromeamos sobre lo que quería. Aunque no le hacía mucha gracia conseguir una esposa así, yo le convencí de que era la mejor opción. Una esposa

que buscara un marido rico y que fuera una compañera al menos durante los trámites de inmigración. Él estaba dispuesto a sacrificar los próximos cinco años de su vida, y su esposa, durante ese periodo, sería muy feliz disfrutando de la vida que podía ofrecerle. Eso si no funcionaba.

—Y llegué yo.

Emily suspiró. —Querías el cuento de hadas y Sergei era perfecto. Un frío hombre de negocios que se dé buena tinta que tiene un corazón enorme. En cuanto te conociera no podría evitarlo, se enamoraría de ti. —Hizo una mueca. —Lo que no esperaba es que te llevara a su casa con su estúpida familia y lo estropearan todo. —Apretó los labios mirando su cabello. —Es para matarles.

Sonrió divertida. —¿Y qué esperabas?

—Lo que hacen todos, niña. Agasajarlas, comprarles regalitos, llevarlas a los mejores modistos y restaurantes. —Lynnell perdió la sonrisa poco a poco. —En definitiva, lo que toda la vida se ha llamado cortejo, pero a nuestro nivel. A Sophie hace dos días la llevaron a las Vegas en avión privado a cenar y le regalaron un collar de diamantes. Y Stacey me ha enviado una foto de la pulsera de esmeraldas que le ha regalado su prometido. —Se levantó furiosa. —Por eso creo que mi amistad con Sergei te ha perjudicado en lugar de ayudarte, porque por lo que tengo entendido a ti no te ha tratado así en absoluto. Creo que dio por hecho que el matrimonio se celebraría, hiciera lo que hiciera. Me ha defraudado. —La miró intentando contenerse. —Y a mí no me defrauda nadie. Yo ofrezco mujeres de nivel que estén preparadas para vivir al lado de un hombre

importante y que deben tratar con respeto. Siempre les recuerdo que detrás de un gran hombre hay una gran mujer y que deben mimarlas y cuidarlas. Es lo único que les pido.

La miró asombrada. —¿No les cobras?

—¿Estás loca? ¡Por supuesto que no! Os cobro a vosotras esa prima para garantizar que vais en serio y para pagar todos los gastos. —Se volvió a sentar en la butaca más calmada. —Y os hago firmar el contrato para que ninguna rencorosa se vaya de la lengua. Pero mis beneficios son otros.

—Los negocios.

—Exacto. Cada vez que hay un buen negocio o necesito un favor, hago una llamada. Te aseguro que tengo mucha gente a la que llamar. Por un mes de trabajo, vivo como una reina el resto del año. Mi madre me introdujo en el negocio, aunque ella lo hacía a menor escala y eso nos hizo ricas de nuevo, salvando el patrimonio de la familia. Los hombres que piden mi ayuda para encontrar esposa no son como Sergei, por supuesto. Son hombres menos atractivos y a veces incluso tímidos con una mujer, pero muy influyentes.

—¿Y ellas?

—¿Ellas? Están encantadas, te lo aseguro. Stacey por ejemplo, su carrera había acabado y ahora está viviendo un sueño con un hombre que la trata como una princesa y que la adora. Por supuesto se casa con un hombre menos atractivo del que esperaba, pero se terminará enamorando de él. Eso si ya no lo está, porque deberías oírla. Nunca un hombre la ha tratado mejor y se siente querida.

—Nos equivocamos en los hombres con los que salimos.

—Exacto. Muchas veces son hombres que no merecen la pena. Ese es otro tema que investigo mucho. A los hombres que elijo. Si no se llegan a amar nunca, al menos hay respeto y cariño. Ninguno de los dos vuelve a sentirse solo, que es lo que les ocurría antes. Él encuentra una esposa a su altura y consigue una familia, mientras que ella logra la vida que siempre quiso con un hombre a su lado que la adora. Todos ganan. Siempre. Se amen o no como los padres de Paola, que han llevado una buena vida juntos.

—¿Alguna de tus parejas se ha divorciado?

—No. —La miró sorprendida y Emily se echó a reír. —Te aseguro que a mí también me sorprende. Supongo que ambos lo tienen más que pensado antes de decir sí quiero. Y supongo que por eso también, cada vez más hombres me piden ayuda.

—Pero se casan con ellos por dinero.

—No lo ven así. Cualquier mujer que eligieran, tendría la vida que llevan mis chicas. Y la separación de bienes antes de casarse, garantiza que ellas no se llevarán nada si se divorcian. Con mi sistema ellos están más tranquilos, porque saben que no es una mujer que les va a engañar de otra manera. Imagínate que un empresario conoce a una mujer en un bar. —Hizo una mueca. —Eso pasa mucho. Salen a cenar un par de veces y ella pide esto o pide lo otro. Cuando la cosa se pone seria, ella le deja plantado para buscar a otro que le interese más. Ese empresario que sí quiere una esposa, ha perdido el tiempo con una

aprovechada. ¿Lo entiendes? Conmigo se aseguran de que mis chicas quieren matrimonio. Por supuesto también tienen que seducirlas, pero como harían con cualquier otra mujer que conocieran en un bar. Solo que con mis chicas están seguros de que llegarán al altar y que no están perdiendo el tiempo. Y te aseguro que hace que se relajen y terminan por seducirlas de un modo u otro.

Lynnell apretó los labios mirándose las manos. —Así que la única que lo ha perdido todo soy yo.

Emily la miró con pena. —Es culpa mía. Sergei nunca debería haber formado parte de mi lista de candidatos.

—Y yo tampoco. —Sonrió con tristeza. —No soy como ellas.

—No, tú eres mucho mejor porque para conseguir el amor lo has dado todo. Debería haberte dicho desde el principio qué buscaba él de este matrimonio, pero quería que le conocieras y te dieras cuenta de cómo es antes de envenenar vuestra relación. Suponía que te lo diría él en algún momento y que...

—Como ya estaría enamorada no me importaría.

—¿Cómo me iba a imaginar que te habían tratado así? —dijo indignada levantándose—. Suponía que estarías viviendo el sueño ruso. ¡La aventura de tu vida acompañada de un hombre guapísimo que te haría disfrutar y enamorarte! ¡Esto es inaudito! —dijo furiosa caminando de un lado a otro—. Me quedé de piedra cuando fui a tu apartamento a recoger tus pertenencias antes de ir a buscarte al hospital. ¡Una casa casi vacía! ¡No había ni televisión!

—Total no entendería nada.

—¡No tiene gracia! ¡Y esto también es culpa tuya! ¡Si algo no te gustaba, tenías que decirlo!

—Te aseguro que esa casa me gustaba mucho más que la otra.

Llamaron a la puerta y María entrando sonrió tímidamente. —Señora, me alegro de ver que está bien...

—No sabía que estabas aquí. —Sonrió sinceramente.

—El señor me hizo llamar para que estuviera cómoda.

—Gracias por venir.

—No es nada. La comida está preparada. ¿La señora quiere comer algo ligero?

Emily negó con la cabeza. —La señora comerá abajo con los demás.

María la miró sorprendida al igual que Lynnell. —Ni hablar. Yo no bajo.

—María prepare el aseo de la señora y un vestido. Va a bajar a comer.

—¡Emily!

—¡No tienes que esconderte! ¡Tú no has hecho nada malo!

—¡No me estoy escondiendo!

Atónita vio que sonreía. —Pues entonces por qué perdemos el tiempo hablando.

Sin poder creérselo, media hora después bajaba los peldaños de la impresionante escalera doble. ¿Casa de campo? ¡Ja! ¡Era una mansión del siglo XVII! Estaba claro que solo escatimaba con ella. Sintióse indignada porque

no había tenido lo mismo que sus compañeras en ningún sentido, entró en el salón detrás de Emily, que por lo visto ya se sabía el camino. Sergei estaba sentado en el sofá bebiendo un líquido ambarino en un vaso tallado y en cuanto la vio, se levantó de inmediato mostrando los pantalones negros con la camisa azul que a ella tanto le gustaba, porque resaltaba el color de sus ojos. Molesta porque su corazón saltó en su pecho solo por verle, desvió la mirada.

—Lynnell...

—He decidido que se levante. Ha pasado mucho tiempo en la cama y su herida no le impide caminar. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto. ¿Estás bien?

—No le hables. No tienes derecho.

Él la miró sorprendido. —¿Perdón? ¡Hablaré a mi mujer si me da la gana!

—No. Las cosas han cambiado desde que Lynnell me llamó. Han cambiado mucho. Como te la envié en su momento, te la puedo quitar.

—¿Con qué derecho?

—Con el que ella me ha dado. —Los dos la miraron sorprendidos, aunque ella intentó disimular. —Lynnell me pagó mucho dinero por conseguirle un esposo y tengo un contrato que cumplir. Comprenderás que ahora no podemos irnos, pero lo haremos en cuanto sea preciso. ¿Pasamos a comer? Lynnell necesita alimentarse. Ha adelgazado demasiado. —Le miró fríamente. —Otra razón para que no le hables y menos delante de mí. No la has cuidado como debías.

—¿Que te pago qué? —gritó asombrado.

Emily sonrió mirándola y acarició su barbilla obligándola delicadamente a levantarla. —Así me gusta más, querida. No te preocupes. Conseguiremos el marido adecuado para ti.

Sabía que quería fastidiarle, así que sonrió dulcemente. —Gracias, Emily. Sé que me ayudarás.

—¡Vamos a ver, que me estoy poniendo de muy mala leche! ¡Cómo ella te iba a pagar para conseguir un marido rico!

Emily la miró sorprendida. —¿Cuándo he dicho yo que me contratabas para encontrar un marido rico?

—Ni idea. Escucha lo que quiere.

—¡Tú! ¡Tú me dijiste que acostumbrabas a encontrar mujeres para hombres como yo! ¡De buena posición!

—También recuerdo que dije que eran mujeres refinadas e inteligentes, perfectas para ellos. Pero no recuerdo que dijera nunca que Lynnell buscara un marido de esas características. Simplemente te la envié porque me parecíais compatibles. Es obvio que me he equivocado. —Dio un paso hacia él amenazante. —¿O piensas que porque Lynnell quiera lo mejor de lo mejor, no se merece que la traten con cariño y respeto?

—¡Yo la he tratado con respeto!

—¿De veras? ¿Abandonándola sola y enferma en un país que no conoce, en el que no se relaciona con nadie y donde no entiende el idioma? ¿Ese es tu

respeto? ¡Querías presionarla con la separación de bienes! —Él apretó los labios y ella levantó las manos en son de paz. —Pero no pasa nada. Podemos volver a empezar.

—Eso.

Sergi dio un paso hacia Lynnell, pero Emily se interpuso. —Con otro hombre. Tú has perdido tu oportunidad. Así que olvídale. —Sonrió volviéndose hacia su protegida y se acercó a ella. —Ya he pensado en un hombre adecuado para mi Lynnell. No es tan atractivo como tú, pero la adorará.

—¡Me quiere a mí!

—¡Qué tontería! En cuanto vea la diferencia entre los dos no podrá evitarlo. Tranquilo, que si es por el tema de la nacionalidad, conozco a una chica que te valdrá por una buena cantidad. En unos años te divorcias, como seguro que habías pensado desde el principio.

Sergei la miró impotente. —Lynnell, ya me he disculpado. ¡Joder! ¡No sé qué hacer para que me perdones!

El corazón de Lynnell saltó en su pecho porque parecía sincero, pero Emily la advirtió con la mirada y confiaba en ella. Como le había dicho, no le respondió y Emily se echó a reír. —Lynnell lo ha dado todo por su sueño. Se ha quedado sin un dólar para pagar mi prima, se ha quedado sin trabajo, no tiene familia y lo único que deseaba era un hombre que la amara. Un compañero de vida. Y te juro que me voy a dejar los sesos para encontrarle un hombre que la haga feliz. —Sonrió radiante mostrando que estaba muy satisfecha. —¿Pasamos

a comer o vas a esperar que se desmaje de inanición sobre la alfombra?

Sergei muy tenso no dejaba de mirar a Lynnell. —Pasad por aquí.

Caminó ante ellas y Lynnell abrió los ojos exageradamente mirando a Emily. Ésta la cogió del brazo acercándola y susurró —Sígueme la corriente. Sé lo que hago.

Asintió y Lynnell jadeó cuando entraron en una cúpula de cristal. En el centro había una preciosa mesa preparada para tres.

—Era un antiguo invernadero que estaba abandonado y lo arreglé para que se utilizara.

Lynnell le miró a los ojos y sintió que conectaban de nuevo, pero agachó la mirada sentándose ante la silla que tenía delante. María llegó a su derecha y le sirvió agua poniéndole un platito con una pastilla delante. Ella se tragó la pastilla sin preguntar mientras Sergei se sentaba ante ella sin quitarle ojo.

—¿Y cómo va la nueva torre en Manhattan, Sergei? ¿Inauguraréis este año?

Él miró asombrado a su amiga. —Espero que sí.

—Me invitarás a la inauguración, supongo. —Soltó una risita. —Sabes que conozco a mucha gente y después hablaré de ti. ¡Oh, Lynnell se me olvidó decírtelo! ¿Sabes que nuestra Paola se casa?

Los ojos de Lynnell brillaron de ilusión. —¿De verdad? ¿Con quién? —preguntó ansiosa.

—Encontré al hombre perfecto para ella. —Se echó a reír mirando a Sergei que parecía que se había tragado un palo. —Me costó mucho decidirme, pero al

final me decanté por el editor Peter Rutsen. Tiene la editorial más grande de los Estados Unidos y son uno para el otro. Desde que se conocieron no se han separado. De hecho, ya viven juntos y Paola prepara la boda para dentro de tres meses. Por supuesto estás invitada. ¡Su futuro marido le ha dicho que no escatime en gastos y se va a casar en un castillo en Francia! Oh, y como tiene una marca de coches o algo así entre sus negocios, me ha preguntado cómo quieres la tapicería.

—¿La tapicería?

—¡Para el coche! Su novio va a regalarle a sus tres damas de honor un Porsche con el nombre de cada una en la tapicería.

—Vaya. ¿Un Porsche? ¡Si no sé conducir!

Emily se echó a reír encogiéndose de hombros. —Pues ya te estás sacando la licencia.

—Es muy generoso por parte de su novio, pero...

—Va, tonterías. Está podrido de dinero.

Sergei se tensó. —¿Es que a esa Paola solo le interesa su dinero?

Eso la puso frenética y Emily sonrió mientras ella golpeaba la mesa haciendo tintinear las copas. —¡Ni se te ocurra hablar mal de mi amiga! ¡No la conoces! ¡Paola es rica! ¡Tiene dinero de sobra y no necesita casarse con él para tener dinero!

Sergei apretó los labios antes de mirar a Emily. —Pues al parecer recurre a ella para aumentar su fortuna.

—¿Acaso no hiciste tú lo mismo?

Sergei palideció y dejó la servilleta sobre la mesa. —Si me disculpáis.

Casi temblando vio como salía del invernadero y se sentó sintiendo que no le sostenían las piernas. Emily le dio dos palmaditas en la mano. —Muy bien, cielo.

—¿Qué quieres conseguir con esto?

—¿Qué quiero conseguir? —La miró pensativa. —Todavía estoy dándole vueltas. Estoy entre la tortura, la venganza o la simple lección.

—¿Qué?

—Come. Tienes que engordar un poco. Como te vea Oswald, te pega cuatro gritos. Por cierto, me ha preguntado por ti.

—¿Vive en Nueva York?

Se pasaron hablando toda la comida de la gente del curso y rieron con las anécdotas que habían pasado juntas. Hablaron mucho de sus amigas. Sobre todo de Paola.

Después de la comida, Emily le dijo que tenía que hacer unas llamadas, así que ella fue a acostarse un rato. María le puso uno de sus camisones y eligió uno en color coral de seda. Sonrió con tristeza recordando que Emily le había dicho que se pusiera camisón cuando no quisiera sexo.

Se metió en la cama y suspiró apoyando la cabeza sobre la almohada cuando sintió algo debajo. Se sentó apartándola y vio una cajita de terciopelo negra. Con la mano temblorosa la cogió para abrirla y se encontró con el anillo de

compromiso más bonito que hubiera visto nunca. Acarició el diamante central en forma cuadrada y cuando se dio cuenta de que se emocionaba cerró la caja colocándola sobre la mesilla de noche. —No vas a llorar más por él. —Se tumbó de nuevo mirando el techo antes de girar la cabeza para ver la caja sobre la mesilla. Furiosa consigo misma la metió en el cajón antes de cerrar con fuerza. —Si cree que eso va a hacer que cambies de opinión... Será imbécil.

## Capítulo 8

Su enfado fue en aumento a medida que pasaban las horas y cuando llegó la hora de la cena se subía por las paredes. Bajó a cenar más elegante que de costumbre como le había enseñado Emily durante el curso. De hecho, había marcado más los ojos y se había peinado el cabello hacia atrás algo cardado en un peinado moderno y chic. Su vestido blanco entallado mostraba su nueva figura y se puso unos tacones beige que estilizaban sus piernas. Cuando llegó abajo les escuchó hablar en el salón y tomó aire antes de entrar como si nada. — Buenas noches.

Emily la miró y se quedó con la boca abierta mientras que Sergei que estaba sirviendo una copa, se volvió tensándose al instante al verla. —Esta noche estás arrebatadora —dijo Emily satisfecha—. Aunque ese look es muy neoyorkino, cielo. Sería perfecto para una cena y una noche de discoteca.

—Es que estoy deseando volver. Será eso.

Emily rió por lo bajo mientras se sentaba a su lado. —Sí, seguro que es eso.

—Lynnell, ¿quieres beber algo? ¿Un zumo, agua?

Como si no se hubiera enterado miró a Emily. —¿Ese collar es nuevo?

—Vaya ojo que tienes. De la nueva colección primavera-verano de mi firma.

—¿Vendes joyas? Eres una cajita de sorpresas.

Sergei gruñó poniéndole un vaso delante y ella lo cogió con la mano

izquierda. Cuando él se dio cuenta de que no llevaba el anillo, sonrió irónico. — Tú también, preciosa. No dejas de sorprenderme.

—Deberías dejar de llamarla así. Puede llevar a equívocos, Sergei —dijo Emily suavemente antes de beber—. Por cierto, la nueva ya está de camino.

Eso sí que les dejó en shock a los dos, que la miraron sin poder creerse lo que acababan de oír. Soltó una risita. —No pongas esa cara, amigo. Tenías prisa. La verdad es que me extrañó mucho que no te casaras cuanto antes.

—Las cosas estaban algo tensas como para precipitar el matrimonio. No quería que me viera demasiado ansioso y lo que ocurrió en la casa familiar fue un poco fuerte para Lynnell.

Emily chasqueó la lengua como si fuera idiota y él gruñó por lo bajo sentándose frente a ellas. —Una pena porque ya estaría hecho. —Lynnell la miraba asombrada. —Lo decía por esa parte del trabajo, cielo. Es obvio que tú no estabas contenta. Si hubiera sido otra candidata, habría sido perfecto. Pero ya no hay problema, Mimi viene de camino.

—¿Mimi? —chilló poniéndose en pie—. ¿Le has dicho a Mimi que viniera?

Él entrecerró los ojos. —¿Te molesta?

—¡No me hables! —Se volvió a sentar recomponiéndose de la sorpresa y sonrió irónica. —Te va a ir de miedo con ella. Sois tal para cual.

—¿Tú puedes hablarme y yo a ti no?

—Ignórale, cielo. Sí, creo que Mimi es la apropiada en este caso. Ningún sentimiento, solo avaricia mutua. Les irá bien hasta el divorcio.

Él juró por lo bajo antes de beber su whisky de golpe y se levantó para servirse otro. —Y dime, Emily. ¿Cómo es?

—Una guarra —dijo Lynnell por debajo haciendo que levantara una ceja—. Te encantará.

—Preciosa, ¿estás celosa? ¡Porque lo veo una estupidez cuando eres tú la que me rechazas!

—¡Es que ya te conozco y no me gusta lo que veo! ¡Y no me hables! — Volvió la cara como si así pudiera evitarlo.

—No pasa nada. Solo tendrás que soportarla un par de días hasta que nos vayamos. Después será cosa de Sergei.

—Dos días con esa mujer... ¿No podías haber enviado a otra?

—Lo siento, pero es la única a la que no he emparejado.

—¿De veras? Impresionante.

—Sobre lo mío...

Emily le miró. —Tranquilo, te llevarás bien con ella mientras le proporcionas una tarjeta de crédito.

—Me lo estás pintando pero que muy bien.

—Es un trato de negocios. No esperarás que ella no gane nada en el asunto. Mimi es más calculadora de lo que pensé al principio. Otro error al elegirla.

—¿Cometes este tipo de errores a menudo?

Emily se echó a reír. —Igual he estado un poco despistada últimamente. Pero las demás han encajado muy bien. No te quejes tanto. Tú eres el único que no

has perdido nada, salvo tu tiempo. No sé a qué viene este berrinche.

—Berrinche...

Sergei tomó aire como si se estuviera intentando controlar e iba a decir algo cuando Emily la miró con una dulce sonrisa en los labios. —Tu candidato ya te espera en Nueva York. Está impaciente por conocerte. De hecho, sé de buena tinta que está preparando una cita especial para cuando os conozcáis.

Sin ningún interés preguntó —¿De veras?

—¿Quieres que te diga el nombre? Igual eso te anima. Entiendo que estar con Sergei ha sido duro para ti, pero Albert te tratará de otra manera, ya verás. Como mereces. Le he llamado después de la comida y está entusiasmado con lo que le he contado de ti.

—Esto es increíble... —dijo Sergei por lo bajo antes de beber de nuevo de su vaso y darse cuenta de que estaba vacío.

—No, Emily. Prefiero que me sorprenda. Tenía la foto de Sergei desde el principio y para lo que me ha servido...

—Tienes razón. Y te aseguro que te vas a sorprender. —Soltó una risita como si fuera un secreto muy jugoso.

—¿Quién es? —gritó Sergei sobresaltándolas. Le miraron con los ojos como platos y carraspeó—. Quiero decir... No puedes ponernos la miel en los labios y después dejarnos así.

—Ella no quiere... Bueno, da igual. El nombre no le va a decir nada. —Lynnell vio el brillo en los ojos de Emily y supo que mentía como una bellaca.

—Albert Cassidi.

Efectivamente a Lynnell no le sonaba de nada, pero Sergei se tensó con fuerza. —Tienes muy mala leche, amiga.

—Gracias. —Sonrió radiante antes de beber un sorbito de su gin-tonic.

—¿Le conoces? —preguntó sin poder evitarlo.

—De oídas. Es mi principal competidor en los Estados Unidos.

—Ah... —Se mordió el labio inferior antes de encogerse de hombros. —  
Vale.

—¿Vale?

—¿Qué quieres que te diga? A mí tus negocios me dan igual.

—¿De eso ya me había dado cuenta! ¡Pero bien que te negabas a firmar el contrato prematrimonial!

—No me negaba. ¡Lo hubiera firmado gustosa en otras circunstancias! ¡Cuándo no me hubiera enterado de que mi prometido solo quería mi nacionalidad, por ejemplo!

—¡Pues ahora ya lo sabes! ¡Lo demás no iba a cambiar en nada!

Lynnell miró a Emily y levantó una ceja. —¿Le has oído, jefa? Lo demás no iba a cambiar en nada.

—Tranquila, que Albert te tratará como a una reina. Vaya si vas a notar la diferencia. Y en Nueva York, donde tienes a tus amigas.

—Nos íbamos a mudar a Nueva York —siseó Sergei—. Y podía haber comprado la casa que hubiera querido. ¡Mientras estábamos juntos todo

funcionaba!

—Bien para ti. Ella ha perdido hasta su preciosa melena.

—¡Y ni siquiera se disculparon, Emily! Me sacó de la casa casi a hurtadillas a la mañana siguiente. ¡Estoy segura de que no le echó ni la bronca a su hermano por lo que me hizo, como no le dijo nada por colarse en mi baño y llamarme puta! ¡Ahí tenía que haberme ido, pero me sedujo!

—¡Está claro que no hice nada bien!

—¡Una relación no se basa solo en el sexo! ¡No me respetas!

La miró asombrado. —¡Claro que te respeto!

—Me respetas tanto que llevas mintiéndome dos meses. Eso es lo que me respetas. —Volvió la cara dolida. —No quiero hablar más de esto. ¿Puedo cenar en mi habitación?

—Lynnell...

Emily sonrió. —Cielo, la comida ya estará lista. No querrás molestar al servicio cambiando los planes, ¿verdad?

Suspiró y asintió mirándose las manos. Se hizo un silencio tenso y Emily acostumbrada a estar en sociedad sonrió. —Mejor cambiemos de tema. Sergei, ¿por qué no nos cuentas los planes que tienes cuando llegues a los Estados Unidos? ¿Ya estáis contratando gente?

Distraído mirando a Lynnell respondió —Estamos rematando los últimos detalles de las obras. Empezaremos el mes que viene cuando se vayan los obreros, aunque el departamento de recursos humanos ya está manos a la obra en

una oficina del centro.

—Eso es estupendo. VSD empieza a rodar. —Emily sonrió a Lynnell. —  
¿Sabes que Sergei es uno de los empresarios inmobiliarios más importantes de  
Europa?

—Sí, algo me comentaste —respondió apretándose las manos. Era obvio que  
quería irse de allí cuanto antes y Sergei suspiró impotente.

—Tiene mucho ojo con las propiedades. Ahora está haciendo un proyecto en  
la costa del sol en España que es una maravilla. Alto standing. Hasta tiene puerto  
deportivo y un casino.

Ella se mordió el labio inferior y cuando vio a María se levantó de  
inmediato. —¿Está la cena?

—Sí, señora.

Se mordió la lengua para no replicar que no la llamara así y forzó una  
sonrisa. —Perfecto. Quiero acostarme cuanto antes.

—¿Pero no has dormido la siesta, niña?

—No. —Miró de reojo a Sergei que estaba muy tenso. —Al final no he  
pegado ojo.

—Yo soy incapaz de dormir la siesta. Ni de niña podían obligarme. Por  
cierto Sergei, no hemos hablado de los niños.

—¿Los niños?

—Es un tema que ahora me preocupa, porque con Lynnell suponía que los  
tendrías en el futuro. Pero ahora que ha quedado claro que tu matrimonio es algo

temporal, debido a las circunstancias...

—Si lo dices por la sanguijuela con la que quieres que me case, ya te he dicho que puede ir dando la vuelta —dijo de malos modos.

Parpadeó asombrada antes de sentarse a la silla. —No recuerdo que me lo hayas dicho. ¿Pierdo memoria?

—Quien pierde memoria es él, porque no te lo ha dicho. Pero se olvida de muchas cosas. Como de sus obligaciones.

—Pues tranquila, que no se me van a olvidar en el futuro —replicó apartándole la silla para que se sentara. Al sentarse le tiraron los puntos y llevó una mano al costado inconscientemente.

Cuando él se sentó a su lado preguntó —¿Te duele?

Le miró con desprecio antes de coger la servilleta por una esquina y extenderla de un golpe seco que casi le da en la cara. —No me hables.

—¿Volvemos al principio?

—Cuando bajé de ese avión, fui una estúpida al no darme cuenta de la clase de hombre que eras y tenía que haber salido espantada.

—Sería que el tortazo al caerte por la escalerilla, te dejó algo atontada.

—Sí, sería eso.

Emily se echó a reír. —¿Te caíste por las escaleras? Madre mía, menuda primera impresión.

Sergei sonrió mientras le servían la sopa de verduras. —Te aseguro que me quedé de piedra. Y no se hizo nada.

—¡Me torcí un tobillo, pero me callé! Te hubiera venido fatal llevarme al médico con la prisa que tenías por irte a trabajar.

Sergei se tensó. —Te recuerdo que te pregunté varias veces si estabas bien.

—Menos mal que te dije que sí, ¿verdad? —Miró a Emily. —Mira, lo he intentado, pero no puedo más. Yo me largo de aquí.

Se levantó furiosa, pero Serguei la cogió por el antebrazo. —¡Lynnell, siéntate!

—¡Qué te den! Estoy harta de mantener continuamente la misma conversación. —Tiró de su brazo con fuerza, pero aun así no la soltó levantándose. —¡Qué me sueltes!

—¡Sergei! —Emily miró asustada el costado de Lynnell y al mirar hacia abajo vio que su vestido se empezaba a manchar de sangre.

Perdiendo todo el color de la cara, miró los ojos de Sergei que también había palidecido y sintiendo una rabia enorme en su interior, le pegó un tortazo con la mano libre que le volvió la cara. —¡No te acerques más a mí!

Emily jadeó tapándose la boca mientras Lynnell salía corriendo. Increíblemente miró a Sergei que impresionado no se había movido. —Estás loco...

—No quería hacerle daño. Yo...

Emily salió corriendo del comedor y gritó histérica —¡Qué alguien llame a un médico!

Subió corriendo las escaleras y vio salir a María de su habitación sin color en la cara. —La señora...

—¡Un médico! —Entró en la habitación y la vio en ropa interior sentada en la cama dándole la espalda. Rodeó la cama y jadeó tapándose la boca al ver que le habían saltado la mitad de los puntos, pero ella simplemente miraba hacia la ventana con los ojos llenos de lágrimas. Se arrodilló ante ella cogiendo la toalla que tenía en la mano. —No pasa nada, cielo. Te cosen otra vez y ya está.

—No me quiere. Nunca me ha querido.

—Lo arreglaré. Te lo juro —dijo con rabia viendo el sufrimiento en su rostro —. Todo va a salir bien. —Apretó la toalla en su herida. —Ya sangras menos.

Sergei entró en la habitación y se agachó a su lado. —¿Preciosa?

Le miró sintiéndose vacía y una lágrima cayó por su mejilla sin darse cuenta. Sergei le acarició los muslos angustiada. —No quería hacerte daño. Lo siento, preciosa.

—Vete.

Emily preocupada apartó la toalla y Sergei palideció al ver su herida. —El médico vendrá en helicóptero. Estará aquí lo antes posible. ¿Estás bien? ¿Te duele mucho?

Lynnell le siguió mirando de una manera que ponía los pelos de punta y Emily susurró —Vete, por favor. Esto ha sido demasiado para ella. No la alteres más.

Para sorpresa de todos Lynnell alargó la mano abriendo la mesilla de noche y puso la cajita sobre la cama ante él. —Dáselo a Mimi —dijo sin ningún sentimiento—. Ella lo apreciará mucho más que yo.

—No, escúchame... Ha sido sin querer. Preciosa, tú intentaste soltarte y no me di cuenta de la herida. Tú tampoco y... ha sido un accidente.

—¡Sergei, por favor! —dijo Emily alterándose—. ¡Puede que no fuera intencionado, pero no tenías ningún derecho a tratarla así!

—Lo siento —dijo angustiado—. Tienes razón. No hago más que fastidiarla, pero yo sí quiero casarme. Quiero compartir mi vida contigo, cielo. Hablaré con mi familia y se disculparán. No pasará algo así de nuevo, te lo juro. ¿Quieres que esté más pendiente de ti? Lo haré. Y compraremos la casa que tú quieras. Llevaremos una buena vida juntos, te lo juro.

Lynnell no movió el gesto y se desesperó. —Dime lo que quieres y lo haré. No tendrás que venir a Moscú si no quieres. Puedes quedarte en Nueva York o...

—No. —Esa palabra cayó como una bomba en la habitación y Sergei la miró sin poder creérselo. —No te quiero en mi vida. Ya no.

Emily apretó los labios agachando la mirada y vio como los dedos de Sergei apretaban los muslos de Lynnell como si quisiera aferrarse a ella, antes de soltarla lentamente como si fuera lo más difícil que había hecho en su vida. Reprimió las lágrimas levantando la vista hacia él, que pálido asintió antes de incorporarse. —Voy a esperar al médico abajo.

Lynnell sonrió con fría educación poniéndoles los pelos de punta. —Gracias.

La miró como si no la conociera antes de salir de la habitación derrotado. — ¿Crees que me quedará mucha cicatriz? Los bikinis no me quedarán bien a partir de ahora.

Ahí fue consciente del daño que Sergei le había hecho, porque Lynnell parecía otra persona. Como si hubiera levantado un muro de cristal en su interior que solo mostraba a otra mujer. Lo difícil iba a ser que Lynnell quisiera romper el cristal para salir de nuevo y arriesgar sus sentimientos.

Sentada en la cama suspiró mirando hacia la ventana. Hacía un día estupendo y ella estaba harta de esconderse en la habitación por no encontrarse con Sergei. Aunque daba igual, porque iba a verla dos veces al día para tocarle las narices. Casi no le hablaba. Mantenía una relación cortés por obligación ya que estaba en su casa y menudas ganas tenía de largarse de allí, pero el médico le había dicho que mejor esperaba una semana más hasta que le quitaran los puntos del todo. Un fastidio. Quedaban cuatro días aún.

Sabía que no lo había hecho a propósito. Jamás le haría daño físico, pero lo que sí le había dolido es que no entendiera sus sentimientos. Y que por mucho que hablaban de lo que había ocurrido en los últimos meses, le ofreciera una casa en Nueva York como si eso a ella le importara más que nada. ¿Pero cómo le iba a decir que la quería, si eso no pasaría nunca?

Había hecho bien al cortar aquella relación de raíz. Meryl diría que no la merecía y tenía razón. Recordó el día que le había dicho que no la defraudara porque lo había dado todo por esa relación y las palabras de Sergei tenían que haberla advertido, porque en lugar de decirle que él también lo daría todo por ella, simplemente le había dicho que no se rindiera. Pues se había rendido.

Escuchó las risas en el jardín y se dijo que le daba igual que se lo pasaran estupendamente con Mimi que había llegado el día anterior. Dejó el libro que Emily le había prestado y sin poder evitarlo salió de la cama para ir hacia la ventana, donde vio a través de las cortinas que estaban comiendo en el jardín. Apretó los labios al ver como Mimi sonreía como una hiena a Sergei, que en ese momento estaba hablando. Observó su perfil sintiendo que su corazón se retorció de dolor y se le cortó el aliento cuando él miró hacia allí. Se apartó de la ventana avergonzada por si la había visto. ¿Y qué más daba si la veía? Que fuera muy feliz con esa zorra. No sabía lo que se le caía encima.

La puerta se abrió y para su estupefacción vio entrar a Dasha que forzó una sonrisa. —¿Es que tu madre no os ha enseñado a llamar a la puerta?

Dasha se sonrojó. —Perdona, no quería despertarte si estabas dormida.

Se dio cuenta de que era sincera, aunque con esa familia cualquiera sabía con lo bien que mentían. Se sentó en la cama. —No estaba dormida. ¿Querías algo?

—Oh, pues... ¿pueden pasar mis hermanos?

—Vaya, ¿está toda la familia? Claro, que pasen. Es lo que necesito para animarme, ver a todos los Vasíliev.

Dasha se mordió el labio inferior como si se lo estuviera pensando, pero al final pareció decidirse porque sacó media parte de su cuerpo y dijo algo en ruso.

Lynnell se cruzó de brazos viéndoles entrar uno a uno. A todos excepto a Dmitri que debía estar trabajando. Hasta la madre estaba allí que sonrió como una niña buena que nunca hubiera roto un plato. Recorrió con la mirada a todos

deteniéndose en Grisha, que se sonrojó con fuerza y Lynnell chasqueó la lengua antes de mirar a Dasha de nuevo. —¿Queríais algo? ¿O solo habéis venido para regodearos de vuestra victoria?

Dasha se sonrojó con fuerza. —No, no es eso. Sergei le ha dicho a Dmitri que te ibas a ir y no podíamos dejar que te fueras sin disculparnos.

—Muy bien. Empieza —dijo fríamente como si le diera igual.

—Grisha...

—No hace falta que hables por mí, Dasha. —Grisha muy serio dio un paso adelante. —Siento lo que hice, te lo juro. Lo que te dije en el baño y lo que ocurrió después. No me imaginaba que te iba a afectar tanto y lo siento. No tenía derecho a meterme en la vida de mi hermano y a hacerte daño.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Creía que solo querías aprovecharte de él.

—Pues si creías eso, ¿por qué te disculpas? Hiciste lo que creías correcto.

—Me disculpo por hacerte daño.

—¿Y cómo piensas repararlo? Por decir lo siento no vas a curar el dolor que he pasado. ¿O crees que eso lo soluciona?

—No, por supuesto que no.

—Entonces esta conversación es absurda. Pero si así te sientes mejor... —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Hala, ya podéis iros tranquilos. La americana se larga. Ah... —Sonrió maliciosa. —Pero se queda otra. ¿La habéis visto?

Los tres hermanos entrecerraron los ojos y movieron la cabeza de un lado a otro. Lynnell sonrió de oreja a oreja señalando la ventana. —Ahí la tenéis, chicos. Toda vuestra.

Sintió una satisfacción enorme cuando vio como los tres se acercaban a la ventana y su madre corrió tras ellos para meter la cabeza. Entonces Lynnell entendió lo que ocurría. No es que no la quisieran a ella. Es que no querían que Sergei se fuera a los Estados Unidos. Casi sintió pena por ellos porque no querían que se rompiera la familia. Casi.

Dasha siseó algo por lo bajo en ruso y se volvió de golpe. —¿Esa Cleopatra es conocida tuya?

—Apenas. —Soltó una risita. —La adoraréis. Será la cuñada que habéis soñado. Ya veréis, ya.

Un chillido en el jardín hizo que Dasha se diera la vuelta de golpe y Grisha dijo algo asombrado. Con curiosidad Lynnell fue hasta la otra ventana para ver como Mimi se ponía una pulsera en la muñeca y le pedía a Sergei que se la abrochara. Sintió como si le arrancaran el corazón y eso que pensaba que ya no lo tenía. Acarició la cortina sin darse cuenta de que su rostro reflejaba su dolor y Dasha la miró con pena, diciéndole algo por lo bajo a sus hermanos. Lynnell se recompuso y sonrió. —Bien, gracias por la visita. Por cierto, dile a tu madre que las rosas amarillas eran preciosas. —Se echó a reír sin ganas. —Sí, eran preciosas. Se han convertido en mis favoritas.

Dasha asintió antes de que su madre le dijera algo al oído —Mi madre dice

que espera que te recuperes pronto y que también siente no haber sido más hospitalaria contigo.

Lynnell asintió y se fueron hacia la puerta. —¿Y tú, Alek? ¿No tienes nada que decir?

El hermano de Sergei se volvió lentamente y la miró a los ojos. —Que vale más malo conocido que bueno por conocer.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se echó a reír sin poder evitarlo. —Tienes toda la razón. —Sonrió sinceramente. —Sois una familia interesante. Siento que no nos hubiéramos llevado mejor.

Los Vasíliev sonrieron, pero antes de salir Dasha preguntó —¿Bajarás a la cena?

—Será mejor que no.—Hizo una mueca. —Sería algo incómodo, ¿verdad?

Maliciosa respondió —Perfecto.

Rió de nuevo porque estaba claro que esos chavales no podían dejarlo estar. Igual era divertido. —Muy bien. Bajaré a cenar.

—¡Gracias, gracias!

Cuando la dejaron sola, se volvió y vio a Mimi tocando el antebrazo de Sergei. No la culpaba a ella, que intentaba seducirle como les habían enseñado. Le culpaba a él por no apartar el brazo. Se miró las manos con tristeza recordando todas las veces que lo había hecho ella de manera inconsciente y las veces que esas manos habían tocado su cuerpo demostrándole cuanto le quería.

## Capítulo 9

Emily iba a entrar en la habitación de Lynnell cuando escuchó que hablaba por teléfono. —No sabe cómo se lo agradezco, de verdad. Es muy comprensivo dadas las circunstancias. Le prometo que en cuanto me recupere, iré a trabajar. Siento los inconvenientes. Si quiere puedo trabajar ahora si me envían la información por mail. Puedo conseguir un ordenador y... —Lynnell se emocionó. —Gracias, señor Murray. No sabe cómo se lo agradezco. Sí, claro. En cuanto llegue a los Estados Unidos me pondré en contacto para decirle el día en que me reincorporo.

Forzó una sonrisa y abrió del todo la puerta. Lynnell sonrió dejando su móvil sobre la mesilla. —¿Qué tal el día, jefa?

—Muy bien. ¿Y el tuyo? ¿Te encuentras mejor? El médico ha visto a Sergei hace una hora y al parecer ha dicho que cicatriza muy bien.

—Sí, está muy bien. Empieza a picar.

—Eso es bueno. —Se sentó a su lado y la miró de reojo. —Lo vas a dejar, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A la búsqueda de marido.

Sonrió con tristeza y le cogió la mano. —Es lo mejor. Por ahora necesito un descanso. Ah, pero guárdame la prima hasta que decida empezar de nuevo.

—Eso está hecho. Lo que no sé es qué voy a hacer con Albert. Se va a llevar una decepción enorme.

—Serás mentirosa. Solo lo dijiste para intentar fastidiar a Sergei. Eres una bruja.

Emily se echó a reír. —Cómo me conoces.

Lynnell se encogió de hombros. —Alguna vez tenías que fallar.

—¿Vas a bajar a cenar? Ha llegado la familia de Sergei a pasar unos días.

—Sí, han venido a disculparse. Ahora ya no soy una amenaza, así que...

—Uy, uy, me da que la cena se complica para Mimi.

—Será interesante verlo.

—Esto no me lo pierdo. —Emily se levantó. —Me voy a vestir de rojo, que es el color del drama.

Lynnell se echó a reír y cuando su amiga abrió la puerta, perdió la risa al ver que Sergei pasaba por delante justo en ese momento. Él se detuvo, pero pareció pensarlo mejor porque siguió su camino. Bueno, al parecer ya había pasado página. No la sorprendía demasiado, aunque no podía evitar que le doliera.

Entró en el salón con un vestido de gasa azul y todos los que estaban allí la miraron con sorpresa. Sobre todo Mimi, vestida con unos pantalones dorados y un top negro.

—¡Pero bueno! ¿Qué escabechina te has hecho en el pelo? Menudo delito. Chica, cambia de peluquero. Te ha dejado hecha un asco.

Los Vasíliev se tensaron, pero Lynnell que ya se esperaba algo así sonrió. — Tú siempre tan agradable, Mimi.

Se echó a reír. —Ya me conoces. No me muerdo la lengua.

—Pues está muy guapa —dijo Dasha mirándola con odio—. Enfatiza sus facciones. No necesita esconderlas como otras.

Mimi levantó una ceja. Uy, uy. Empezaba la guerra. Lynnell fue hasta el sofá donde la madre de Sergei estaba sentada sola bordando y vio que le costaba enhebrar la aguja. Le cogió el hilo de la mano y la enhebró escuchando la respuesta de Mimi. —Si lo dices por mí, guapa, te diré que fui modelo fotográfica seis años. Así que mis facciones no pueden ser tan horribles como supones.

—Espera, que seguro que adivino que anunciabas. ¿Cremas antiarrugas o corrector de maquillaje? Porque de maquillarte sabes un rato. Solo hay que verte.

Lynnell reprimió la risa porque era cierto que no había seguido los consejos de su profesora durante el curso, que le decía continuamente que abusaba de él. Mimi la fulminó con la mirada, pero en ese momento llegó Sergei con su hermano Dmitri.

Le miró con sorpresa. —Dmitri, no sabía que estarías aquí.

Él sonrió acercándose y le dio tres besos. —Siento no haber ido a verte antes para saludar, pero Sergei me ha retenido en el despacho. Negocios, ya sabes. — Se agachó a su lado y cogió su mano. —¿Cómo te encuentras? Está claro que Rusia no te sienta bien, delicada florecilla americana.

Lynnell se echó a reír fascinando a todos los hermanos. —Tienes razón, está claro que no puedo salir de mi país. —Le miró con afecto. —Estoy mucho mejor, gracias. En nada de tiempo volveré a Nueva York.

Él besó su mano. —Una pena. Una auténtica pena.

—¿Y quién es este hombre tan guapo? Sergei, ¿no nos presentas?

—Mimi, es mi hermano Dmitri. Dmitri mi... —Se hizo un tenso silencio donde Lynnell no sabía ni a donde mirar, coincidiendo sus ojos con los de Dasha sentada frente a ella. —Mi prometida, Mimi Hudson.

—Mucho gusto —dijo Dmitri perdiendo la sonrisa antes de inclinar la cabeza en señal de saludo para sentarse al lado de Lynnell.

—Está claro que esta familia tiene unos genes buenísimos. Tendremos unos niños preciosos, Sergei.

Lynnell sintió que la traspasaba un rayo. Así que habían hablado de niños.

—¿Habéis visto la pulsera de compromiso que me ha regalado Sergei? Es preciosa, con rubíes. —Alargó la mano mostrándola a todo el salón y Ninochka gruñó sentada a su lado. —Lynnell, ¿la has visto? Espera, que me acerco ya que tú estás convaleciente.

—No creo que a Lynnell le interese tu pulsera. ¿Queréis una copa? —preguntó Sergei incómodo.

—Claro que sí. A todas las mujeres nos gustan las joyas.

La mano de Mimi apareció ante ella mostrando la pulsera de diamantes y rubíes que costaba el alquiler de su piso de por vida. Levantó la vista hacia ella

como si nada y dijo mirando sus ojos castaños —Estarás encantada. Se nota que tiene un gusto exquisito.

—Sí que lo tiene. Me ha elegido a mí. —Se echó a reír y Dasha entrecerró los ojos por el insulto al igual que Grisha. Ninochka levantó la vista del bordado hacia los gemelos y asintió haciéndoles sonreír. Fascinada miró a Ninochka, que le dio la aguja y el hilo de nuevo. ¡Se enteraba de todo, la muy bruja! ¡Era peor que Emily con un ejército tras ella!

Enhebró la aguja casi sin mirar y cuando se volvió, se encontró con los ojos de Sergei.

—Y cuéntame Lynnell, ¿qué vas a hacer cuando vuelvas a Nueva York? —preguntó Dmitri interrumpiendo a Mimi pues nadie la escuchaba.

—Volveré a trabajar. La aventura se ha acabado. Es hora de regresar a casa.

—Eres contable, ¿verdad?

—Contable. Menudo aburrimiento —dijo Mimi intentando meter baza.

—Sí, soy contable. Y mi jefe debe estar deseando que vuelva porque me ha reservado el puesto. —Se echó a reír. —Al menos algo se me da bien.

—Se te dan muchas cosas bien —dijo Emily desde la puerta.

Sonrió a su amiga. —Eres tú que me miras con buenos ojos, jefa. —Frunció el ceño divertida. —Ya lo sé. Necesitas que te haga la declaración de la renta para el año que viene. Por eso me haces la pelota.

Todos se echaron a reír al ver que Emily fingía indignación. —¡Por supuesto! ¿Qué te creías?

—Tener un buen contable en una empresa es un tesoro —dijo Dmitri—. ¿Verdad Sergei? Si quieres un puesto en la empresa en Nueva York...

Lo que le faltaba. Ver a Sergei a menudo. —No, gracias. Mi trabajo me gusta mucho y no puedo abandonarles ahora que me han esperado.

—Leal e inteligente, además de preciosa.

—Muy cierto —dijo Emily antes de mirar a Sergei—. Un gin-tonic para animarme, por favor. Solo de pensar en el sueldo que debe tener en esa empresa donde la están esperando, me deprimó.

Lynnell se echó a reír. —Me pagan muy bien, gracias.

—Sí, seguro —apostilló Mimi con malicia.

Dasha se levantó diciendo —Disculpadme, pero tengo una amiga enferma y le he dicho que la llamaría antes de la cena.

—Claro. Espero que no sea nada.

—Oh por Dios, Lynnell. Si no la conoces de nada.

Suspiró mirando a Dmitri. —¿Y a ti? ¿Te gusta tu trabajo?

—Dmitri es un maniático como Sergei —dijo Alek divertido—. A veces incluso más si se queda al cargo.

—Y se quedará mientras estoy en Nueva York, así que ya puedes empezar a asumir tu carga, Alek —dijo Sergei muy serio antes de beber.

—¡Si todavía estoy en la universidad!

—Yo trabajaba después de clase —dijo Lynnell—. Y me ayudó mucho para después encontrar un buen trabajo, te lo aseguro. —Se echó a reír. —Aunque no

sea tu caso, te vendrá bien. Al menos te quitas ese miedo después de licenciarte. Si metes la pata siendo estudiante no se nota tanto como después, te lo aseguro.

Grisha se echó a reír. —A Alek se le notaría igual, porque cuando las hace las hace muy gordas.

—Muy gracioso.

—Un verano en su primer año de universidad, trabajó una semana. Tuvo que dar las especificaciones para un complejo nuevo y dio la referencia de la pintura cincuenta y seis en lugar de la sesenta y seis. Se pintó todo el complejo de azul pitufo y Sergei se puso hecho una furia.

Sergei sonrió. —No tuviste que hablar tú con los accionistas. A uno le dio un infarto.

Emily jadeó asombrada. —¿De verdad?

—No se murió —protestó Alek haciéndoles reír—. Pero me lo recordará siempre como si lo hubiera hecho.

Ninotchka soltó una risita y Lynnell la miró aún atónita. Alucinaba con esa mujer.

Dasha entró sonriendo. —¡Ya estoy aquí!

—Aleluya. —Mimi se levantó mostrando de nuevo su modelito. —  
¿Cenamos de una vez?

—¿Tu amiga está mejor? —preguntó Emily levantándose también.

—¡Oh, sí! En unos días como nueva. Una pulmonía de nada.

—¿Tiene pulmonía? ¿Está ingresada?

—¿Te ingresan por eso? —preguntó Dasha con los ojos como platos—. Pues no se lo he preguntado. Va, es rusa. Puede con eso y más.

Lynnell se echó a reír e iba a levantarse cuando Dmitri la cogió delicadamente del brazo para ayudarla. —Gracias.

—No deberías forzar la herida. ¿Seguro que ya puedes levantarte de la cama?

—Solo será una cena.

Sin soltar su brazo fueron hacia el invernadero, evitando la mirada de Sergei que estaba muy tenso.

La mesa estaba preciosa con un delicado mantel blanco y candelabros de cristal. Las velas encendidas daban un aspecto romántico que evocaban otros tiempos. —La mesa está hermosa.

Ninotchka sonrió yendo a su sitio y le dijo algo a Dasha en ruso. —Mamá dice que gracias.

—De nada. —Divertida se acercó a su pareja y susurró —Así que no habla inglés... Tendréis cara.

—No lo habla muy bien, pero entender... lo entiende todo. —Dmitri se echó a reír. —Eres la primera que la pilla.

—¿Por qué simula que no entiende?

—Porque la forzarán a hablar en inglés y la avergüenza cometer errores. Su padre era muy rígido y ciertas cosas...

Sorprendida asintió. —Entiendo.

—Afortunadamente ella no nos ha educado así. Porque a Sergei le mataría a golpes por la mujer que ahora está sentada frente a ella.

Ninotchka miraba a Mimi como si fuera un insecto y Lynnell no pudo evitar reír.

—¿Os sentáis de una vez? Impedís que se sirva la cena —dijo Sergei desde la cabecera furioso.

Dmitri suspiró acercándola a la silla y apartándola para que se acomodara. — Gracias.

—Es un placer.

Dasha estaba sentada al otro lado y Lynnell sonrió a María que le servía el agua. —Su pastilla, señora.

—¿Por qué la llama señora? —preguntó Mimi ofendida—. No es la señora de esta casa.

Se hizo el silencio en el comedor y María se sonrojó. —Lo siento.

—No te disculpes, María —dijo Sergei apretando la copa que tenía en la mano—. Ha sido un lapsus muy comprensible.

—Aunque ahora seguro que ya no se le olvida, cariño. ¿Verdad, María?

—No, señorita.

Dasha rió por lo bajo ganándose una mirada de odio de Mimi y Lynnell le dio un codazo a la hermana de Sergei. —Gracias por la pastilla, María.

La doncella sonrió cogiendo el platito y levantó la barbilla orgullosa.

—Hace una noche estupenda —comentó Emily intentando relajar el

ambiente mientras les servían la ensalada.

Lynnell suspiró deseando llegar a Nueva York para comerse una buena hamburguesa y debió hacerlo muy fuerte porque todos se la quedaron mirando sonrojándola. —Sí que hace algo de calor.

—¿No tendrás fiebre? —preguntó Sergei tensándola porque le hablara directamente.

—Estoy bien, gracias.

Todos se quedaron en silencio por su tono y no era para menos. La antigua novia sentada a la mesa con una familia que la odiaba y la nueva prometida. Aquello era surrealista.

—Será que ha adelgazado mucho en poco tiempo —dijo Mimi maliciosa—. ¿Cuántos kilos has perdido, guapa? ¿Veinte? —Apretó los labios mirando a Emily que estaba ante ella. —Casi ni la reconozco entre lo delgada que está y ese absurdo corte de pelo.

—Pues tiene mucho mérito —dijo Dmitri—. Yo soy incapaz de hacer dieta. Felicidades, Lynnell.

—Gracias. Pero no han sido veinte. Han sido doce.

—Quizás deberías tomar ejemplo de Lynnell y controlar tu peso —dijo Emily molesta—. Al parecer has cogido unos kilitos.

—No, Emily. Es que me he puesto pechos.

Emily jadeó. —¡Te dije que no te lo aconsejaba! ¿Para qué quieres mi consejo si luego haces lo que te da la gana?

—Seguro que a Sergei le vuelven loco. ¿A que sí, cielo? —Cogió su antebrazo apretándoselo con sensualidad para que la mirara.

—Creo que ese es un tema que no debe tratarse en la cena.

Mimi perdió algo la sonrisa, pero no era una mujer que se diera por vencida.

—Seguro que te han encantado.

Lynnell palideció porque eso sí que no se lo esperaba. Miró su ensalada apretando el tenedor intentando recuperarse de la puñalada que la traspasó y Dasha susurró algo en ruso a su lado, pero ella ni lo oyó. Solo podía pensar en que ya se había acostado con ella y sin poder evitarlo lo sintió como una traición.

—Mimi, creo que ya está bien.

—Oh, seguro que lo dices por Lynnell. Pero tranquilo. Estamos en el siglo veintiuno y es habitual hablar de sexo en Nueva York.

—Pues en Rusia no —dijo Grisha mirándola con desprecio—. Intentamos que los temas que se tocan en la mesa sean más delicados. No estamos de juerga con los amigos en la discoteca. Un poco de respeto a mi madre que no tiene por qué escuchar esas cosas. Y nosotros tampoco.

Mimi se echó a reír. —Que anticuado. Muy bien. No se habla de sexo en la mesa. ¿Y de qué se puede hablar? ¿Necesito que me pasen una lista de buenas costumbres?

—Ya te la pasé yo —dijo Emily indignada—. Pero al parecer te saltaste esa lección.

—Me tragué esa mierda de curso para llegar hasta aquí. —Cogió su copa de

vino y bebió un buen trago.

—Pues igual deberías hacerle más caso a Emily —dijo Sergei fríamente—. ¡Y te recuerdo que tengo entendido que firmaste cierto contrato de confidencialidad que te estás saltando totalmente! Si Emily te demandara, no creas que yo voy a correr con los gastos.

—Tranquilo, Sergei. Estamos en familia. —Emily la advirtió con la mirada. —Espero que este tipo de comentarios no salgan de aquí porque como me entere de que has comentado algo en Nueva York...

Mimi palideció. —Claro que no. No soy estúpida.

—Pues no lo parece.

—Emily ¿a mí me aceptarías? —Todos miraron a Dasha atónitos. —¿Qué? ¡Yo también tengo derecho a encontrar un buen marido!

—¡Tu termina la carrera! —exclamaron sus hermanos sonrojándola.

Lynnell ya no lo pudo evitar. —¡Si quiere hacerlo, es su decisión!

—Habló la experta. Como a ti te ha ido tan bien...—dijo Mimi aguantando la risa—. ¿Te recuerdo por qué estoy aquí?

—Estás aquí porque eres una zorra —dijo con rabia.

Alek silbó mientras Mimi se tensaba. —¿Qué has dicho?

—No, perdona... —Se levantó sorprendiéndoles. —Estás aquí porque eres una zorra y él es un cabrón. —Tiró la servilleta sobre la mesa. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Lynnell...

La advertencia de Sergei le entró por un oído y le salió por el otro mientras Mimi se levantaba. Dmitri se puso de pie tras ella como si quisiera protegerla. —Sergei controla a tu prometida. Lynnell está convaleciente.

—Creo que quien tiene que controlarse es Lynnell. —Sergei la miró fríamente. —Y te recuerdo que fuiste tú la que no quiso casarse.

Le miró con desprecio. —Y no sabes cómo me alegro. Esta noche confirma que he tomado la decisión correcta.

Ninotchka dijo algo en ruso de manera categórica y Dasha la cogió de la mano. —Siéntate, por favor. Tienes que cenar. —Le rogó con la mirada. —Por favor.

—Sí, Lynnell. Ignórala. Solo quería provocar esto —dijo Alek ante ella.

Miró a los ojos a Ninotchka que le hizo un gesto para que se sentara. Lo hizo a regañadientes sintiéndose furiosa porque se había dejado provocar, cuando lo que tenía que hacer era mantenerse fría.

Dmitri le acercó la silla de nuevo y ella le miró a los ojos torturada sin darse cuenta. Él cogió su mano sobre el mantel sonriendo. —Así que vuelves a Nueva York. ¿Sabes que vamos a ir para la inauguración del edificio?

Suspiró del alivio por el cambio de conversación. —¿De veras?

—Sí, Lynnell. —Dasha sonrió. —¿Me llevarás de compras?

—¿De compras?

—Nunca he estado allí. Dicen que es el mejor sitio para comprar.

—Es que yo no soy de salir a comprar...

Mimi se echó a reír a carcajadas y miró a Emily preocupada. Su amiga sonrió. —Por supuesto que te acompañará cuando estés allí. Y te enseñará la ciudad. Nada como un neoyorkino para disfrutar de Manhattan. —Le hizo un gesto sin darle importancia y suspiró del alivio porque seguro que ya había pensado algo.

—Pues yo quiero que me lleves a un espectáculo de Broadway —dijo Dmitri amablemente—. Si no es una molestia.

Le miró ilusionada. —¿Te gustan los musicales? ¡Me los he visto todos! Y hay una obra de teatro buenísima que...

—Dmitri va a estar muy ocupado —dijo Sergei cortante—. Y creo que Dasha puede irse de compras con mamá como ha hecho toda la vida. —Estaba claro que no quería que tuviera relación con la familia y era lógico dadas las circunstancias. Y se lo confirmó al decir —No sé a qué viene que ahora queráis ser amiguitos después de vuestro recibimiento en Moscú.

—Nos ha perdonado. —Grisha le sonrió. —¿A que sí? Se ve a la legua que no es rencorosa.

—¿Qué hicieron?

Todos miraron a Mimi que estaba algo pálida. —Bonita, ¿te encuentras bien? —preguntó Emily cambiando de tema.

—No sé yo... —Frunció el ceño. —Estoy algo mareada.

—Será el vino —dijo Dasha con mala leche.

—No, es distinto... —De repente tuvo una arcada y Dasha gritó levantando

las manos, pero Mimi puso la mano reteniéndose. —¡El baño!

—Por aquí, señorita. —María la cogió por el brazo evitando que cayera cuando tropezó con los escalones que llevaban a la casa.

Dasha sonrió con malicia y Lynnell se acercó a susurrarle —¿Qué has hecho?

—Ya podía haber hecho efecto primero. Un laxante. Pero le sale por el otro lado. Qué raro. Igual merece investigación y todo.

La miró incrédula antes de echarse a reír a carcajadas, forzando la herida, así que tuvo que apretarse el costado.

Sergei se levantó dejando la servilleta. —Iré a ver cómo está.

—Sí, vete a cuidar a tu prometida —dijo Dmitri encantado—. Yo me encargo de Lynnell. —Su hermano apretó los labios antes de salir del comedor.

—Uff, menuda bruja —dijo Grisha sin cortarse antes de mirar a Emily—. Vaya ojo que tienes, hermosa.

Emily jadeó. —¡La culpa es vuestra! ¡Si hubierais tratado bien a mi chica, ahora no estaríamos así! ¡Ya estarían casados y cuando se enterara de la nacionalidad, ya estaría hecho y tarde o temprano le hubiera perdonado!

Todos la miraron fijamente y entrecerró los ojos. —¿Qué estáis pensando?

—Tienes que volver con él. Tienes que impedir que se case con esa... Esa... ¡loba!

—Ni hablar.

—Hemos comparado y nos quedamos contigo. Al menos le hiciste feliz esos

dos meses.

—¡La que no era feliz era yo!

—Han ocurrido varias cosas que te han dolido. Lo entendemos —dijo Dmitri.

—Vaya, gracias.

—¿Pero quieres que el hombre que amas se case con esa bruja y le destroce la vida?

—¡Él se lo ha buscado! —Abrió los ojos como platos. —¡Qué ganas tengo de volver a Nueva York y perderos de vista! Ya me parecía a mí que tanta disculpa no era normal.

Grisha sonrió. —Nos disculpamos de corazón.

—¡Y una leche! ¡Si ella no hubiera aparecido no os hubiera visto el pelo! ¡Aunque mejor no hablemos de pelo que me cabreo!

—Tú, su esposa. Esa no.

Todos miraron a Ninochka que sonrió asintiendo. —Mamá ha hablado. Está decidido —dijo Dmitri como si nada.

Levantó sus cejas negras sin poder creérselo. —¿Pero ahora por qué queréis que me case con él si lo que queréis es que no se vaya?

Alek chasqueó la lengua. —Porque eso ya no puede evitarse. Esto sí.

—¡Pues yo no voy a colaborar! ¿Sabéis lo que me hizo?

Todos asintieron como si les diera igual. —Ni de broma voy a casarme con un hombre que me trata así y encima se acuesta con Mimi. —Asqueada miró la

ensalada que ni había tocado y apartó el plato molesta. —¡María!

—¿Si, señora?

—¿Qué hay de segundo?

—Pescado, señora.

—¿Y de postre?

—Tarta de chocolate.

—Lynnell...

—¡A la mierda la dieta, Emily! Tráeme la tarta. Estos que se fastidien.

—¡Lynnell!

—Da igual. A Sergei le gustan más rellenas —dijo Dmitri como si nada.

—¡No voy a engordar por él!

—No, si yo lo digo para que te comas la tarta tranquila.

Emily sonrió dulcemente. —¿Ves? Estás delgada por ti. Te has esforzado por ti. Así que...

—Me voy a comer la tarta por mí.

Emily puso los ojos en blanco. —A la mierda. Yo también quiero.

Cuando Sergei entró en el comedor de nuevo Lynnell tenía ante ella media tarta de chocolate y los demás la observaban aun con el pescado. —¿Qué? —preguntó agresiva.

Él apretó los labios viendo el chocolate que Lynnell tenía alrededor de la boca. Era obvio que lo que le faltaba a la tarta se lo había comido ella. Carraspeó antes de decir —He tenido que llamar al médico. —Lynnell cortó un buen trozo

y se lo metió en la boca para evitar soltarle que le importaba muy poco. Sergei miró a sus hermanos. —¿Qué habéis hecho? ¡Para que el médico la trate, tiene que saber qué le habéis dado!

Le miraron con inocencia y Lynnell reprimió la risa ganándose una mirada que helaría el desierto. —¿Qué? ¿Qué pasa? ¡No te vi tan indignado cuando me cortaron el pelo! ¡Ni pegando esos gritos! —Él se acercó y le cogió la tarta quitándosela de delante. —Eh, que es para mí.

—¡Te va a sentar mal! —Ella levantó los brazos y Sergei la advirtió con la mirada. —Como se te vuelvan a abrir los puntos, te pego una tunda que no te levantas en una semana. —Jadeó del asombro viendo como salía gritando — ¡María! ¡Cómo le des más tarta a la señora, estás despedida!

Se quedó de piedra porque parecía que le preocupaba realmente que le sentara mal. Miró a los de la mesa y se sonrojó cuando sonrieron de oreja a oreja. —Va, ya no quería más.

Los chicos rieron por lo bajo y Dmitri le dijo con inocencia —Si hubierais estado solos te hubiera besado.

—No digas tonterías. —Se sonrojó aún más. —Solo intentáis convencerme.

—¿Apuestas a que si estáis solos no sales intacta? —preguntó Dasha con maldad.

—Ya hemos estado solos desde que le dejé y no ha pasado nada.

—Es que con ese cabreo cualquiera se te acerca. Sergei es valiente, pero no temerario.

Miró a Dasha como si quisiera matarla. —Oye guapa, ¿tienes novio?

—No, mis hermanos le matarían. —Todos sonrieron orgullosos hinchando el pecho. —Por eso necesito a Emily.

—¡No necesitas a nadie! —dijo Dmitri con firmeza.

—Estamos con Sergei. No nos desviemos. —Grisha le guiñó un ojo a su hermana de manera cómplice. —Para Dasha quedan diez años por lo menos.

—No te creas —dijo ella por lo bajo mosqueando a sus hermanos.

—Uy, que sueño tengo. Hora de retirarse. —Empezó a levantarse.

—¡Siéntate! —ordenaron todos a la vez madre incluida.

Atónita se sentó de nuevo porque parecían a punto de lanzarse sobre ella. —  
Vale.

—Mira, es muy fácil. Le pides perdón y os casáis —dijo Dmitri como si nada.

—¿Qué yo le pida perdón? ¿Estás loco?

—Está arrepentido. Y él ya te ha pedido perdón. Lo sé.

Se sonrojó porque la miraban como si todo fuera culpa suya. ¡Estaban locos!

—¡La ha llamado su prometida! ¡Le ha regalado una pulsera a esa... y se ha acostado con ella!

—¡Eso no lo sabemos! ¿Puedes confirmarlo? —preguntó Grisha.

—¿Qué si puedo confirmarlo? ¡Lo acaban de decir en la mesa!

—No. Ha dicho que si a él le gustaban sus pechos.

—Bueno, bueno, bueno. Esto es la leche. —Iba a levantarse cuando Dmitri la

cogió por el hombro sentándola de nuevo. —¡Qué no! ¡Qué no quiero nada más con él!

—Explícanos tus razones.

—¿Mis razones? —siseó furiosa—. No sé. ¡Igual que no me haya defendido ante vosotros, que me mintiera, que no tuviera ni un detalle conmigo fuera de la cama, ha influido un poco en esta decisión! ¡Eso sin mencionar que estaba sola cuando enfermé!

—Sí, sí. ¿Pero aparte de eso?

—¿Te parece poco? Ah no, espera. Que tiene a su nueva prometida ahí al lado y tiene el descaro de alojarla donde me alojo yo.

—No lo has entendido. —Dmitri sonrió de oreja a oreja. —Quería darte celos. —Asombrada miró a los demás que asintieron. —Veía que te perdía y era su último recurso. Está desesperado.

—¿No me digas?

—Claro, por eso la hice venir.

Miró a Emily atónita. —¿Te has puesto de su lado?

—Voy variando según me conviene, me funciona normalmente.

—¡Tendrás cara!

—Estás enamorada de él. Solo tienes que ceder un poco. Ha aprendido la lección.

Incrédula gritó dolida —¡Se ha comprometido con ella! ¡Ante mis ojos! ¡Es el hombre más insensible que conozco y no pienso volver con él! ¡Nunca piensa

en mis sentimientos!

—Eso no es cierto, Lynnell —dijo Sergei tras ella.

Se levantó muy tensa girándose para verle en la puerta. No sabía cuánto había escuchado, pero no se arrepentía. —Tienes una familia demasiado entrometida para mi gusto.

—Está claro que no te gusta nada de mí.

Se miraron a los ojos y Lynnell sintió que su corazón temblaba en su pecho. —Buenas noches a todos.

Él se apartó para dejarla pasar y Lynnell no pudo evitar sentirse miserable por lo que había dicho cuando creía que no le escuchaba.

Cuando llegó a su habitación caminó de un lado a otro inquieta porque tenía la sensación de que no había sido justa con él. Tenía derecho a hacer lo que quisiera. No estaban juntos y era su casa. Ella era una invitada y no tenía derecho a dirigir su vida. Por lo que ocurrió en el pasado Sergei le había pedido perdón y estaba segura de que él ni se imaginaba que estaba enferma cuando se fue del piso aquel día. Le había advertido que volvería el lunes si no abría la puerta y estaba segura de que se arrepentía de lo que había ocurrido. No era justo que dijera que no le importaban sus sentimientos.

Escuchó que se abría la puerta y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver a Sergei. —¿Podemos hablar? —Sonrió asintiendo. —Preciosa, no llores.

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

Él suspiró sentándose en la cama y alargó la mano. Lynnell se la cogió y dejó

que tirara de ella para sentarla a su lado. Miró su mano pensativo mientras la acariciaba. —Sé que estás dolida.

—No tenía derecho a decir eso. Lo siento.

—Lo de Mimi...

—No tienes que darme explicaciones.

—Déjame hablar, necesito explicarme. —La miró a los ojos y sonrió con tristeza. —Es cierto lo que dijo Dmitri. Quería provocarte. Necesitaba saber si sentías algo por mí todavía, pero al parecer he conseguido todo lo contrario, ¿verdad? —Le miró sin saber qué decir. —No hace falta que respondas. Has sido muy clara hace unos minutos. —Él miró su mano de nuevo. —Pero lo que has dicho, me ha hecho darme cuenta de que Emily tiene razón. No te he tratado como debía. Pero quiero explicarte mis razones, preciosa. No es porque no me importaras. Cuando te vi salir de aquel avión no podía creerme la suerte que tenía y en el coche quedó evidente la química que había entre nosotros. —Una lágrima cayó por la mejilla de Lynnell viendo que tenía la mirada perdida como si recordara. —En cuanto llegamos a casa, salí corriendo porque todavía no podía creérmelo. Y cuando llegué, me quedé en shock cuando me dijiste que querías irte. No pude evitar hacerte el amor y no te dije desde el principio lo de la nacionalidad, porque me preocupaba que te enfadaras de nuevo después de lo que te había ocurrido. Si no salimos más durante los dos meses que vivimos juntos, fue porque de una manera egoísta te quería solo para mí y cuando discutimos por el contrato... Joder nena, me asusté de veras porque si no lo

firmabas, no podríamos casarnos. Por eso me fui para presionarte. Nunca creí que te pasaría algo y te juro que no me perdonaré jamás no haberme asegurado de que estabas bien. Pero siempre me importaron tus sentimientos y me moría por hacerte feliz, porque deseaba más que nada que me quisieras, preciosa. Sé que lo he estropeado todo, pero necesito que entiendas que mi relación con Mimi no tiene nada que ver con la que teníamos nosotros. No me he acostado con ella y esto es un arreglo de negocios. Tú vas a volver a tu vida y yo tengo que seguir con mis planes. —La miró a los ojos. —Lo entiendes, ¿verdad? —Con un nudo en la garganta asintió sin saber qué decir y le rompió el corazón al ver su alivio. —No me gustaría que nos despidiéramos enfadados. He pasado los mejores meses de mi vida a tu lado y no sabes cómo siento que no haya funcionado. —Le dejó algo en la mano y cuando la abrió se emocionó al ver el piercing. Lo había encontrado. —No quería que también perdieras esto.

—Sergei...

Él forzó una sonrisa. —Tengo que volver con Mimi. La está atendiendo el médico. Espero que los chicos no la hayan envenenado. —Se levantó soltando su mano y Lynnell sintió que estaba avergonzado de lo que le había dicho, logrando que se sintiera mil veces peor.

—Sergei, es que...

Él salió de la habitación e impotente gimió apretando los puños. —¡Idiota, idiota!

Abrió los ojos como platos antes de salir a toda prisa de la habitación y

corrió hasta la habitación de al lado entrando sin llamar, encontrándose a Emily con la oreja pegada a la pared. —¡Buena la has hecho!

La miró angustiada. —¿Qué hago?

—¿Qué haces? Seducirle, niña. ¡Pareces tonta!

—Pero si no puedo hacer nada. ¡Me acaban de operar!

—No me refiero al sexo. Tienes que hacerle ver que te importa. Él piensa que ya no tiene nada que hacer, así que tienes que demostrarle que le quieres. ¡Espabila!

—Que espabile. ¿Me meto en su habitación?

—¡Por supuesto!

—Le seduzco y le digo que le quiero.

—¡Eso!

—Y después tiro a Mimi por la ventana.

—No exageremos, que las cárceles rusas no deben ser muy agradables.

Sonrió ilusionada. —Me quiere. No me lo ha dicho, pero sé que me quiere. ¡A mí!

Emily asintió mirándola con ternura. —Date prisa no vaya a ser que Mimi le consuele.

—¡Tendrás mala leche!

Salió corriendo de su habitación casi chocándose con Ninotchka. —¡Me quiere!

—Muy bien. ¿Quién?

—¡No tiene gracia! —Entró en su habitación cerrando de un portazo mientras su suegra se reía.

Se mordió el labio inferior y corrió hasta el armario. Se quitó el vestido a toda prisa y juró al ver el apósito en el costado. —Mierda de apéndice.

Sacó un camisón que no se había puesto nunca. Era verde esmeralda de encaje y llegaba por debajo del trasero. Especial para seducir. Se lo puso a toda prisa y corrió al baño echándose su perfume. Al ver que seguía con los zapatos puestos dudó. No, mejor descalza que sino parecería un putón. Se quitó los zapatos mientras iba hacia la puerta y cuando la abrió se encontró en el pasillo a los tres hermanos que levantaron sus cejas mirándola de arriba abajo. Carraspeó levantando la barbilla. —¿La habitación de Sergei?

—La del fondo —dijo Grisha reprimiendo la risa—. ¿Has cambiado de opinión?

—Cállate enano.

Todos se echaron a reír y muy digna pasó ante ellos porque no se movían. — Buenas noches.

—Buenas noches, cuñada.

Corrió hasta la puerta y la abrió de golpe sin llamar por sus ganas de huir de ellos. Se quedó de piedra al ver a Mimi en su cama, a un hombre que no conocía y a Sergei, que abrió los ojos como platos en cuanto la vio. —Uy, cuanta gente.

—¿Qué rayos haces tú aquí? —gritó Mimi sentándose en la cama de golpe—. ¡Y de esa guisa!

—No —dijo suavemente—. ¿Qué haces tú aquí? ¿En su cama?

—Preciosa...

—¿La llamas preciosa? —Mimi no salía de su asombro.

—¡Sí! ¡Me llama preciosa! ¿Qué pasa?

—Tú te estás buscando dos hostias —dijo levantándose de la cama.

—Eh, eh. —Sergei cogió a Mimi del brazo. —Aquí hay un malentendido. Seguro que Lynnell tiene algo que decirme y tenía tanta prisa que ha venido a mi habitación en lugar de esperar hasta mañana.

—¡Pues sí! ¡Pero se me ha olvidado al ver a esta lagarta en tu cama!

—¿Me ha llamado lagarta? —Mimi no salía de su asombro al igual que el médico que carraspeó, pero nadie le hizo ni caso.

—¿Qué hace en tu cama, Sergei? —preguntó a gritos perdiendo los nervios.

—La está atendiendo el médico —respondió él lentamente.

—¿En tu habitación?

—La suya tiene la cama empapada.

¡Dasha! Entrecerró los ojos y les señaló con el dedo amenazante. —  
¿Pensabas dormir con ella?

—¡Es mi prometido!

—¡Mira mona, vuelve a decir eso y la próxima foto que te saquen será en el depósito de cadáveres! ¡Sergei!

Él sonrió moviendo la cabeza de un lado para otro como si no se lo creyera.

—Preciosa, ¿quieres que se vaya?

Se sonrojó con fuerza. —Pues sí.

—¡Esto es increíble! —gritó Mimi—. ¿Me dejas por esa?

—Se irá de inmediato.

Sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Te quiero.

Sergei la miró como si la deseara más que a nada y se acercó en dos zancadas cogiéndola por la nuca y atrapando sus labios. Se besaron desesperados abrazándose, necesitando sentirse y Mimi miró atónita al médico que le hizo ojitos. —¡Más quisieras! ¡Tengo cola de hombres mucho mejores que tú! —Se levantó furiosa mirándoles con odio antes de salir de la habitación dando un portazo. —¡Quiero largarme de aquí! —gritó desgañitada desde el pasillo.

—Por aquí Mimi. Tienes el coche esperando. Por cierto, puedes quedarte la pulsera —dijo Dmitri educadamente.

—¡Cómo si la fuera a devolver, ruso roñoso!

El médico carraspeó saliendo de la habitación tras ella y Sergei apartó los labios suavemente. —Creía que te había perdido, cielo. —Acarició su espalda apoyando su frente en la suya y cerró los ojos como si disfrutara de su contacto más que nada. —Creía que no iba a volver a tenerte.

—Lo siento, no supe ver...

—Shuss. —La cogió en brazos y la besó suavemente. —Eso se acabó.

Vamos a empezar de nuevo.

Ella acarició su nuca. —¿Empezar de nuevo?

Sergei hizo una mueca. —Casi. Lo de presentarte a mi familia nos lo

saltamos.

—Te quiero.

—Esas son las palabras más dulces del mundo.

Lynnell entrecerró los ojos. —¿No me las dices tú a mí?

—No sé si tengo derecho a decirte esto, pero te quiero. Te quiero y te necesito. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. —Saboreó esas palabras mirando sus ojos, mostrando todo lo que le amaba y acarició su mejilla. —¿Lista para convertirte en mi esposa?

—Nunca lo he estado más, mi amor.

Lynnell abrió la puerta de casa corriendo y subió las escaleras de dos en dos casi arrollando a María, que levantó las cejas interrogante. —¡Tengo prisa! Sergei está a punto de llegar.

—Vaya, vaya. ¡Tiene el vestido sobre la cama! —Divertida siguió bajando y escuchó el timbre de la puerta.

—¡Gracias!

Reprimiendo la risa porque siempre se arreglaba en el último momento, recorrió el hall y abrió la puerta sonriendo para ver a un hombre y a una mujer con dos carpetas en la mano. —¿Sí? ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Los señores Vasíliev viven aquí?

—¿Quién lo pregunta?

—Inmigración —respondió la mujer irónica.

María se tensó. —Los señores no están en casa en este momento. Tenían una cena en el centro.

La mujer escéptica sacó una tarjeta. —¿Juntos?

—Por supuesto que juntos. Si quieren hablar con los señores, tendrán que concertar una cita. El señor Vasíliev es un hombre muy ocupado.

La mujer le entregó la tarjeta. —Dígale que me llame. Mañana. Que si no quiere que le envíe una citación, no me haga esperar.

—¿Citación?

—¿Por cierto? ¿Tiene permiso de residencia en este país?

—Mi padre era americano —respondió mirándola con odio. Tengo doble nacionalidad.

—Una pena.

Sería zorra. Vio como bajaban los tres escalones que llevaban a la casa y en cuanto los vio alejarse en el coche, cerró de un portazo y corrió escaleras arriba, donde en ese momento Lynnell salía del baño con una toalla rodeando su cuerpo, pasando las manos por el cabello ahora cortado a lo garzón. Sonrió al verla, pero se detuvo en seco al darse cuenta de su expresión. —¿Qué ocurre, María? ¿Has tenido problemas con alguien del servicio? —Jadeó llevándose la mano al pecho.

—Es ese hombre que te gusta. —María alargó la mano y Lynnell vio la tarjeta.

—¿Qué es eso?

—Los de inmigración acaban de irse.

Lynnell palideció cogiendo rápidamente la tarjeta. —¿Dices que han estado

aquí?

—Mientras estaba en la ducha. Les he dicho que estaban en una cena, pero me han contestado que mañana sin falta soliciten una cita. Esa mujer me ha puesto los pelos de punta. Incluso preguntó si yo tenía la residencia. Busca sangre. Se lo digo yo.

Asustada se sentó en la cama. —¿Pero qué pueden querer de nosotros?

—¿Una persona de su categoría investigada por inmigración? Aquí hay gato encerrado. Les han denunciado.

La miró a los ojos. —¿Tú crees?

—Y después de todo lo que ha ocurrido, si usted no se lo ha contado a nadie...

—Claro que no.

—Entonces fue esa. La que fue a la finca que se iba a casar con el señor.

—¿Mimi?

—Además no está en estado ni han tenido hijos. Usted no formaba parte de su estilo de vida antes de su boda. Le preguntarán de todo. Se lo aseguro y usted no podrá decir nada por el contrato que tiene con su amiga. Ya pueden buscarse una buena historia que argumente su relación, porque si no a él le deportarán y a usted pueden meterla en la cárcel.

—Llevamos seis meses casados, esto es ridículo.

—Para ellos este matrimonio es de lo más sospechoso y la mirada de esa mujer... —María se apretó las manos. —Se la veía muy segura de sí misma.

Señora, llame a su esposo.

En ese momento escucharon voces en el piso de abajo y la voz de su marido llegó hasta ella diciendo que bajarían en diez minutos. —Preciosa, ya puedes estar preparada porque...

Al ver la cara de Lynnell se detuvo en el umbral de la puerta. —¿No te encuentras bien?

—Sergei, entra y cierra la puerta.

Él sonrió. —Preciosa, me estás asustando.

María salió de la habitación en cuanto entró y cerró la puerta por él. Tiró el abrigo que llevaba en la mano sobre la butaca y se acercó a ella. —No me lo digas, no quieres ir. Pero te caerán bien. Ya verás.

—Ha venido inmigración.

Sergei se tensó. —¿Y qué te han dicho?

—Yo no les he visto. María dijo que nos habíamos ido una cena y ellos le dieron esto. —Le tendió la tarjeta. —Debes solicitar una cita para mañana. —Él apretó los labios mirando la tarjeta —Cielo, ¿tenemos problemas?

—¿Qué problemas vamos a tener? Será algo rutinario. —Se sentó a su lado y la besó en la sien abrazándola por los hombros. —No quiero que te preocupes por esto.

Le miró a los ojos y él apartó su cabello húmedo de la cara. —Todo va a ir bien.

—María me ha dicho que seguramente ha sido Mimi que nos ha denunciado.

—No ha sido Mimi. Antes de darle la pulsera y dejárselo todo muy claro, me firmó un contrato de confidencialidad. Y no es tonta.

Le miró sorprendida. —A mí no me hiciste firmar nada.

—Es que a ti no pensaba decírtelo hasta después de la boda.

—Es cierto... —Se mordió el labio inferior. —¿Pero cómo vamos a explicar cómo nos conocimos?

—Nos presentó una amiga. Emily declarará y todo irá bien.

—¿Tú crees?

La besó en los labios. —Estate tranquila que de esto se ocupan mis abogados. No te molestarán más.

Sonrió porque le veía muy seguro de sí mismo. —¿Entonces todo está bien?

—Somos un matrimonio como cualquier otro. ¿Sabes qué? Voy a suspender la cena y pasaremos la noche tú y yo solos. Que vaya Dmitri, que estoy desatendiendo a mi mujer.

Ella rió abrazándole por el cuello. —No me desatiendes en absoluto.

La besó pegándola a él y gruñó en su boca antes de apartar los labios. —Tengo que hablar con mi hermano. Nos espera abajo para acompañarnos. Solo tardo cinco minutos. Vete metiéndote en la cama.

Ella rió y Sergei salió de la habitación a toda prisa. Pero perdió la sonrisa poco a poco porque María estaba muy convencida de lo que decía y temía que aquello no acabara allí.

## Capítulo 10

Tres días después entró en casa después del trabajo y gritó —¡María, ya estoy aquí! —Se quitó el abrigo divertida. —Está empezando a nevar. Te vas a encontrar como en casa.

María salió del salón pálida. —Señora, la esperan en el salón.

—¿Quién es? ¿Emily? ¿Paola? A Meryl acabo de verla, así que no puede ser.

—No, señora. No son ninguna de sus amistades.

Al ver lo nerviosa que estaba, se acercó a la puerta para ver a cuatro personas esperándola de pie en el salón. —Perdón, ¿les conozco?

—Soy la señora Catherine Holt —Le mostró un carnet en su cartera. — Departamento de inmigración. Queda detenida por quebrantar la ley contrayendo matrimonio con un extranjero para conseguir la nacionalidad.

Abrió los ojos como platos al ver que dos hombres se acercaban a ella. — ¿Perdón? ¡Está equivocada! ¡Yo quiero a mi marido!

—Sí, claro. Puede guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra en un tribunal. —Asombrada le cogieron las manos llevándoselas a la espalda mientras seguían leyéndole sus derechos.

—María. ¡Llama a Sergei! —gritó mientras la empujaban hacia la puerta tirando de su brazo—. ¡Oiga! ¡Más cuidado! ¡Cómo me tire, le meto una demanda que se va a enterar! ¡María!

—¡Ya le estoy llamando!

—Que no se moleste. Está detenido y mis compañeros ya le están interrogando —dijo la mujer divertida—. ¿Qué pensaba? ¿Qué porque es rico puede saltarse la ley?

Asombrada gritó —¿Qué han detenido a mi marido? ¿Es que está loca?

La sacaron a la fuerza de la casa y la metieron en un coche negro tan rápidamente que casi ni se dio cuenta. Se sentó un hombre a cada lado y la mujer se sentó delante con el otro compañero. —¿A dónde me llevan? ¡Quiero un abogado! —Mierda, no tenía abogado y si Sergei estaba detenido... —¡Quiero llamar a mi cuñado! Uy, ya pueden tener pruebas de lo que dicen. ¿Saben quién es mi marido?

—Claro que lo sabemos. Por eso está aquí —dijo la mujer como si fuera estúpida—. Ahora le aconsejo que se mantenga en silencio hasta el interrogatorio.

—¿Interrogatorio? ¡No pienso decir una mierda sin la presencia de mi abogado!

La mujer suspiró. —Podrá llamarle en cuanto lleguemos. Ya le he dicho que tiene derecho a una llamada. Si dejara de gritar, igual me habría oído.

—¡Oye, listilla... Pienso hacer que te metan un paquete que te vas a cagar!

—Tomaré nota —dijo como si le importara un pito—. Brendan entra por el garaje, que no quiero encontrarme con la prensa.

Lynnell gimió cerrando los ojos. Lo que les faltaba, la prensa. Cuando sintió

que el coche se inclinaba hacia abajo abrió los ojos sorprendida de que ya hubieran llegado. Aunque ella no tenía ni idea de donde estaba inmigración. Los cristales tintados de los laterales le impedían ver nada y entrecerró los ojos mirando al frente para ver que efectivamente entraban en un garaje lleno de coches. El vehículo se detuvo ante la puerta del ascensor y todos se bajaron en silencio. Uno de ellos la cogió por el brazo y tiró de ella para sacarla del coche. —¿Dónde estamos?

—En la central. Ya se lo ha dicho la agente Holt —contestó el que tiraba de ella hacia el ascensor.

Se metieron en él y la mujer miró hacia su compañero. —¿Vas a ver el partido el sábado?

—¿El de los Jets? Claro. No me pierdo uno. Ya sabes que soy abonado — Lynnell les miró asombrada.

—¿Te llevas a junior?

—Ni de coña. Tu hijo es un monstruito que no hay quien le soporte.

Aquella estúpida se echó a reír dejándola de piedra. —Por eso quiero que te lo lleves. Te pagaré los perritos calientes.

—Ni de coña. Esta vez no me convences.

La puerta se abrió y tiraron de ella hacia el exterior. Se sorprendió de que casi no se escucharan ruidos y de que todo fuera tan lujoso. De hecho, el suelo de imitación al mármol negro brillaba como un espejo. Llegaron a una puerta y la mujer abrió para que pasara. —Siéntese. En un minuto estoy con usted.

Sin poder creerse lo que estaba pasando, vio una mesa con cuatro sillas. Era lo único que había en la habitación. Eso y la cámara que estaba colgada del techo. Se mordió el labio inferior acercándose a la silla. La apartó con el pie para sentarse. No se esperaba una habitación así. No había espejo ni nada por el estilo. Inspeccionó toda la habitación, pero nada. Ni un miserable cartel. Empezó a ponerse nerviosa porque aquello no tenía pinta de instalación del gobierno. Era contable y tenía el culo pelado de ir a hacienda. Todo era un caos y como estaban las cosas en inmigración, le daba que ese departamento sería igual. Aunque claro con la hora que era, igual ya se habían ido todos a casa. Todos no. Porque se suponía que Sergei estaba allí pasando por eso también. Se levantó de golpe y gritó —¡Sergei! —Se acercó a la puerta y le llamó a gritos —Sergei, ¿estás aquí?

La puerta se abrió de golpe y le dio de lleno al tener las manos a la espalda. Trastrabilló hacia atrás medio atontada y movió la nariz de un lado a otro centrando la vista. La mujer hizo una mueca de dolor. —¿Está bien?

—¡Quiero ver a mi marido!

—Le están interrogando. Siéntese y deje de gritar, porque no va a conseguir verle hasta después del interrogatorio.

—Él no sabe que estoy aquí, ¿verdad? Quieren interrogarnos por separado.

—Sí claro, para que monten una historia. Esta es la mejor manera de descubrir la verdad.

—Quiero hacer una llamada. —Sintió algo cayendo de su nariz y abrió los ojos como platos. —¿Estoy sangrando?

—Un poco.

Buscó a su alrededor, pero como no había espejo miró al suelo, jurando por lo bajo cuando vio una gotita de sangre llegando a su labio. Pero eso no le llamó la atención. Lo que la tensó con fuerza fue la pegatina que tenía la mesa debajo del tablero, que ponía que era propiedad de Producciones C. Cardigan. Parpadeó sin dejar de mirar al suelo y la mujer exasperada la cogió del brazo sentándola en la silla. —Al final se va a desmayar. Tiene que levantar la cabeza.

La miró con odio olvidándose de la pegatina. —¡Quiero un abogado!

Ella sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y le limpió la nariz como si fuera una niña. —Ya está. Ahora aquí tranquilita.

Se sentó frente a ella y abrió un expediente que ni había visto. —Así que se casaron hace seis meses en Moscú.

—Oiga, ¿está sorda? ¡Quiero un abogado! —chilló a voz en grito.

—Esto es una conversación.

—¡Y una mierda!

—¿Conoce a Ninochka Vasíliev?

Parpadeó al escuchar el nombre de su suegra y tuvo un mal presentimiento. Si quería que su retoño volviera a casa, qué mejor manera que denunciarlos a inmigración. —Claro. Es la madre de Sergei.

—Exacto. —Sonrió de oreja a oreja. —Pues hemos recibido una carta escrita de su puño y letra muy reveladora.

¡La madre que la parió! Como la había engañado la muy bruja besándola en

la boda con lágrimas en los ojos. Decidió hacerse la tonta. —Debe ser un error. Ninochka no habla bien inglés.

—La carta venía en ruso.

—Oh, pues no sé qué les ha dicho. Es que antes de la boda no estaba muy de acuerdo con que Sergei se casara conmigo.

La funcionaria sonrió irónica sacando un folio del expediente. —¿Será porque su hijo pidió la nacionalidad y al no conseguirla rápidamente, había decidido casarse con una desconocida? Se casó con el señor Vasíliev apenas catorce semanas después de llegar a Moscú.

—Nos enamoramos. —Levantó la barbilla. —El amor es así.

—Sí, claro.

—Oiga ¿ha visto a mi marido? ¿Me ha visto a mí? ¡Pues como para rechazar casarse con él porque es un cañón! ¡Y me quiere! —gritó alterada—. ¡Y yo le quiero! ¡Así que no sé a qué viene esto!

—Pues como le quiere tanto, no le importará responder a unas preguntas que cualquier mujer conocería de su marido. Sobre todo después de convivir con él desde hace más de seis meses.

Entrecerró los ojos por el reto. —Dispare.

—¿Cómo duerme?

—Desnudo.

—¿Y usted?

—Desnuda. —La vio apuntar a toda prisa. —Excepto si quiero indicarle que

estoy mosqueada, que me pongo el camisón. Aunque me dura poco.

La mujer levantó las cejas. —Lo dice como si tuvieran relaciones todos los días.

—Pues sí. Y algunos más de una vez.

—Joder, qué suerte tienen algunas —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Nada. ¿Qué colonia usa?

—No usa. Usa after shave.

—¿Cuál es su plato favorito?

—Le encanta la pasta. —Soltó una risita. —En todos los sentidos.

Siguió haciéndole preguntas de lo más absurdas y cuando pasó media hora Lynnell empezó a exasperarse. —¿Quiere que le cuente hasta su talla de calzoncillos? ¡Quiero ver a mi marido!

—¿Han pensado en tener hijos?

—¿Hijos? Pues no. Todavía es muy pronto. No hemos hablado de ello.

Ella entrecerró los ojos. —¿Usted quiere tenerlos?

—Claro que sí. Pero acabo de casarme. Quiero disfrutar de mi marido. ¡Y no sé por qué tengo que darle estas explicaciones!

—Otras para evitar problemas y si tanto quieren a su marido, se hubieran quedado embarazadas enseguida.

Parpadeó asombrada. —¿Para evitar problemas?

—Tener un hijo en territorio americano, le otorgaría la nacionalidad sin

ninguna duda.

—Pues eso demuestra que mi marido no se ha casado por la nacionalidad, ¿no cree? ¡Se ha casado conmigo porque me quiere!

—¿Cómo le conoció?

—¡Oiga! ¡Me tiene harta! O viene mi abogado o no abro más la boca. —La mujer sonrió de tal manera que a ella le recordó a un anuncio de dentífrico. ¡Leche! ¡Si era la del anuncio! Entonces recordó la pegatina de debajo de la mesa. —¿Qué está pasando aquí?

—Si contesta a cuatro preguntas más, habremos terminado. ¿En serio quiere esperar a su abogado?

Entrecerró los ojos. —¡Usted no es funcionaria! —Se levantó de repente. — ¡Me han secuestrado! —gritó poniéndose histérica.

—Eh, eh. Tranquilícese que se está poniendo de los nervios.

—¡Usted es actriz! ¡La he visto en un anuncio de pasta de dientes! —La mujer se sonrojó. —Yo me largo de aquí. —Corrió hacia la puerta e intentó volverse para abrir, pero la mujer la agarró arrastrándola de nuevo hacia la silla.

—¡Suélteme!

—Siéntese ahí.

—Y una mierda. —Le pegó una patada en la espinilla corriendo hasta la puerta que se abrió de golpe. Lynnell puso los ojos en blanco antes de caer hacia atrás sin sentido y Dasha, Grisha y Ninotchka gimieron al ver como caía tan larga como era sobre el duro suelo.

Los tres se miraron. —Nos hemos pasado. Sergei nos va a matar. —Dasha suspiró mirando de nuevo a su cuñada. —Espero que no le deje de nuevo.

Sintió algo frío en la nariz y gimió intentando apartarse. Cuando abrió los párpados que sentía hinchados, vio a su marido sobre ella mirándola muy preocupado. —Preciosa, lo siento mucho.

—¿Qué? —Intentó concentrarse. —¿Qué ocurre?

—No he tenido nada que ver. Te lo juro. No volverán a poner un pie en los Estados Unidos.

—¿Qué?

Sobre ella aparecieron su suegra con sus cuñados y gritó asustada antes de entrecerrar los ojos recordándolo todo. —Esto ha sido cosa vuestra.

—Era una broma —dijo Dasha arrepentida—. Me enteré por internet de que hacían estas bromas y... No queríamos que la broma se descontrolara de nuevo como la bomba de humo en la boda, así que contratamos a profesionales.

Asombrada miró a su marido. —Les odio.

—Lo sé.

—¿Sabéis el miedo que he pasado? —Los tres asintieron intentando aparentar que estaban arrepentidos, pero en el fondo se partían de la risa los muy chiflados.

Miró los ojos de su marido que parecía realmente asustado. —¿Esto siempre va a ser así?

—No, han aprendido la lección.

—Estás grabada en video. Tenías que ver la cara que pusiste cuando te preguntó si te gustaba arriba o abajo.

—¡Les mato! —Se levantó intentando agarrar a Dasha que salió corriendo, pero se vio abrazada por Sergei reteniéndola. —¡Suéltame, cariño! Son tu familia y tú eres muy blando. Déjame a mí que...

—No me dejes.

Sorprendida volvió la cara para verle y sonrió haciendo que suspirara del alivio. —¿Crees que estos chiflados van a conseguir que te deje? Te quiero demasiado para rendirme.

Él la besó suavemente en los labios antes de cogerla en brazos. Le abrazó por el cuello. —¿Cómo es que ya estás aquí?

—Me llamó María y até cabos. En inmigración no sabían nada de ti, así que hablé con Emily por si su contacto sabía algo. Para mi sorpresa me dijo que había visto a mi madre en el Plaza. Una cosa llevó a la otra y amenacé a Dmitri con echarle de la empresa. Estaba a punto de entrar cuando te desmayaste. —La pegó a él. —Haré que les extraditen.

—No. —Le miró maliciosa. —Esto merece una venganza.

Sergei se echó a reír. —¿Te vas a unir al juego?

—Claro, ahora soy de la familia.

—Cada día te quiero más. —Vio que estaba distraída. —Cielo, te estoy diciendo que te quiero.

—Y yo. Y yo. —Abrió los ojos como platos. —¿Y si les decimos que vamos a tener un hijo? Se quedarán de piedra, después se alegrarán y después les damos el hachazo.

—¿Y si lo tenemos de verdad? —A Lynnell se le cortó el aliento. —Me muero por ver como un hijo mío crece en ti.

—¿De verdad? —Se abrazó a su cuello sonriendo encantada. —Te quiero.

—Y yo a ti preciosa, no sabes cuánto.

—Llegaste cuando me preguntaron lo de los niños, ¿verdad? —Él gimió haciéndole reír. —Y has aprovechado lo que ha ocurrido para enterarte de lo que decía y para pedirme que tengamos un hijo.

—Es que era un poco pronto para sugerirlo, pero como dijiste que sí querías... —Él sonrió saliendo del ascensor. —¿Qué me dice, señora Vasíliev? ¿Quieres tener un hijo conmigo?

—Otra aventura. —Le besó en los labios. —Y a tu lado.

—Para siempre, mi amor. Nuestra aventura será para siempre.

**FIN**

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Esa

no soy yo” o “Firma aquí”. Próximamente publicará “Hija de la luna” y “Has cambiado mi vida”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir entre distintas categorías dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.